



HARLEQUIN

Bianca™



EL LEGADO

TRAICIÓN Y FURIA

CAITLIN CREWS

Bianca

TRAICIÓN Y FURIA
CAITLIN CREWS



La pasión incontenible que sentían superaba a la furia.

Dario di Sione debería sentirse victorioso. Estaba a punto de llevarse unos pendientes muy preciados y cumplir el deseo de su abuelo, pero lo único que sentía era furia. La hermosa abogada que se ocupaba de la transacción era la mujer que lo traicionó hacía seis años... ¡su esposa!

Dario, al descubrir que Anais le había ocultado el hijo que tenían, decidió ser el padre que él no tuvo, pero, al tenerla otra vez a su lado, vio el pasado con una perspectiva distinta y ya no quiso recuperar solo a su hijo.



Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2016 Harlequin Books S.A.

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Traición y furia, n.º 128 - mayo 2017

Título original: The Return of the Di Sione Wife

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-9740-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Si te ha gustado este libro...

Capítulo 1

Maui, la isla de Hawái, era tan tropical y exuberante como la anunciaban, algo que irritó a Dario di Sione en cuanto se bajó de su avión privado. Esa humedad era como un abrazo íntimo y no le gustaba la intimidad. Ese aire espeso se le pegaba a la piel y los vaqueros desteñidos y la chaqueta hecha a medida que había llevado desde Nueva York lo envolvían como un guñapo mientras recorría la diminuta pista de aterrizaje hacia el Range Rover que lo esperaba, como había ordenado. La ligera brisa le llevó todos los olores de la isla, desde el verdor exultante hasta el más intenso de la caña de azúcar, como besos que no había solicitado. Solo quería mantener una conversación de negocios, no dejarse llevar por una sobredosis sensorial en una maldita pista de aterrizaje.

—¿Está esperándole el coche, como habían prometido? —le preguntó Marnie, su secretaria, por el teléfono de última generación que él se había llevado a la oreja. Era un usuario entusiasta de los codiciados productos de su empresa—. Quedó claro que necesitábamos un vehículo todoterreno. Al parecer, el camino hasta Fuginawa es abrupto y...

—No me importa que sea abrupto —le interrumpió Dario intentando contener la impaciencia.

No quería estar allí tan poco tiempo después de que, el fin de semana anterior, su empresa hubiese lanzado al mercado el último producto, pero eso no era culpa de su secretaria. Él no debería haber permitido que el sentimentalismo de un anciano se impusiera a su racionalidad, que tanto le había costado adquirir. Esa era la consecuencia. Estaba en la otra punta del mundo, cuando debería estar en su despacho, rodeado de palmeras y olores exóticos para satisfacer el capricho de un anciano.

—El Range Rover es más que suficiente y está aquí, como habíamos pedido.

Marnie pasó a la interminable lista de llamadas y mensajes que había acumulado durante la primera ausencia de él del despacho en el que, literalmente, había dormido durante los últimos meses. Fue como volver atrás, al estrés que había sufrido hacía seis años, cuando empezó con ICE. Él frunció el ceño al recibir otra ráfaga de brisa sofocante. No le gustaba volver atrás ni esa brisa. Era fragante y sensual, le acariciaba el pelo y se le metía por la camisa como los dedos de una mujer sugerente y desvergonzada. Puso los ojos en blanco por lo fantasioso que era y se pasó una mano por la barba incipiente. Sabía que no parecía el consejero delegado de una empresa informática que era la niña mimada del sector y del público. Además, estar allí le apetecía tanto como que le acariciara la brisa hawaiana, ni lo más mínimo.

Ese viaje era un desperdicio absoluto de su tiempo, pensó mientras Marnie seguía comentándole los mensajes y llamadas que exigían su atención inmediata. Debería estar en su despacho de Manhattan ocupándose de todo eso. En cambio, había volado diez horas por los recuerdos de su abuelo para satisfacer el peor de los sentimentalismos. Hacía muchos años, Giovanni había vendido su colección de joyas, que adoraba, y había hablado de ellas sin parar durante toda su juventud, la de Dario. En ese momento, cuando tenía noventa y ocho años y afrontaba su muerte inminente

con su habitual teatralidad y dignidad, quería recuperarlas. Cuando le pidió que comprara esos pendientes, en persona, su abuelo le había dicho que le recordaban al amor de su vida. Los tenía un arisco multimillonario japonés en su aislada hacienda de Hawái.

Soltó un bufido al recordarlo mientras tiraba la bolsa en la parte trasera del Range Rover y se quitaba la chaqueta. Todavía no sabía por qué le había hecho caso a su abuelo cuando lo llamó, a principios de ese mes, y le había pedido algo tan disparatado. Sin embargo, ¿quién le negaba a un anciano lo que, según él, era su último deseo antes de morir?

–Mándame por correo electrónico esos datos, Marnie –le pidió a su secretaria antes de que ella pudiera preguntarle qué era ese ruido.

Bendita mujer. Era mucho fiable que cualquier otra persona que él conociera, incluidas las que formaban parte de su melodramática y agobiante familia. Se recordó para sus adentros que tenía que darle otra generosa y merecida bonificación, aunque solo fuese por no ser una de las pesadillas Di Sione que tenían la misma sangre que él.

–Dame un minuto para conectar el manos libres y empieza a pasarme las llamadas.

No esperó a que Marnie dijera algo y se remangó con la esperanza de aliviar un poco la humedad tropical. Conectó el auricular, se sentó detrás el volante del impecable Range Rover, lo puso en marcha, metió la dirección en el GPS y salió del aeródromo mientras recibía la primera llamada.

Sin embargo, seguía pensando en su abuelo y en el amor de su larga vida mientras escuchaba a uno de sus directores exponerle una situación que podía ser engañosa sobre el teléfono que habían presentado el fin de semana anterior. Los amores perdidos, según su propia experiencia, se perdían por un buen motivo. Normalmente, y para empezar, porque no habían sido dignos de tanto amor. Si no, y esa era su teoría preferida, porque el amor era una mentira descomunal que la gente se contaba a sí misma, y a los demás, para justificar que su comportamiento era espantoso y, normalmente, teatral y digno de lástima. Además, los amores perdidos no había que encontrarlos otra vez cuando la verdad que llevaban dentro salía a la luz como siempre salía. Era preferible dejar el pasado donde estaba y que se pudiese sin contagiar al presente, o eso era lo que él siempre había creído. Le había costado no decírselo a su abuelo cuando le contó esa historia tan sentimental sobre amores, secretos y todas esas cosas. La había contado, de una forma u otra, durante toda su vida. Luego, le había mandado a que hiciese ese absurdo recado que cualquiera, hasta esos recién licenciados afanosos que trabajaban ocupándose de su correo, podría haber hecho. Sin embargo, estaba acostumbrado a morderse la lengua en lo referente a esos ridículos sentimientos que los demás fingían que eran más que razonables. Razonables, racionales y, sobre todo, necesarios. No obstante, él sabía que decirlo no servía de nada. Aparte de que no iba a discutir con su anciano abuelo, quien se había ocupado de sus hermanos y él después de que sus padres murieran. También se había dado cuenta de que cuanto más daba su opinión sobre asuntos como ese más gente le decía lo escéptico que era, como si eso fuese una crítica a su forma de ser o les permitiera desdeñar su opinión sin más, o como si esa manía que tenía de ser realista debiera preocuparle. Hacía años que había dejado de preocuparle. Seis años para ser exactos.

Además, la verdad era que le importaba tan poco que lo más fácil era hacer lo que

le habían pedido, en ese caso, volar hasta la otra punta del mundo para recuperar unos pendientes que podrían haber mandado por servicio de mensajería si, al parecer, no tuvieran esa carga sentimental. También sabía, vagamente, que su abuelo había mandado a todos los hermanos Di Sione para que recuperaran alguna de las que él llamaba sus amantes perdidas, pero él había estado tan ocupado con el lanzamiento de su último producto que no había prestado gran atención a los melodramas de la familia Di Sione. Ya llevaba toda la vida con eso y ya le hartaron cuando tenía ocho años, cuando sus imprudentes padres habían muerto en un accidente de coche espantoso, y que podían haber evitado perfectamente, y los paparazzi habían caído sobre ellos como un enjambre. Sus sentimientos sobre ese asunto no habían mejorado desde entonces.

Había una parte de él, una parte que no disimulaba mucho, que habría sido feliz si no hubiese vuelto a saber nada de sus familiares. Una parte que esperaba que eso sucediese de una forma natural cuando el anciano falleciera. Estaba impaciente. Estaría encantado de refugiarse en su trabajo como hacía siempre. Tenía bastante con dirigir ICE, la empresa informática más importante del mundo. Era un puesto que había alcanzado con decisión y mucho trabajo, como había conseguido todo lo demás que era suyo, todo lo que había perdurado.

Además, el único integrante de su familia al que había querido de verdad había sido Dante, su gemelo idéntico. Hasta que Dante también lo había hecho pedazos. No podía negar que la traición de su hermano le había dolido, pero también había aprendido que era preferible rodearse de personas a las que pagaba por su lealtad, no de personas que podían dársela o no según les conviniera. No quería pensar en su hermano. Ese era el inconveniente de participar en algo con su familia, le llevaba a pensar en cosas que intentaba evitar por todos los medios. Había dado por supuesto que, si cumplía el cometido que le había encomendado su abuelo, como se suponía que hacían el resto de sus hermanos, podrían dejar de comportarse como si lo que sucedió hacía seis años, y después, fuera culpa suya, o como si él tuviese parte de la culpa de lo que había sucedido porque había sido quien había roto su matrimonio y su relación con Dante. Él no le había pedido a su hermano que se acostara con su esposa durante una de las épocas más tensas de su vida. Además, se negaba a aceptar que hubiese hecho algo mal por no haber perdonado nunca ni a su esposa ni a su hermano, ni les perdonaría jamás. Los dos lo habían abandonado a su suerte, le habían hecho creer que la tensión entre ellos era porque intentaban resolver qué podían hacer con la empresa que habían creado Dante y él y si debían fusionarse o no con ICE, algo que a él le parecía una buena idea y a la que se oponía Dante. Toda esa tensión y desvelo para acabar descubriendo que los dos lo habían traicionado desde el principio...

En ese momento y allí, precisamente en Hawái, pensó que lo único que le pasaba era que todavía le prestaba atención a lo que decía, hacía o pensaba alguien de la familia Di Sione. Eso tenía que acabar.

–Eso se va a acabar –se prometió a sí mismo con la voz ronca en el silencioso interior del Range Rover–. Se acabará en cuanto le hayas entregado esos malditos pendientes al anciano.

Atravesó el barrio de oficinas de Kahului y siguió las instrucciones del GPS para salir de la zona comercial y dirigirse hacia el centro de la isla. Pronto se encontró en una carretera que se abría camino entre exuberantes plantaciones de caña de azúcar y ascendía por las colinas que, como él mismo tenía que reconocer, le presentaban unas

vistas impresionantes. El Océano Pacífico resplandecía con el sol del verano y a lo lejos podía ver otra isla verde y dorada. La cordillera occidental de Maui, de montañas volcánicas, estaba cubierta de molinos de viento, palmeras que flanqueaban la carretera y flores de todos los colores. Él no se tomaba vacaciones, pero, si lo hiciera, suponía que ese sería un buen sitio a donde ir. Intentó imaginárselo mientras esperaba que entrase otra llamada. Jamás se había tumbado al borde de una piscina o en la orilla de una playa. La última vez que se tomó algo parecido a unas vacaciones fue para pasar un fin de semana dedicado a los deportes extremos con uno de los innumerables genios millonarios de Silicon Valley. Sin embargo, como había contratado a ese genio y a su tecnología de última generación después de lanzarse con paracaídas en el Cañón del Colorado, creía que no contaba. Además, tampoco había estado tumbado sin hacer nada durante aquel fin de semana. Siempre había trabajado. Era posible que, si no hubiese trabajado tanto hacía seis años, habría visto lo que se avecinaba. Quizá hubiese captado los indicios de que lo pasaba entre su esposa y su hermano en vez de suponer, ingenuamente, que ninguno de los dos le haría algo así... ¿Por qué le daba vueltas a historia tan vieja y aburrida? Sacudió la cabeza para aclarársela.

La carretera transcurrió por unos acantilados rocosos hasta que se desvió por un camino de tierra rojiza y aminoró la velocidad. Estaba escuchando a uno de sus ingenieros cuando se quedó sin señal y miró con el ceño fruncido la pantalla del GPS y se dio cuenta de que todavía le quedaba bastante camino. No entendía que alguien pudiera vivir allí, tan alejado de resto del mundo. Sabía que el propietario de los pendientes de su abuelo era un hombre adinerado famoso por sus excentricidades y por haber aumentado considerablemente la fortuna familiar, pero eso era llevar las cosas un poco demasiado lejos. No habría pasado nada por pavimentar el camino. Aunque, claro, a él le encantaba Nueva York. Le gustaba estar siempre donde pasaban las cosas, donde podía pasear a las cuatro de la madrugada y las calles seguían tan bulliciosas como si fuesen las cuatro de la tarde, donde podía pasar inadvertido por la calle y lo reconocían en cuanto entraba en un restaurante de moda. No entendía esa soledad silenciosa por muy bonito que fuese todo. No entendía para qué servía, dejaba demasiado sitio a la contemplación melancólica. Efectivamente, su idea de relajarse era cerrar una operación nueva y aumentar su cartera de valores, cosas que hacía muy bien.

Pasó por delante de una pequeña tienda, el único vestigio de civilización que había visto desde hacía muchos kilómetros, y siguió por el zigzagueante camino polvoriento que discurría a los pies de las amenazantes montañas. A la izquierda tenía muros de piedra y pastos verdes que ascendían por las laderas de las montañas y a la derecha unos campos más silvestres acababan en unos acantilados cada vez que el camino daba la vuelta en un recodo. Se sentía como si estuviese en otro planeta.

–Solo lo hago por ti, viejo –farfulló en voz baja.

Sin embargo, era la última vez que pensaba hacer un esfuerzo, ni siquiera por Giovanni, su abuelo. Ya había tenido bastante familia para toda la vida. Sin cobertura, se sentía dominado por los pensamientos sombríos, algo que evitaba siempre que podía, como había hecho al menos durante los últimos seis años. Apagó el aire acondicionado y bajó las ventanillas para que entrara esa brisa misteriosa que olía a la luz del sol y a flores desconocidas, que lo rodeaba y parecía como si lo llenara por dentro. Frunció el ceño por haber pensado ese disparate y se concentró en el paisaje

rural y abrupto que lo rodeaba. Le costaba creer que estuviese en uno de los destinos más turísticos de todo el mundo. Esa parte de Maui no era la meca de hoteles de lujo y campos de golf que había creído que se habían adueñado de toda la isla, o de todo el Estado de Hawái. Era un paisaje agreste e indómito. Siguió por el camino a los pies de las montañas hasta las playas de cantos rodados y paredes de piedra volcánica. Una iglesia, pequeña y orgullosa, se elevaba en el fin del mundo como si ella sola pudiese contener el mar y volvió a encontrarse subiendo colinas para sortear ensenadas rocosas.

Justo cuando estaba perdiendo la paciencia, encontró la resplandeciente entrada a la hacienda Fuginawa. Por fin. Tuvo una breve conversación a través del intercomunicador y las imponentes puertas de hierro se abrieron para dejarlo entrar. Ese camino tampoco estaba adoquinado, pero estaba mucho mejor cuidado que el anterior, al que llamaban carretera aunque estaba hecho de tierra rojiza y hierba. El camino privado lo llevó hasta un amplio círculo que había detrás de una finca impresionante que parecía extenderse a lo largo de kilómetros con vistas asombrosas del mar y el horizonte. Se bajó del Range Rover y no pudo evitar inhalar ese aire que lo mareaba. La niebla se descolgaba en jirones por la ladera de la montaña que tenía encima y le costó dominar el desasosiego, pero lo consiguió.

Sería muy bonito, pero eso no iba a dirigir su empresa por él y le daba igual que la sensación del sol en la cara fuese agradable después del larguísimo viaje en avión y de haberse pasado las dos semanas anteriores revisitando una y otra vez su pasado. Miró el reloj y vio que era mediodía, la hora a la que su secretaria había concertado la reunión con los representantes de Fuginawa. No había ningún motivo para que no pudiera conseguir los malditos pendientes de su abuelo y volver inmediatamente a su avión. Podría estar en Nueva York cuando empezara la jornada laboral del día siguiente. No tenía que quedarse en ese sitio más tiempo del necesario. Se pasó los dedos por el pelo y siguió el sendero que llevaba a la impresionante puerta de estilo ligeramente oriental. Sus pasos eran lo único que se oía en el silencio. Hasta la puerta se abrió sola y sin hacer el más mínimo ruido.

Un sonriente empleado lo recibió y lo acompañó por la elegante casa, que tenía techos altos con ventiladores y obras de arte, muy caras y reconocibles, colgadas en las paredes. Los espacios interiores se abrían al exterior con cristalerías correderas que dejaban entrar la luz y el aire y que hacían que la casa se mezclara con los elementos de una forma que le parecía... temeraria, casi inquietante dados los inestimables cuadros que había en las paredes. Sin embargo, ¿qué le importaba a él? No eran sus obras de arte, lo único que estaba desperdiciando era su tiempo, nada más. El empleado lo invitó a que se sentara en una terraza exterior que estaba cubierta por una parra y que tenía una vista muy amplia del Océano Pacífico y del camino serpenteante que acababa de recorrer. Todo estaba tan silencioso que casi creía que podía oír las olas que rompían contra los acantilados negros, algo que estaba seguro de que era imposible cuando estaba a esa altitud. Se metió las manos en los bolsillos. Si hubiese tenido que trepar por ese camino hasta ese punto dejado de la mano de Dios, suponía que una vista así casi habría merecido la pena. Casi.

Oyó unos pasos detrás de él y se dio la vuelta con ganas de llegar al fondo del asunto de ese viaje absurdo y volverse a Nueva York lo antes posible. No era un hobbit que se dirigía al Monte del Destino y le daba igual que la montaña que tenía encima fuese la ladera de un volcán inactivo. Era un hombre muy ocupado que no tenía tiempo

para observar las vistas en el lugar más remoto del mundo... Entonces, se quedó petrificado. Por un instante pasmoso creyó que estaba imaginándose la porque no podía ser ella. El pelo liso y moreno le caía hasta los hombros con la perfección que recordaba. Ese cuerpo flexible y elegante con un traje negro largo y amplio, muy apropiado para el clima tropical, que le caía a lo largo de sus interminables piernas... y su rostro. Ese óvalo perfecto con unos ojos oscuros algo rasgados, unos pómulos ligeramente prominentes y una boca carnosa que todavía tenía la capacidad de conseguir que todo su cuerpo reaccionara descontrolada e inaceptablemente.

La miró fijamente. Era un hombre adulto, un hombre poderoso, y se quedó mirándola como si fuese un espectro mientras ese maldito viento hawaiano seguía azotándolo, como si ella pudiese salir volando, pero no lo hizo.

–Hola, Dare.

Ella lo saludó con esa calma exasperante que él recordaba muy bien y empleó el nombre que siempre había empleado, el nombre que solo ella había podido emplear. Solo Anais, su esposa. Su esposa traidora y a la que había pensado no volver a ver en su vida, y de la que tampoco se había divorciado porque le gustaba la idea de que permaneciera encadenada al hombre al que había traicionado tan rastreramente hacía seis años. Allí, en ese momento, cuando ella estaba delante de él como una bofetada de su memoria, eso no le parecía un descuido imperdonable, le parecía un error espantoso.

Anais Kiyoko llevaba seis años temiendo ese momento. Temiéndolo o soñándolo, daba igual. Aun así, nada la había preparado para eso, para él, para su Dario en carne y hueso. Nunca había adivinado sus intenciones, ni cuando lo había conocido en una tarde normal y corriente de invierno ni cuando se había convertido en un desconocido en pleno matrimonio, cuando la acusó de la peor traición imaginable y la abandonó. En ese momento pensó que tomaría las riendas, que no volvería a sorprenderla desagradablemente. Solo necesitaba reponerse de la impresión de volver a verlo cuando había dado por supuesto que no lo vería otra vez.

–¿Puede saberse qué haces aquí? –le preguntó él con un gruñido.

Era la misma voz grave y profunda que le dejaba un reguero de chispas por dentro. Era él sin ningún género de dudas. Naturalmente, lo había esperado, pero, en el fondo, también había creído que no se presentaría después de todos esos años, después de cómo había dejado las cosas, después de su deliberado y despiadado silencio. Sin embargo, era él. Dario estaba delante de ella en la terraza del señor Fuginawa, con la hierba del remoto distrito de Kaupo detrás y el océano azul y resplandeciente debajo, como alguien salido directamente de su fantasía. Además, y a pesar de sus fervientes plegarias a lo largo de los años, el tiempo no lo había hundido como le habría gustado a ella. No era un engendro desfigurado por su corazón frío y vacío y por sus imaginaciones sombrías, como se merecía sobradamente. No estaba encorvado por el peso de todo lo que había hecho. Todo lo contrario. Dario di Sione, injustamente, todavía era el hombre más hermoso que había visto en su vida. Irradiaba virilidad como otros hombres, mucho menos interesantes, olían a loción para después del afeitado o colonia. Llevaba esos vaqueros, informales en apariencia, que solo los hombres muy ricos y poderosos podían conseguir que parecieran una prenda formal y una de esas camisas suaves como un susurro que se ceñían a los maravillosos planos de su pecho

con las mangas remangadas para mostrar su piel dorada y la fuerza de sus antebrazos. También sabía que las gafas de sol ocultaban unos ojos tan azules como el cielo de Hawái y que contrastaban con el pelo moreno y un poco largo y con la barba, de un par de días, que cubría su mandíbula perfecta.

Maldito fuese él y maldita fuese ella por ser tan sensible a él como lo había sido siempre, a pesar de todo.

–Te he hecho una pregunta.

Anais parpadeó para intentar dejar a un lado esa reacción tan inoportuna, pero clavó los dedos en el portafolios de cuero que llevaba y sospechó que no había engañado a nadie, y menos a sí misma.

–Espero que no tuvieras ningún inconveniente para encontrar este sitio.

Ella lo dijo como si fuese una reunión de trabajo de las muchas que tenía como abogada del señor Fuginawa. Era su primera línea de defensa y su manera preferida de comunicarse con el mundo exterior.

–El camino es un poco enrevesado.

Dario no se movió, pero ella tuvo la sensación de que la había agarrado del cuello. Le costó respirar, le costó dejar de contener la respiración como si soltarla fuese a hacerle daño. Sobre todo, cuando él se quitó las gafas de sol y clavó en ella sus ojos azules con un destello de furia.

–¿De verdad, Anais? ¿Así es como quieres tratar esto?

Él lo preguntó en un tono tan burlón como áspero, pero ella no retrocedió por el impacto. Ya estaba más curtida. Tenía que estarlo, ¿no?

–¿Retomamos la conversación donde la dejamos hace seis años, Dare? ¿Eso es lo que quieres? Que entonces me abandonaras sin decirme una palabra me da a entender que no.

–¿Aquello fue una conversación? –la voz de él adoptó ese tono letal que ella captaba en la forma tan tensa de dominarse–. Yo habría empleado una palabra más desagradable para describir lo que me encontré.

–Eso es porque tienes la mente podrida –replicó ella intentando mantener una voz fría y profesional–. Sin embargo, me temo que eso no tiene nada que ver conmigo, nunca lo tuvo.

Él se rio. No fue la risa que recordaba ella de la primera vez que se conocieron, cuando ella estaba en tercero de Derecho en la Universidad de Columbia y él estaba terminando su MBA. La risa que había conseguido que todo Manhattan pareciera quedarse inmóvil alrededor de él por ese sonido de pura felicidad varonil. No era esa ni se le parecía.

–No me preocupa lo bastante como para preguntarte qué quieres decir –Dario miró alrededor con una mirada tan implacable como el gesto de su mentón–. He venido hasta aquí por unos pendientes, no para jugar a los fantasmas del pasado contigo. ¿Puedes ayudarme con eso, Anais, o has organizado todo esto para tenderme una emboscada?

Ella, por algún milagro, consiguió no quedarse boquiabierta. Se daba cuenta de que lo había dicho en serio, lo captaba en la tensión beligerante de su cuerpo y en el brillo de rabia de su mirada.

–Sabías que esta reunión era conmigo –contestó ella aunque ya no podía fingir que estaba tranquila–. Nos hemos mandado correos electrónicos durante semanas.

–Mi secretaria ha mandado correos electrónicos durante semanas –le corrigió él sin disimular la impaciencia–. Yo he estado ocupado con cosas que me importan de verdad. Además, no te halagues a ti misma. Si hubiese sabido que ibas a estar aquí, yo no estaría.

Su voz era tan cortante como la que recordaba de aquel día espantoso en el que él se marchó de su vida sin avisar ni mirar atrás. Como si no hubiese pasado el tiempo, como si no hubiese cambiado nada, como si él creyese de verdad que era la ramera infiel que había decidido inmediatamente que era solo por un momento inocente, y fácil de explicar, con su atroz hermano. Ella no podía creerse que él nunca hubiese buscado una explicación... ni hubiese discutido. Sencillamente, se marchó.

Eso significaba que las esperanzas que había depositado en la reunión de ese día no eran más que los necios sueños que había mantenido vivos durante todo ese tiempo mientras fingía que se había olvidado de él y su asombrosa traición, y pensaba que quizá se hubiese arrepentido de lo que había hecho, que quizá hubiese dejado a un lado su orgullo por fin, que quizá fuese juicioso por fin. Bastante espantoso era que hubiese tenido esas fantasías que le indicaban lo penosa que era y lo desesperada que estaba, pero lo peor era que él seguía sin tener ni idea, sin saber nada sobre Damian. Él había ido hasta ese remoto rincón de Maui por unos pendientes, no por ella... y, desde luego, no por su hijo.

Capítulo 2

Te has quedado muda o es el remordimiento por fin? –le preguntó Dario en un tono suave y amenazante que la flageló como un látigo.

Hasta ese momento, ella no se había dado cuenta de toda la esperanza que se había permitido sentir durante las semanas previas a ese encuentro con él después de tantos años de silencio. No debería haber sido tan ingenua.

–¿Remordimiento?

Ella dejó el portafolios de cuero en la mesa que había entre los dos y se obligó a mantenerse firme cuando notó que las piernas le temblaban como las palmeras azotadas por el persistente viento.

–¿Por qué? –siguió ella–. ¿Por tu arrebato de genio de hace seis años? Siento muchas cosas por eso, pero el remordimiento no es una de ellas.

Dario esbozó una sonrisa implacable y cínica que le encogió el estómago.

Ella no tenía ni idea de que podía parecer tan dominado por la amargura, pero decidió que se lo merecía.

–Me alegra saber que sigues siendo tan descarada como siempre. Aunque, ¿por qué ibas a haber cambiado? Te proporcionó lo que querías.

–Sí, qué tonta. Lo que quería exactamente era que te esfumaras. Fue como si me hubieras leído el pensamiento.

–Un error mío, claro. ¿Acaso querías hacer un trío? Has debido de leer mucha prensa sensacionalista. Deberías habérmelo preguntado, Anais. Te habría dicho que no me gusta compartir nada con nadie, y mucho menos con mi hermano gemelo.

–Observo que sigues siendo tan hiriente y desagradable como entonces. Qué reunión tan alegre. Empiezo a entender por qué ha tardado seis años en producirse.

Después de cómo la había tratado, después de que se hubiese comportado como si no existiera, había llegado a prohibirle la entrada en el edificio de sus oficinas y de su piso como si fuese una merodeadora perturbada, no podía creerse que, en el fondo, todavía esperara que Dario fuese un hombre mejor. Incluso en ese momento, una parte de sí misma seguía esperando que él entrase en razón, que acabase con ese disparate por fin.

Intentó convencerse de que era por Damian, porque quería que su padre fuese un buen hombre, aunque fuera en el fondo de su ser, como querría cualquier madre. Quería que su padre fuese el hombre que ella creyó que era cuando fue tan necia de enamorarse de él. Lo quería porque sería algo bueno para su hijo, no para ella... o no solo para ella, le susurró esa vocecilla interior que sabía muy bien lo egoísta que era.

Sin embargo, la vida no se reducía a lo que ella quería. Lo aprendió cuando era una niña en París, la moneda de cambio de dos padres amargados que nunca la habían querido y que solo se habían querido durante aquella noche, cuando la habían engendrado y los había unido lo quisieran o no. La vida se reducía a lo que tenía. Como su padre francés, despiadado y desvergonzadamente infiel, y su madre japonesa y amargada, cuyo apellido había adoptado cuando cumplió dieciocho años porque había sido el mal menor.

Señaló el portafolios de cuero.

–Esos son los contratos. Fírmalos y recibirás los pendientes.

–¿Volvemos a hacer negocios, Anais? –preguntó él con una delicadeza que no la engañó–. Podría salir escarmentado.

Ella se encogió de hombros con despreocupación y deseó sentir una mínima parte de esa despreocupación.

–Al parecer, lo único que sabes hacer son negocios.

–Al contrario que tú, que sabes hacer muchas cosas, supongo. ¿O debería preguntárselo a mi hermano? Siempre ha sido el más osado de los dos.

Anais nunca podría a saber cómo consiguió no gritar ante semejante injusticia y crueldad dicha por un hombre del que llegó a creer que jamás le diría las cosas que sus padres se habían dicho el uno al otro durante todas sus vidas. Sintió que una rabia abrasadora la atenazaba por dentro, pero pensó en su precioso hijo, la dominó y se mantuvo de pie. Consiguio no gritar como una arpía a ese hombre con el que aún no entendía cómo podía haberse casado. Se merecía que se pusiera como una arpía por cómo había actuado hacía seis años y por cómo estaba actuando en ese momento, pero no quería darle el placer de comportarse como una loca.

–No tengo que avergonzarme de nada –replicó ella con frialdad–. No me acosté con tu hermano. Me da igual si Dante te ha contado otra cosa durante seis años. No me acosté con él, es un mentiroso.

–No puedo saber lo que es –Dario no se inmutó–. No he hablado con él desde que lo encontré contigo en mi dormitorio. No me digas que vosotros, pichoncitos, no lo hicisteis. Qué triste para los dos.

Eso la asombró tanto que le pareció imposible. Los gemelos Di Sione que ella había conocido habían sido inseparables. Hasta que llegó ella, se recordó a sí misma. Dante la había odiado nada más verla.

–Que creyeras que pasó algo entre nosotros, y que sigas creyéndolo tantos años después hasta el punto de que te sientas con derecho a insultarme de esa manera, dice más sobre el hombre vil, sombrío e insignificante que eres que lo que jamás podrá decir sobre mí.

A Dario pareció hacerle gracia.

–Estoy seguro de que eso es lo que te dices a ti misma. Tiene que ser un consuelo en el mundo de tus fantasías, pero la verdad es la verdad por muchas mentiras que acumules encima. Tantas que parece que te has convencido a ti misma. Te felicito, pero no me has convencido a mí.

Evidentemente, si le había desconcertado verla allí, ya se había repuesto. Ese era el Dario que ella recordaba. El desconocido que había entrado en su casa aquel aciago día y se había adueñado del cuerpo del marido al que había adorado mucho más de lo que debería haber adorado. Ese hombre despectivo y despiadado que la miraba y solo veía esa criatura despreciable que sus padres le habían dicho siempre que era. Él había visto por fin lo que ellos habían visto siempre cuando la miraban, como si esa verdad tergiversada hubiese estado latente dentro de ella y hubiese esperado a salir a la luz después del año desenfrenado que habían pasado juntos. Dario había hecho cosas mucho más imperdonables que mirarla de aquella manera aquel día, pero esa había sido la primera, la advertencia de que las cosas habían cambiado. Ella no lo había superado todavía, ni mucho menos.

Él apretó los labios mientras la miraba, tomó el portafolios de cuero y sacó los documentos. Entonces, se comportó como si ella fuese parte del mobiliario, no le hizo ningún caso. Se sentó y empezó a leer las farragosas páginas llenas de términos legales como si buscara más pruebas de la traición de ella. Ella pensó que, si también se sentaba a la mesa como si fuese una reunión normal y civilizada, algo podría quebrarse dentro de ella y se quedó de pie con apariencia tranquila, dejando que la brisa jugara con las puntas del pelo mientras miraba el mar y fingía que estaba en otro sitio, o que él era otra persona, o que la presencia de él no le planteaba un dilema ético enorme. No quería decírselo, él no se merecía saberlo. ¿Qué pasaría si él dirigía esa crueldad, esa maldad, contra su hijo?

Sin embargo, sabía que estaba intentando racionalizar el dilema para eludirlo en vez de afrontarlo como debería porque, después de tantos años, él seguía haciéndole daño, no porque creyera que Dario le haría algo a un niño. Sabía que no decírselo en ese momento lo cambiaría todo. Hasta ese día, que Damian no conociera a su padre había sido culpa solo de Dario. Se había encargado de que ella no pudiera ponerse en contacto con él y no veía claro que poner un anuncio en el periódico pudiera ayudar a su hijo, como le propuso que hiciera su tía una noche después muchos llantos y gritos contra paredes inmutables. ¿Iba a arrojar a Damian a las fauces de la prensa sensacionalista? ¿Iba a hacer que su vida fuese un circo? No. Además, se habría comido un ascua ardiente antes de pedirle ayuda a Dante, a ese malnacido manipulador. Dario no había dado señales de vida desde aquel día en Nueva York y eso no era culpa de ella. Sin embargo, sí lo sería que él se marchara de allí sin saberlo.

No pudo evitar cerrar los puños y tampoco consiguió abrir las manos aunque sabía que él lo había visto. Podía pensar lo que quisiera, lo pensaría en cualquier caso.

–Tengo que decirte una cosa.

Ella lo comentó inexpresivamente, pero tuvo que hacer un esfuerzo para que las palabras le salieran por los labios mientras seguía mirando el mar. Ese precioso mar hawaiano al que no le importaban sus problemas, ese mar que los borraba, o eso parecía, si lo miraba el tiempo suficiente, ese mar que la había salvado una vez y podría salvarla otra vez si le dejaba, incluso de él.

–No me interesa.

–Me da igual si te interesa o no. Es posible que te sorprenda, pero hay cosas en este mundo que son más importantes que tu manía persecutoria.

Él apartó un poco la silla y la miró. Como era Dario, no pareció lo más mínimo empequeñecido por tener que mirar hacia arriba o porque ella estuviese encima de él con unas cuñas de ocho centímetros que hacían que midiera más de un metro y ochenta. Si acaso, parecía más poderoso que antes. Se había olvidado de eso, de su facilidad para dominar habitaciones enteras, ciudades enteras, multitudes enteras, sin intentarlo siquiera, de que eso latía dentro de ella como su traicionero corazón.

–No me siento perseguido, Anais, me siento afortunado.

Dario sonrió incluso. Esbozó esa sonrisa tan amarga y afilada que a ella le parecía que podía dejar cicatrices en los dos, que quizá ya las hubiese dejado.

–Me despierto por la noche y me pregunto qué habría sido de mi vida si no os hubiese sorprendido cuando os sorprendí –siguió él–. ¿De cuántas maneras me habrías engañado mientras estaba absorto en mi trabajo? ¿Cuántas veces te habrías reído de mí en mis propias narices? ¿Qué habría pasado si no os hubiese sorprendido? –Dario

sacudió la cabeza y resopló—. Debería agradecerte que fueses tan tonta de llevar a mi propio hermano a nuestra cama. Me ahorró un mundo de desdichas.

No debería dolerle. No le sorprendía nada de lo que dijera. Sabía lo que pensaba, lo que había sostenido Dante y había hecho que creyera él. Dario no tenía que preguntarle nada a ella, su esposa, para confirmar o rechazar sus sospechas. Entró en la casa, vio a Dante que se abotonaba una camisa en su dormitorio y sacó la peor conclusión posible. Había creído lo peor en ese instante y ahí se había acabado todo.

Aun así, sentía la opresión dentro de ella, una opresión que se parecía demasiado a la vergüenza, como si realmente hubiese hecho algo para que él tuviese un concepto tan bajo de ella, como si hubiese podido hacer algo para evitarlo, como si, a pesar de todo, la cosas que él le había hecho a ella y al hijo que no conocía fuesen culpa de ella por algún motivo. Creía que tampoco lo perdonaría por eso.

—Sigo esperando que seas juicioso, pero no lo serás, ¿verdad? —preguntó ella con delicadeza aunque sabía que era una pregunta retórica—. Eres así. El Dario di Sione que conocí y con el que me casé era la versión ficticia.

El problema era que ella había creído en esa versión falsa. ¿Por qué había una parte de ella que todavía esperaba que fuese el verdadero Dario? Ya debería estar escarmentada.

—Lo que tú digas —él firmó la última página de cada documento y empujó el montón hacia ella—. ¿Puedes darme lo pendientes ya o tengo que pasar por algún aro más?

—No.

Ella firmó también los documentos y volvió a guardarlos en portafolios de cuero. Luego, metió una mano en uno de los bolsillos del vestido y sacó un estuche pequeño. Lo abrió y lo dejó en la mesa mientras miraba el resplandor de los diamantes perfectos y las impresionantes esmeraldas.

—Estos son los diamantes. Fíjate en el tamaño de la esmeraldas y el tallado tan delicado de los diamantes. Son únicos y extraordinarios y el señor Fuginawa no se los habría dado a nadie que no fuese tu abuelo. Naturalmente, le transmite su respeto más profundo.

—Son unos pendientes —él cerró el estuche mientras se ponía de pie y se lo guardó en el bolsillo delantero—. Todo el sentimentalismo que tenía, aunque fuese mínimo, me lo arrebataron hace seis años, Anais. Unos pendientes antiguos solo son unos pendientes antiguos. No le importan a nadie a largo plazo. Mi abuelo es un anciano necio que debería emplear el dinero en conseguir que sus últimos días sean más agradables, no en este tipo de bobadas.

Anais se puso muy recta y decidió soltarlo, acabar con eso, hacer lo que tenía que hacer porque tenía que hacerlo. Se lo debía a su hijo.

—Me alegra oír que eres tan poco sentimental.

Su única defensa posible era mantener la voz todo lo gélida que pudiera, actuar como si fuese más fría, como había hecho cuando era niña porque la frialdad fingida era la única manera de que sus padres la dejaran al margen de su tiro al blanco cotidiano.

—Es posible que esta conversación no tenga que ser tan desagradable como me temía —añadió ella.

—Esta conversación ya es desagradable —replicó él con una sonrisa sarcástica.

–Entonces, no creo que lo que voy a decirte vaya a mejorarla.

Anais aguantó la mirada azul e implacable de él y se recordó que eso era lo que tenía que hacer independientemente de lo que sintiera. Tenía que mantener la frialdad.

–Tienes un hijo.

–¿Qué has dicho?

Dario sintió como si le hubiese atravesado un rayo. El corazón dejó de latirle antes de que se le acelerara a toda velocidad. Ella, en cambio, se quedó tan tranquila, despreocupada e imperturbable como siempre; maldita fuese.

–Tienes un hijo –repitió ella como si no le sorprendiera que tuviera que repetírselo–. Tenemos, en el sentido biológico, claro. Se llama Damian.

–Dime que es uno de tus chistes.

–¿Porque soy famosa por mi gracia contando chistes? –preguntó ella en tono cortante. Él captó ese tono y, en cierto sentido, lo prefería a que fuese imperturbable–. No, no cuento chistes sobre mi hijo.

Siguió mirándola como un idiota mientras le daba vueltas a la cabeza. Ella, como si hubiese previsto su reacción, y la había previsto, naturalmente, porque sabía que él iba a ir allí, se metió la otra mano en el otro bolsillo del largo y amplio vestido y sacó algo. Él tardó un instante en comprender que era una foto un poco doblada. Anais la dejó en la mesa, pero él no quiso mirarla. Eso habría sido como reconocer... algo. Sin embargo, no pudo evitarlo.

Un niño con el pelo moreno y los ojos de su madre sonreía a la luz del sol. Estaba arrodillado en la playa y su cuerpo, pequeño y robusto, estaba perfectamente formado. Mostraba diez dedos cubiertos de arena a la cámara. Además, aparte de los ojos, que sabía muy bien que provenían de Anais, el resto de su cara podría estar sacada de las fotos que había visto de Dante y él cuando tenían esa edad. Había habido otro momento en su vida en el que había querido negar la evidencia que tenía delante de los ojos tanto como en ese, cuando se había sentido igual de desbordado por los acontecimiento e incapaz de asimilar lo que estaba pasando. Esa vez, años después, era mucho peor.

–¿Cómo? –gruñó él entre dientes.

No tocó la foto ni se atrevió a mirarla. Tenía todos los músculos tan tensos que creyó que podría romper algo. Estaba formándose una tormenta dentro de él y temió que pudiera estallar en mil pedazos. Tardó un minuto en comprender qué era esa tormenta; furia. Una furia en estado puro y dirigida hacia esa mujer que lo había traicionado.

–Estoy segura de que, si lo piensas un poco, sabrás cómo –contestó Anais.

Él no habría dicho que su tono era exactamente burlón, era demasiado seco y rotundo y, además, había conseguido que pareciera distante. Lo cual empeoraba las cosas.

–Te daré una pista –añadió ella–. No fue una cigüeña.

Dario dejó la foto donde estaba como si fuese venenosa, se pasó las dos manos por el pelo y se dominó. Era doloroso.

–¿Y cómo puedo saber que es hijo mío y no de Dante? –preguntó él con la voz ronca y mirándola por fin–. Ni siquiera puedo hacer una prueba de ADN para saber la verdad.

Ella se quedó rígida y lo miró con un brillo en los ojos oscuros, aunque él lo prefería a la frialdad.

—Entonces, supongo que tendrá que quedarse como un misterio. Es una pena. Damian y yo tendremos que seguir encantados de la vida sin ti, majadero.

Él no asimiló lo que estaba pasando hasta que ella ya había llegado casi en la cristalera abierta de la pared. Comprendió que ella le había arrojado esa bomba y estaba marchándose como si tal cosa.

—¿Puede saberse adónde vas después de haberme arrojado algo así?

Anais se paró y la rigidez de su espalda le indicó que iba a presentar batalla. Se dio la vuelta muy despacio. A él le pareció que estaba pálida y que tenía los labios apretados, pero no entendió por qué se había fijado en eso siquiera. Ella le daba igual, le importaba la mentira que estaba contándole.

—Voy a seguir con mi vida.

Anais lo dijo con esa precisión tan característica de ella y que indicaba la rabia que sentía por dentro. Él también lo recordaba. Incluso, podía vislumbrar esa rabia en el fondo de sus ojos.

—¿Qué esperas que haga? ¿Quedarme aquí y llorar? ¿Rogarte que me creas? Ya he pasado por eso y sé muy bien que no lleva a ninguna parte.

—Entonces, ¿por qué me incordias con esta conversación? Salvo que solo quisieras tirar algunas bombas de mano para divertirte.

La sonrisa de ella era demasiado afilada, como una cuchilla más que se le clavaba en las entrañas.

—Para mí, lo único que consigo con esta conversación es no sentirme responsable de que seas como un niño malhumorado que no ha contestado el teléfono para enterarse de esto hace años.

Anais se inclinó ligeramente hacia delante, como si una mano invisible le impidiera abalanzarse sobre él para golpearle con los puños que seguía teniendo cerrados a los costados.

—Gracias, Dario. Sinceramente. Necesitaba algo que me recordara que eres completamente inútil y, lo que es peor, desalmado.

Se dio la vuelta para marcharse otra vez y él debería haberla dejado, debería haberla despedido. No podía tener un hijo. Él no podía tener un hijo. Jamás había querido tenerlo después de su desastrosa infancia y, desde luego, no quería comprobar que era lo acertado con la mujer que lo había traicionado tan atrozmente con su propio hermano. Eso no podía estar pasándole.

Quizá por eso se encontró al otro lado de la terraza y con la mano alrededor de su brazo para darle la vuelta y que lo mirara.

—No me des la espalda.

Tocarla era un error descomunal porque la causa original de todo aquello era que la había tocado y que, aunque fuese impropio de él, había perdido el dominio de sí mismo cuando la conoció. Asombrosamente, había decidido casarse con ella. ¿A quién podía importarle que se hubiese engañado a sí mismo y se hubiese dicho que lo hacía para que ella consiguiera el visado para quedarse en Nueva York? Recordó esa furia desmedida, casi incontrolable, cuando descubrió su engaño.

Ya estaba escarmentado. Todo había sido por eso, por ese contacto, por su piel, por esa llamarada que, para su espanto, brotaba sin control entre ellos, fácil e

inconfundiblemente, incluso en ese momento.

–Quita tu mano de mi brazo –le ordenó ella aunque su voz ya no era tan fría como antes. Efectivamente, él debía de ser ese hombre insignificante que le había llamado ella porque eso le produjo más satisfacción de la que debería–. En este instante.

Dario no soportó que le costara soltarla, que no quisiera soltarla. Sin embargo, se obligó a soltarla y sintió un placer perverso cuando ella se frotó el brazo con la mano como si también sintiera la misma llamarada que él. La química entre ellos nunca había sido un problema. Solo había fallado la sinceridad y la fidelidad, o, mejor dicho, la carencia absoluta de esas dos cosas por parte de ella, y tenía que recordarlo. Tenía que recordar que, independientemente de cuánto se le alterara el cuerpo, de cómo le bullera la sangre en ese momento, sabía quién era ella de verdad.

–¿Estás diciéndome que me ocultaste a mi hijo durante esos años, esos seis años?

–Por favor, ahórrame la tragedia sentimentaloides que estás inventándote.

Anais levantó la barbilla porque, aunque con esos zapatos estaba casi a su misma altura, él la miraba de arriba abajo. Tenía su boca allí mismo... ¿Podía saberse qué le pasaba que pensaba algo así en ese momento? Sobre todo, cuando ella estaba hablándole como si él fuera el culpable y los dos sabían la verdad.

–Te negaste a contestar mis llamadas y sacaste todas mis cosas de nuestra casa cuando estaba trabajando. Me impediste el paso al edificio de tu piso nuevo y diste instrucciones al servicio de seguridad de tu oficina para que llamara a la policía si intentaba entrar; lo sé porque lo intenté.

Él no debería haberse quedado fascinado por el color rojo que le salió en sus maravillosos pómulos prominentes y que indicaba, inconfundiblemente, toda la rabia que sentía. Era como si su traición y los seis años que habían transcurrido no hubiesen existido nunca. Que a su cuerpo no le importase nada de eso le avivó la furia, pero con más frialdad.

Involuntariamente, se acordó de lo desorientado que estaba durante los primeros días después de que hubiese sorprendido a Anais y Dante juntos, de que las decisiones profesionales que había tenido que tomar se habían mezclado con el tremendo golpe que había sufrido y que había hecho que titubeara. Había pensado retractarse de su decisión. Había pensado mil cosas en la infinidad de noches que había pasado en vela con su amargura y con los mensajes de su gemelo y de su esposa que borraba sin leer u oír. Le había consolado saber que ya nada podría hacerle tanto daño como le habían hecho ellos. Había construido su vida nueva sobre la base de esa certeza. Nunca se le había pasado por la cabeza que pudiese estar equivocado sobre ese asunto.

–Me devolvían los correos electrónicos y desconectaste tu número de móvil –estaba diciendo Anais–. Vi con mis propios ojos que rompías una carta que te dejé en el coche, sin leerla –ella levantó las manos y volvió a bajarlas como si quisiera usarlo de saco de boxeo, y él casi deseó que lo hiciera–. ¿Qué tenía que hacer? ¿Cómo tenía que decírtelo? Lo intenté, pero estabas demasiado ocupado lamiéndote las heridas y ocultándote detrás de toda la riqueza y privilegios que pudiste acumular alrededor como un muro de piedra. Eso no es culpa mía.

Dario se concentró en su rabia como si eso pudiera salvarle la vida. Tenía la espantosa sensación de que era lo único que podía hacerlo.

–Estás hablando de un hijo –replicó él separando cada palabra–. Si hubieses querido decírmelo de verdad, habrías encontrado la manera. Esto solo es otra jugada.

Nunca has dejado de hacerlas, ¿verdad?

–Te lo he dicho hoy, la primera vez que te he visto desde que me abandonaste –ella lo dijo con frialdad, pero su mirada de furia no tenía nada de fría–. No es ninguna jugada. No tengo por qué quedarme aquí para oír esto. Me dan igual tus sentimientos hacia el hijo que podrías haber conocido desde que nació si no te hubieses escondido por todos los medios. No te lo he contado porque quiera algo de ti, te lo he contado porque era lo que tenía que hacer.

–Anais...

–Y ahora, me marcho –le interrumpió ella con los ojos deslumbrantes por unas emociones que él no podía definir, ni debería definir. Ni siquiera debería creer que existían–. Me da igual lo que hagas con esta información, lámete un poco más las heridas que te has hecho tú mismo. Finge que sigues sin saberlo. Sé que lo harás, seguirás fomentando esa manía persecutoria que tienes.

Él no podía soportarlo. Sentía furia y algo mucho más profundo y sombrío, mucho peor. Algo descarnado, doloroso y terrible. Ella lo miró como si buscara algo en su rostro, hasta que cerró los ojos y empezó a darse la vuelta otra vez. Entonces, él no pudo soportarlo e hizo lo único que pensó que podía hacer. Aunque, seguramente, no estaba pensando. Le pasó la mano por el cuello, la agarró de la nuca, la acercó y la besó. Fue la misma locura que recordaba, la misma llamarada desenfrenada que lo volvía loco y lo devoraba vivo. Ella todavía tenía un sabor dulce y perfecto, como si no hubiese pasado el tiempo. Se acercó más, introdujo las manos entre su pelo tupido, le giró la cara para tener un ángulo mejor y la besó más profunda e intensamente... y ella le devolvió el beso como él recordaba que había hecho siempre. Sus lenguas se encontraron con avidez mientras la llamarada los consumía y toda su historia parecía discurrir entre las llamas. Era tan descarnado como ardiente, tan ávido como doloroso, y Dario supo que esa era la peor idea que había tenido en muchísimo tiempo. Aun así, la besó una y otra vez como si pudiera saciarse con ella, como si pudiera olvidarse no solo de todo lo que le había dicho ella y de todas sus acusaciones, sino de los seis años que llevaba sin tocar a nadie de esa manera o sin que nadie lo tocara a él. No había querido que nadie se acercara a él, no había querido nada ni remotamente parecido a la intimidad. Sin embargo, en ese momento, con esa maldita brisa acariciándolo todavía y con la boca ardiente y perfecta de Anais debajo de la suya, parecía como si no recordara por qué había hecho eso.

Ella se soltó y se apartó. Él oyó el leve sonido de disgusto que dejó escapar y le entró en el pecho como otra bala de esa tarde tan rara y crispada entre ellos. Ella retrocedió y se tambaleó hasta que se topó con la pared y lo miró fijamente. Parecía tan alterada como él y tampoco pudo soportar la idea de que ella pudiese estar afectada de verdad, que no estuviese actuando... Claro que estaba actuando, todo lo que hacía era una actuación. Detestaba todo aquello, ese sitio agreste, la brisa incesante que le trastornaba la cabeza y hacía que se sintiera inquieto y nervioso, Anais y sus mentiras, sus engaños de hacía seis años y de ese día. Además, que siguiera siendo la mujer más hermosa que había visto solo lo empeoraba todo. Detestaba que pudiese deleitarse con ella en ese momento, que pudiese sentirla otra vez como si sus labios fuesen un hierro candente que lo habían marcado, que lo habían cambiado.

También detestaba que ella consiguiese que él pudiera sentir otra vez cuando era algo que había sofocado y aniquilado durante aquellos días atroces después de que su

matrimonio terminara. Detestaba eso más que cualquier otra cosa.

–Ya que hablamos del tema –comentó él aunque no parecía él mismo porque eso era lo que ella todavía conseguía–. Quiero el divorcio.

Lo único que quería era que ella se sintiera tan en carne viva como él, tomar todo el dolor y furia, ese deseo inaceptable que todavía brotaba dentro de él, y que ella también lo sintiera.

Sonrió mientras lo decía para cerciorarse de que ella captaba el mensaje, para cerciorarse de que le hacía daño.

–Naturalmente, será sobre la base de tu infidelidad y mi hermano será el tercero en discordia.

Capítulo 3

Esa misma noche, después de las nueve, llamaron a la puerta de la casita de Anais en Kihei, a unas manzanas encima del mar y en un barrio residencial sin turistas. Ella miró la puerta con el ceño fruncido, como si se hubiese convertido en un monstruo que rugía.

Su acogedora casa de dos dormitorios estaba distribuida en un solo plano acristalado. Por eso, no tenía que levantarse del sofá de la sala, donde tenía unas carpetas distribuidas por la mesita baja, para ver que la figura que estaba detrás del cristal ahumado de la puerta no podía ser ni su tía ni su tío ni ninguno de sus amigos. Era demasiado alta y compacta. Evidentemente, era él. Además, la llamada había sido brusca y exigente, nada amistosa.

Apretó los dientes y se arrepintió de haberse puesto la ropa cómoda de estar en casa después de haber acostado a Damian hacía unas horas. Las mallas de yoga y la camiseta no eran la coraza adecuada contra Dario cuando todavía podía sentir su boca, cómo la había paladeado y tentado y excitado, cuando la había dejado con ese fuego por dentro que había llegado a convencerse, durante los últimos seis años, que solo era producto de su imaginación. Había resultado que su imaginación era muy real. Tan real que parecía como si los pechos se le endurecieran solo de pensar en él en ese momento. Además, notaba esa palpitación en el vientre que solo Dario había despertado en ella.

Se levantó a regañadientes y miró hacia la puerta entrecerrada de Damian, pero sabía que su hijo podría quedarse dormido en un concierto de rock. También sabía que si Dario había encontrado la dirección de su casa y se había presentado allí a esa hora, no pensaba marcharse tan tranquilo porque ella no hubiese contestado a la primera llamada.

Él llamó otra vez, con más fuerza, y ella resopló mientras cruzaba la habitación. Se pasó una mano por la coleta y deseó ser de verdad la mujer fría y pragmática que había conseguido fingir que era; la mujer que podía hacer frente a cualquier cosa sin inmutarse, aunque el padre de su hijo reapareciera en su puerta; la mujer a la que le daba igual el aspecto que tuviera en esa circunstancia. Esa mujer no existía, esa mujer solo era una mujer como ella que lo fingía.

Se preparó y abrió la puerta. Dario estaba en el escalón más bajo y parecía más alterado y peligroso que en la terraza del señor Fuginawa. La oscuridad recortaba los perfiles de las cosas. Hacía que Dario pareciera despiadado y poderoso. La miró fijamente, con un gesto serio e intenso, y ella se alegró, injustificadamente, de que tuviese las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, como si fuese más seguro por eso cuando ella ya sabía que no era así. Debería tener un aspecto desaliñado, llevaba vaqueros y la camisa por fuera, pero parecía un ejemplo práctico e impresionante de lo que era un vástago de una familia acaudalada que, además, resultaba ser, a su relativamente corta edad, el consejero delegado, famoso en todo el mundo, de distintas empresas. Aunque ella no había seguido por Internet sus logros empresariales ni nada por el estilo...

Cruzó los brazos y se quedó en la puerta. No lo invitó a que entrara y tampoco le

importó especialmente que los todos vecinos de su pequeño callejón sin salida estuviesen mirando la escena desde sus ventanas. Si acaso, eso le daba el valor que necesitaba para afrontar la situación. Tenía que ser gélida. El ardor no podía alcanzarla, ni siquiera el de él.

–No recuerdo haberte invitado –dijo ella con frialdad.

Le había invitado a que se fuese al infierno y no se había dado la vuelta para comprobar si le había hecho caso. Había conducido tan deprisa por el camino del señor Fuginawa y por el que llevaba a su casa que los bajos de su coche habían rozado el suelo más de una vez.

–¿Te parece de mala educación? No me gustaría ser maleducado en una situación como esta.

Su voz era tan espesa y sombría como la noche y parecía como si se le pegara al cuerpo. Notó la carne de gallina en los brazos y tuvo que hacer un esfuerzo para no frotárselos con las manos.

–Es posible que tengas que explicarme cuál es la etiqueta a seguir con los bebés secretos y los hijos ocultos. Evidentemente, yo no la conozco tan bien como tú.

–¿Qué quieres?

–Tú has afirmado que tienes un hijo mío. ¿Qué crees que quiero?

–Damian está acostado, como suelen estarlo los niños de su edad a esta hora –ella agitó una mano–. Lárgate.

–Quiero verlo.

Anais tuvo que apretar los dientes para no gritar tan fuerte que toda la isla acudiera a su casa.

–Tú no decides eso, Dario. No puedes presentarte aquí después de haber estado ausente toda su vida y saltar sobre él en plena noche.

–Sabía que lo utilizarías como una moneda de cambio. ¿Por qué será que no me sorprende que seas tan desvergonzada?

–Tiene cinco años y quiere un padre más de lo que puedes imaginarte. No estoy utilizándolo como una moneda de cambio, estoy protegiéndolo.

–¿De mí? –la cara de Dario se tornó más sombría, si eso era posible, y a ella le pareció que cerraba los puños en los bolsillos–. ¿Qué quiere decir eso?

Ella ya no podía fingir que estaba tranquila, no podía mantenerse fría e implacable. Además, tampoco le importaba gran cosa lo que él pudiera sacar de eso. La verdad era que él no le importaba cuando se trataba de los sentimientos de Damian, cuando Dario podría machacar a su hijo con toda facilidad y, probablemente, lo haría.

–Quiere decir que sé muy bien lo que le haces a los corazones.

Ella no había querido decir eso y deseó haberse mordido la lengua. Sobre todo, cuando él dejó escapar un sonido despectivo que la alcanzó como un puñetazo en el estómago.

–Esa es exactamente la sandez que esperaba que dijeras y no tengo tiempo para sandeces. No voy a participar en el melodrama que tengas pensado, Anais. Quiero ver al niño.

Él se movió como si le doliera, o, quizá, como si tampoco fuese tan duro como parecía, pero era peligroso imaginarse esas cosas. Ella ya había cometido ese error hacía seis años y solo había que ver lo que había pasado.

–A mi hijo, o eso has afirmado tú –añadió él.

–Escúchame.

Anais avanzó hasta el escalón superior sin importarle que volviera a quedarse demasiado cerca de él y a la altura de sus ojos. Le dio un golpe con el dedo en la cara y deseó que hubiese sido un cuchillo de cocina.

–Esto no se trata de ti –siguió ella–. Entiendo que estés sintiendo todo tipo de cosas en este momento. No me importa gran cosa, pero lo entiendo. Aun así, Damian no te conoce. Has estado desaparecido toda su vida. No le viene nada bien que lo despierten de un sueño profundo para que un desconocido pueda mirarlo, y si no le viene bien, no va a suceder.

Ella había elevado la voz, o quizá solo lo hubiese parecido, como si hubiese retumbado en las palmeras y en esa noche oscura y espesa que los presionaba. En cualquier caso, Dario se limitó a observarla con detenimiento, como si estuviese midiendo su debilidad y buscando algo contra ella. Seguramente, era lo que estaba haciendo. Ella solo era gélida en arrebatos cortos y controlados, pero había sospechado desde hacía mucho tiempo que Dario, en el fondo, solo era un bloque de hielo disfrazado de hombre. No supo cuánto tiempo se quedaron así, en medio de la noche y con esa brisa que los acariciaba como si jugara al escondite con la luz de la luna.

Fue Dario quien rompió el silencio con una voz sombría y serena a la vez.

–¿Por qué te molestaste en hablarme de él si ibas a impedir que lo viera?

Si él podía aparentar serenidad, ella también podía y se obligó a hacerlo.

–No estoy impidiendo que lo veas. Sencillamente, no voy despertarlo para que lo veas en este preciso instante. Son cosas distintas.

–Has planeado todo esto, ¿verdad? –él lo dijo como si la mera idea lo maravillara, pero su mirada azul era heladora–. Quieres clavarme un cuchillo en el pecho como sea. Es una venganza servida fría, seis años después, porque no me quedé para participar en tus juegos de traición y engaño.

Anais se obligó a respirar aunque la rabia y la sensación de injusticia la oprimían por dentro. No supo qué le impidió darle una bofetada. Debió de ser el miedo a que, si lo tocaba otra vez, no sería de una forma tan violenta como se merecía. Eso y el niño pequeño que dormía a unos metros de ella sin saber que su vida había cambiado irreversiblemente, que nada volvería a ser igual porque Dario ya sabía que existía. Su padre lo sabía por fin y eso hacía que todo fuese distinto.

–Esto no es un juego –replicó ella cuando pudo hablar.

No quería gritarle como él se merecía, quería hablar como Damian se merecía que sus padres hablaran entre ellos. Si había aprendido algo de sus padres, era eso.

–Tú fuiste quien se hizo inaccesible durante seis años, no yo. No te presentes aquí imponiendo cosas porque has decidido, de repente, que hay algo en esa vida que abandonaste tan insensiblemente que merece tu atención.

–Entonces, piensas utilizarlo como un cebo. Esa es la Anais calculadora y manipuladora que conozco.

–Puedes verlo, pero será cuando yo lo diga, no tú. Yo decidiré cuándo está preparado, no tú. ¿Lo has entendido? –él se limitó a mirarla con el ceño fruncido y el rostro granítico y ella siguió–. Esto no se trata de tu orgullo, tu vanidad o tu miserable existencia, Dario, es la vida de un niño pequeño.

El aire que los rodeaba se tensó como si estuviera cargado de electricidad, rabia, historia, furia y anhelo. Ella lo notó desde los brazos desnudos hasta la punta de los pies

descalzos. Vio que Dario se contenía como si estuviese a punto de ponerle las manos encima otra vez, y lo que le preocupaba era que no sabía si lo empujaría y lo estrecharía contra sí. El problema con Dario era que ella no se conocía a sí misma cuando él estaba cerca. Sin embargo, Dario retrocedió y Anais tuvo que reconocerse que no había sentido el alivio que debería haber sentido, sino que se sentía... decepcionada. Con desesperación, se dijo que estaba enferma.

Él se pasó los dedos entre el pelo negro y quedó más despeinado. Ella no entendía por qué eso, unido a que no se había afeitado todavía, podía hacer que pareciera más atractivo, no menos, o por qué no podía dejar de fijarse en cosas como esas en un momento como ese. Quizá sí lo entendiera y también se odiara a sí misma por eso.

Dario la miró durante un instante que a ella le parecieron días y luego dijo entre dientes el nombre de un complejo turístico muy exclusivo en Wailea, en esa parte de la isla.

–¿Lo conoces?

–Claro que lo conozco.

Naturalmente, ella no había estado allí. Los precios eran astronómicos incluso en comparación con los demás complejos turísticos de Maui, que ya eran elevados, y a ella no la habían invitado a muchos hoteles de lujo durante los últimos años.

–Estoy alojado allí –él la miró un momento con los ojos entrecerrados–. Te espero mañana a las siete de la tarde en punto.

–Me temo que tengo un...

–Cancélalo, sea lo que sea –él apretó sus labios carnosos y el destello azul de sus ojos hizo que el corazón le diera un vuelco. La convertía en la mentirosa que él siempre había dicho que era–. No me obligues a buscarte, Anais. Te gustará menos que a mí todavía.

Entonces, él desapareció en la noche. Ella oyó el motor de un coche en la calle, fuera de su campo de visión, pero no podía moverse. Se quedó en el escalón durante un buen rato, como si se tambaleara, como si estuviese en un bote y quisiera sobrellevar el oleaje sin conseguirlo. La había dejado sin nada que hacer salvo debatir con rabia si pensaba obedecer su orden o no.

Claro que no, se contestó con firmeza y saliendo de ese aturdimiento mientras volvía adentro. Le costó mucho no dar un portazo tan fuerte que la casa se viniese abajo. ¿Quién se creía que era para darle órdenes? ¡No tenía que prestar la más mínima atención a ese hombre!

Volvió al sofá e intentó seguir con el trabajo que había estado haciendo, el trabajo que tenía que acabar esa noche... pero era imposible. Todavía estaba demasiado alterada, demasiado insegura y trastornada.

Una vocecilla le recordó que era el padre de Damian, como si fuese a olvidarlo, y que le debía eso a Damian, no a Dario, que si negociaba una solución, le ayudaría a él y eso era lo importante.

Anais no durmió casi esa noche. No se sentía cómoda en su propia cama. Comprobó cómo estaba Damian más veces en esa noche que desde que era un recién nacido y había estado aterrada de que pudiera dejar de respirar si ella se relajaba lo más mínimo. Había sido frágil y diminuto en comparación con la descomunal responsabilidad que ella había adquirido para toda la vida y la cantidad de amor que sentía cada vez que lo miraba. Había llegado a la conclusión de que quizá hubiese sido

ella la que había dejado de respirar durante aquellos meses abrumadores. Gracias a Dios, no había estado sola. Su tío y su tía, ya mayores, habían sido el único punto luminoso de su familia durante toda su vida, y nada había cambiado cuando fue a Maui después del fracaso de su matrimonio. La acogieron sin hacer preguntas, como habían hecho cuando era una niña que quería escapar de sus belicosos padres para pasar unas vacaciones o un verano. Cuando por fin les había reconocido que estaba embarazada, lo habían aceptado sin aspavientos. La habían ayudado a levantarse y encontrar la forma de salir adelante como la madre soltera que nunca había pensado ser. Además, habían sido una presencia firme y fiable desde que Damian respiró por primera vez. Ella sabía que, en comparación con otras mujeres, había tenido suerte.

Se recordó todo eso a la mañana siguiente, cuando Damian se despertó de mal humor, con toda la furia de un niño de cinco años. Preparó sus cosas a pesar de sus quejas, se peleó con él para ponerle la ropa del colegio y luego tuvo que amenazarlo, chantajearlo y engatusarlo para montarlo en el coche. Lo dejó en el colegio y se disculpó por soltarles a Damian en ese estado irracional y rebelde. Entonces, fue a su despacho de abogados, donde era socia del único socio, y desapareció detrás del montón de papeles que tenía en la mesa. Se dijo que no tenía ni idea de si pensaba ir a ver a Dario como le habían ordenado. Se lo repitió una y otra vez, pero cuando le llamó su tía y le preguntó si Damian podía quedarse a dormir en su casa, como hacía de vez en cuando, le pareció una señal. Una señal de que debería aprovechar la noche para ponerse al día con el trabajo y no tontear con el peligroso pasado, se dijo a sí misma mientras miraba el móvil con el ceño fruncido.

Entonces, cuando esa tarde volvió a casa y pudo ordenar los restos de la rabieta de Damian de esa mañana, empezó a replantearse esa postura. Se imaginaba que lo que Dario veía era una película amable para niños, que todo eran sonrisas y juegos con bonitos juguetes bajo la supervisión alegre de otra persona. Ella también lo había creído hasta que había sido madre. Eso no era la realidad y, desde luego, no era su hijo. De repente, sintió impaciencia por decírselo a Dario. Ni siquiera el montón de carpetas que la esperaba en la mesita baja pudo detenerla. El hombre que tenía carámbanos donde debería tener el corazón no podía querer tener un hijo, independientemente de lo que hubiese dicho en la puerta. ¿Acaso no se lo había dicho miles de veces cuando estuvieron juntos? No había ningún motivo para que eso hubiese cambiado desde entonces. Además, Damian no se merecía un padre que le amargaría la existencia antes o después. Ella había vivido esa vida desdichada y no iba a condenar a su hijo a lo mismo.

La recepcionista estaba esperándola cuando consiguió abrirse paso entre el tráfico de finales de verano y aparcó en el aparcamiento del exclusivo complejo turístico. Un empleado le comunicó que el señor Di Sione estaba esperándola en una de las villas al borde del mar y la acompañó allí como si fuesen a visitar a un miembro de la realeza. Naturalmente, Dario solo se conformaba con lo mejor. Sin embargo, si era sincera consigo misma, ¿no era eso parte del motivo para que lo hubiese encontrado tan fascinante? Había sido un impacto de temeridad controlada, un destello de color en su vida en blanco y negro. Lo habían criado entre algodones y luego, cuando seguían en la universidad, Dante y él habían hecho sus propias fortunas y eso había significado que ninguno de los dos había tenido que preocuparse por tener que prestar atención a las limitaciones que los demás no habían tenido más remedio que soportar.

Ella se había criado en medio del fuego cruzado de sus belicosos padres y no había tenido la más mínima idea de cómo divertirse o de enamorarse o de ser disparatada sin ningún motivo; Dario le había enseñado todo eso. Se lo había enseñado y se lo había arrebatado después como si solo hubiese sido un préstamo.

Iba poniéndose cada vez más furiosa a medida que avanzaba junto al empleado por los terrenos del hotel más impresionante de Maui y el sol empezaba a acercarse al mar por detrás de unas construcciones bajas y modernas que recordaban la arquitectura antigua de Hawái. La verdad era que había tenido suerte. Ya llevaba años como abogada en uno de los sitios más bonitos del mundo. Le gustaban su trabajo, sus clientes y la vida que se había formado allí. Su profesión era apacible y le permitía ocuparse de Damian y ayudar a sus tíos cuando podía. Estaba muy orgullosa de todo eso, era la vida que se había creado ella sola. Sus padres dejaron de fingir siquiera que tenían alguna obligación hacia ella el día que cumplió dieciocho años y su marido la había abandonado siete años después, justo cuando había conseguido confiar en él por fin. Efectivamente, sus tíos la habían ayudado lo mejor que habían podido y eso había sido inestimable algunas veces, pero, en definitiva, se había hecho a sí misma. No obstante, nunca había tenido tanto dinero como Dario ni lo tendría, pero se había pasado mucho tiempo diciéndose que se alegraba, que todo ese dinero que Dante y él habían ganado mientras seguían en la universidad había sido lo que había acabado arruinándolos. Había hecho que él esperara demasiado del mundo y de todos lo que lo habitaban, como si pudiera conseguir que todo fuera como él quería solo porque quería que fuese así. También lo había acostumbrado a ver lo peor de los demás, como si quisieran acercarse a él para utilizarlo para sus propios fines.

Ella había sido tan arrogante que había creído que era al antídoto de todo eso, pero cuando un hombre se envenenaba, se quedaba así... salvo que el hombre en cuestión quisiera algo distinto. Dario había fingido que lo quería, pero no era verdad. En definitiva, no había querido nada de lo que decía que quería, ni, en concreto, a ella.

Por algún motivo, esa villa de cuatro dormitorios que habría sido más propia de un rey y toda su corte la convenció más de todo eso mientras llamaba a la puerta. El empleado ya había desaparecido entre el exuberante jardín lleno de flores y antorchas encendidas. Llamó con la mano abierta, con fuerza y algo de brusquedad, pero, naturalmente, Dario no contestó inmediatamente y eso le dio tiempo de sobra para pensarse mejor lo que estaba haciendo, para preguntarse que ganaba con transigir a sus exigencias, sin importarle cuáles podían ser los motivos de ella, y lo que era peor, qué podía perder.

Con Dario nada había sido claro. Ni siquiera habían salido juntos y se habían metido en algo mucho más intenso que ninguno de los dos se había atrevido a llamar por su nombre. Luego, se habían casado demasiado pronto y se habían dicho el uno al otro, y a sí mismos, que era una decisión racional por su situación como inmigrante francesa, y no por esa pasión desaforada que los había consumido en la cama. Dario le había contado muy pocas cosas sobre su familia, salvo que solo quería de verdad a su gemelo, aunque Dante había recelado abiertamente de ella desde el principio. Ella había intentado pasarlo por alto porque estaba metida de lleno en su primer año como abogada y en esa realidad vertiginosa con su primer amante, quien, además, era el marido del que se había enamorado perdidamente aunque no se atrevía a reconocérselo. Quizá no fuese nada sorprendente que todo se desmoronara en solo un

año.

No podía sacar nada bueno de hurgar en esas viejas heridas, se dijo mientras miraba la puerta con el ceño fruncido. Sin embargo, se recordó que lo hacía por Damian y se lo repitió varias veces mientras volvía a llamar con más fuerza. Esa vez, Dario abrió la puerta de par en par y la dejó sin respiración. Eso la enfureció todavía más. Dario solo llevaba unos amplios pantalones de lino que le colgaban de las finas caderas y resultaba imposible hacer otra cosa que no fuese mirar boquiabierta su impresionante pecho. Se había asegurado a sí misma que no era posible que fuese tan magnífico como recordaba, como si fuese una estatua esculpida en mármol que debería estar en un museo. Había tenido seis años para convencerse de que eso era fruto de su imaginación, pero no lo era. Si acaso, era mucho mejor de lo que recordaba. Era todo músculos fibrosos, bajo una piel suave y olivácea con una ligera mata de vello oscuro que bajaba hasta desaparecer por debajo de esos pantalones que le colgaban tan bajos. Hasta sus pies descalzos eran impresionantes, grandes y manifiestamente varoniles, y ella no podía soportar nada de todo eso. Sobre todo, no podía soportar ese anhelo espantoso que la abría en canal y hacía imposible que se mintiera a sí misma. Lo deseaba. Lo había deseado siempre. La conexión entre ellos lo había sido todo para ella durante un tiempo. Nunca había habido nada tan poderoso y absorbente en su vida, hasta que tomó en brazos a Damian en el hospital. Había sido tan necia que había llegado a pensar que esa conexión era lo que había creado el lazo verdadero entre ellos, que su matrimonio se había celebrado por todos los motivos prácticos que habían analizado racionalmente, por la tarjeta de residencia de ella, porque a Dario le había gustado la idea de tener una abogada en la familia más inmediata para que asesorara a la empresa que su hermano y él dirigían, etc. Todo eso había tenido mucho sentido sobre el papel.

Sin embargo, la verdad había sido lo que pasaba cuando se despertaba esa pasión devastadora entre ellos. Siempre, con el más leve contacto, cuando se separaban y volvían a juntarse noche tras noche. Lo que hablaban a la luz de día era su tapadera, su farsa. Las noches eran su verdad. Eso era lo que se había dicho a sí misma y se había creído, lo que había sentido en el fondo, en ese rincón frío que nadie más había tocado jamás. Hasta que él lo había hecho añicos al abandonarla sin mirar atrás.

–Espero que no te hayas desvestido por mí.

Ella lo dijo con una leve sonrisa, como si le pareciera que su pecho desnudo, una de las siete maravillas del mundo aunque no soportara que todavía se lo pareciera, fuese motivo de bochorno... para él.

–No volvería a tocarte ni aunque me fuera la vida en ello. Mira lo que pasó la última vez –añadió ella.

Capítulo 4

Ya empezamos con las mentiras? –preguntó Dario.

Como ella no le había dejado entrar en su casa la noche anterior, algo que le había molestado más de lo que estaba dispuesto a reconocer y que le irritaba cada vez que lo pensaba, le tapó la entrada. Si esa chiquillada lo avergonzaba lo más mínimo, no daba señales de ello. Él solía ignorar las verdades que le resultaban desagradables.

–Tocarnos nunca ha sido un inconveniente, como creo que sabemos los dos.

Ella lo miró como si lo compadeciera y eso hizo que él quisiera hacer todo tipo de cosas que no iba a permitirse hacer... todavía.

–Entonces era joven y necia –replicó ella en ese tono remilgado que siempre lo había vuelto loco de deseo, y esa vez no era distinta, maldita fuera–. Creía que el envoltorio importaba mucho más que lo que había dentro, pero las personas cambian.

–Lo que no cambia es la memoria selectiva. Es una mentira que te cuentas a ti misma.

–Afortunadamente, no me conoces lo bastante bien.

Anais se encogió de hombros. Le molestaba que no se hubiese apartado para dejarle entrar, pero no lo demostró. Eso, en cambio, le irritó mucho más a él.

–Podría haber cambiado de pies a cabeza o podría estar mintiendo como una bellaca, pero ninguna de las dos cosas tiene nada que ver con tu paternidad, ¿verdad?

Dario se había despertado cuando eran las ocho en Nueva York, seis horas antes que en ese rincón perdido del mundo. Había pasado un par de horas hablando por teléfono y otra hora trabajando con su ordenador portátil. Luego, había combatido la rabia que lo abrasaba por dentro corriendo por un camino oscuro que llevaba a las playas de roca negra y volcánica. Había recibido el primer amanecer hawaiano dándose un baño en el asombrosamente cálido mar, había vuelto a su villa y había hecho cien largos en la piscina, con el agua mucho más fresca, para cerciorarse de que se dominaba a sí mismo, pero no lo había conseguido.

Había pasado el día entre llamadas y videoconferencias con empleados de todo el mundo y después había salido a correr otra vez por un camino ascendente y mucho más duro, pero tampoco le había servido de nada... cuando Anais volvió a aparecer delante de él.

Estaba tan naturalmente sexy como siempre y eso le disgustaba. Le disgustaba ella. Había estado hermosa el día anterior en aquella casa remota. Había estado ridículamente atractiva la noche anterior con una camiseta y unas mallas que se le ceñían a cada centímetro de sus preciosas piernas, pero lo de ese momento era mucho peor. Se había hecho uno de esos moños complicados y descuidados en apariencia. A él, hacía seis años, le había encantado ver cómo se lo hacía con sus diestros dedos y una serie de horquillas que iba poniéndose de cualquier manera en el pelo sedoso. Llevaba una blusa engañosamente sencilla de un color crema que hacía que la piel le resplandeciera y la llevaba metida por dentro de una falda larga y muy estrecha de color pelo de camello que debería estar prohibida por cómo se le ajustaba a las caderas y hacía que pareciera más femenina y seductora que lo que ya era. Una parte primitiva de

sí mismo no soportó que fuese así vestida, que cualquiera pudiera verla. Le molestaron hasta los delicados zapatos rojos que le abrazaban los tobillos, eran como unas llamas estilizadas que podría anhelar cualquier hombre como lo hacía él, y que probablemente habían anhelado. Estaba elegante, fría y desesperantemente sexy, tan intocable como siempre y él solo quería desbaratarla como siempre había querido hacer desde que la vio la primera vez, cuando era una bibliotecaria remilgada y malencarada en la silenciosa biblioteca Butler de la Universidad de Columbia, donde Dante y él habían estado haciendo demasiado ruido una tarde de invierno. No se acordaba de qué habían estado riéndose, solo se acordaba de que alguien les había hecho callarse y de que, cuando levantó la mirada, había visto a Anais mirándolo con el ceño fruncido desde detrás de una pila de libros. Había tenido las ganas casi incontrolables de desbaratar ese exterior remilgado, de irritarla para comprobar lo rígida que era de verdad. Había querido despojarla de esa ropa invernal y esa expresión ofendida y comprobar qué tipo de mujer había debajo. Había algo dentro de él, en esa oleada abrasadora que le quemaba las entrañas, que le decía que ya lo sabía. Había querido poseerla en ese momento y lugar... y ese anhelo no había cesado ni entonces ni en ese momento.

Además, sabía que esas ganas no tenían nada que ver con el hijo que según ella era suyo y todo que ver con la locura que ya lo dominó una vez.

–Ten cuidado, hermano –le había advertido Dante en tono burlón cuando él no dejó de mirarla en la biblioteca hasta que ella, sonrojada, apartó la mirada–. Te comerá vivo.

A él no la había gustado aquello. Su relación con su hermano no había sido la misma desde un incidente con una mujer con la que se habían acostado los dos cuando eran más jóvenes. Se habían perdonado el uno al otro, no a la mujer, pero él no había vuelto a confiar en Dante como antes y eso se había notado en la empresa. Por entonces, él había estado abrumado porque estaba intentando resolver el futuro de la empresa, un año antes de que la vendieran, y le parecía que Dante no quería asumir su parte de la responsabilidad. Había querido dar un puñetazo a su hermano allí mismo, en la biblioteca, por haber mirado a la misma chica guapa de una manera que no le había gustado. No le había dado más importancias entonces, pero tampoco lo había olvidado.

Más tarde, cuando Anais había recogido sus cosas y había salido, él fue a seguirla para encontrarse con ella «accidentalmente», pero su hermano se había reído en su cara.

–No me eches la culpa cuando te arruine la vida –le había avisado Dante–. Es algo que puedo garantizarte.

–No tienes ni idea de lo que estás hablando –él se había puesto el chaquetón, no le había dado un puñetazo a su gemelo–. Esas son tus perversiones personales.

–Hay una ciudad llena de mujeres que te tirarían las bragas si les sonrieras, que ya lo han hecho, y tú quieres perseguir a la única a la que has disgustado a simple vista. Es posible que yo no sea el perverso.

Él parpadeó en ese momento, le pasmó que esos recuerdos que solía tener bien enterrados se hubiesen adueñado de él de esa manera. Quería pensar en su hermano casi tanto como quería pensar en su matrimonio, y eso era algo más que podía reprocharle a ella, se dijo con furia.

Se dio la vuelta, entró en la villa y se dirigió hacia la cocina, donde los empleados del hotel le habían dejado una selección de vinos. Oyó que ella cerraba la puerta y lo

seguía, oyó el taconeó de sus zapatos rojos, y sirvió una copa para cada uno. Tinto para él y blanco para ella, como siempre. Anais tragó saliva cuando le entregó la copa, como si los recuerdos también estuviesen adueñándose de ella. Él esperó que le resultaran tan incómodos y mal recibidos como a él.

–¿Qué es esto? –preguntó ella aunque no dejó la copa.

–Vino –contestó él arqueando una ceja.

–¿No te vistes pero tienes todo tipo de vinos? Qué forma tan fascinante de plantear una reunión. No me extraña que ICE vaya tan bien –ella le dio un golpecito en el pecho con la copa–. ¿Así cautivas a tus inversores y accionistas? A lo mejor, incluso añades un numerito de cabaret para cerrar el trato. Todo empieza a tener mucho más sentido.

Él contuvo las palabras hirientes que se le amontonaban en la boca porque no era la manera de jugar esa partida. Siempre se le habían dado muy bien los juegos y los había ganado sin esforzarse gran cosa. También se había pasado todo el día hablando acaloradamente con sus abogados para comentar las distintas maneras de ganar ese... definitivamente. Sin embargo, era asombroso lo distinto que le parecía ese juego cuando estaba vestida así, cuando todo eran curvas femeninas y esa boca que todavía podía saborear, y eso no presagiaba nada bueno para lo que tenía que lograr. Sin embargo, lo dejó a un lado con la misma contundencia que le había permitido entrar en ICE y cambiar la empresa de arriba abajo durante los últimos seis años. La había hecho suya, eso era lo que había hecho.

–¿Cómo se hace esto? –preguntó él en un tono mesurado para variar.

Quería que pareciera que había tenido tiempo para serenarse y dominar sus emociones, para aceptar que esa mujer le había ocultado su hijo durante cinco años. ¡Cinco años! Sabía que había obstaculizado cualquier intento de que se pusiera en contacto con él, pero la cuestión no era lo que podría haber hecho él, que no había tenido toda la información que tenía ella, la cuestión era lo que había hecho ella, y lo que no había hecho, cuando había sido la única que lo sabía todo.

Anais dio un sorbo de vino y le sonrió casi con cortesía, como si fuesen unos desconocidos en un cóctel.

–¿Me lo preguntas porque soy una experta en asuntos de paternidad?

Él la miró un instante y se recordó que era una partida que tenía que ganar, y eso implicaba que dominara la rabia.

–Porque eres la abogada.

–Esto se hace hablando –contestó ella desde el otro lado de la barra de mármol que separaba la cocina de la amplia sala–. Hablando racional y sensatamente, si podemos, llegaremos a acuerdos aceptables para los dos.

Dario estaba pensando cuánto le molestaba que pareciera tan poco alterada por todo eso, y por él en concreto si era sincero consigo mismo, cuando ella ladeó la cabeza.

–¿Crees que podrás hacerlo?

Prefería ese tono delicado e hiriente de ella. Le indicaba dónde estaban los dos, en el mismo terreno resbaladizo.

–Si es mío...

–Si vuelves a decirlo en condicional –le interrumpió ella–, la conversación habrá terminado para siempre.

Él quiso no hacerle caso, pero hubo algo en su forma de mirarlo que hizo que se lo pensara mejor. ¿Se marcharía de verdad? No quería creer que lo haría y tampoco quería averiguar por qué pensaba eso.

–No sé qué quieres de mí, Anais. Puedes reclamar la autoridad moral, puedes decirte que el asunto es que yo te impedí ponerte en contacto conmigo y podríamos discutirlo durante años.

–Prefiero no hacerlo.

–Eso no cambia lo que vi.

Él captó un destello en los ojos oscuros de ella.

–Viste a un hombre que salía de tu dormitorio abotonándose la camisa.

–Vi a mi hermano que salía de mi dormitorio con mi esposa –replicó él entre dientes mientras dejaba la copa de vino dando un golpe en la encimera, aunque, asombrosamente, no la hizo añicos–. Además, estaba poniéndose una de mis camisas.

Tardó un rato en darse cuenta de que si bien ella estaba mirándolo con una expresión indescifrable en la cara, también estaba temblando. ¿Era de furia o de vergüenza? ¿Era de rabia porque le recordaba ese comportamiento infiel después de tantos años? ¿Era algo tan complicado como lo que sentía él; tanto deseo como lo que esperaba que fuese disgusto? No lo sabía.

–Sí –concedió ella al cabo de un minuto–. Eso fue lo que viste. No nos viste a Dante y a mí desnudos dándonos un revolcón. Ni siquiera nos viste tocándonos. Viste a tu hermano que se cambiaba de camisa y eso acabó con nuestro matrimonio al instante.

Sin embargo, él había estado más enfadado con Dante. Había visto lo que había visto y todo había cobrado sentido. La tensión entre Dante y Anais, que, según ella, era antipatía. La distancia entre su hermano y él en lo referente a su empresa, que, según Dante, era por filosofías distintas. Todo mentiras y engaños. Entonces había pensado que era la verdad. Todos sus desvelos, todo su trabajo, toda la responsabilidad... todo había sido una artimaña para quitarlo de en medio, para que esas dos personas que, en teoría, lo querían y se odiaban entre ellos pudieran verse... en su dormitorio. Todavía lo enfurecía cuando debería haberlo superado hacía años y creyó que ella lo captó en su voz cuando volvió a hablar.

–¿Y crees que ahora voy a rogarte que me digas lo que estaba pasando de verdad ese día para que me cuentes un cuento?

–O te diga la verdad.

–Eso no va a pasar nunca –replicó él sin reírse–. No seas tan ingenua, Anais, ¿o será que quiero decir egocéntrica? –Dario sacudió la cabeza–. ¿Crees de verdad que eres la primera mujer que Dante me robó?

Ella tragó tanta saliva que él lo vio y fijarse en la delicadeza de su cuello y en la perfección de la clavícula que había recorrido con su boca durante muchas noches no facilitó las cosas, ni mucho menos.

–Damian es tu hijo. No voy a discutir sobre eso. Puedes creerlo o no, y si no lo crees, no hay ningún motivo para que sigamos molestándonos.

–Entonces, tenemos que hablar de lo que hablarían todos los padres en una situación como esta.

Él lo dijo como si fuese una conversación aséptica sin una historia personal y dolorosa detrás, como si él no se hubiese pasado todo un día interminable hablando por teléfono con sus abogados y repasando distintas posibilidades.

–Las visitas, la custodia, el sustento... Las cosas habituales –añadió él.

Le pareció que ella se ponía rígida o que su mirada se afilaba, pero se limitó a dejar su copa de vino blanco en la encimera y a cruzarse las manos por delante.

–Antes de que llegues demasiado lejos por cualquier camino legal, deberías saber que tu nombre no está en el certificado de nacimiento de Damian.

Él, hacía un día, no sabía que tenía un hijo, pero cuando le oyó decir eso tuvo ganas de ponerse a dar gritos y de romper su copa y todas las que había en la villa. No supo cómo consiguió contenerse, cómo se lo tragó y consiguió parecer gélido cuando replicó.

–¿Qué has dicho?

–Si quieres reclamar la paternidad –contestó ella sin inmutarse y con una mirada fulminante–, primero tendrás que demostrarlo y, después, naturalmente, pagarme todo el sustento del niño que me debes desde que nació.

–Qué interesada.

–En absoluto. Si quieres reclamar a tu hijo, tienes que hacer algo para compensar que no le has hecho caso durante cinco años. No puedes retroceder en el tiempo y ser menos desalmado con su madre, es una pena, pero sí puedes pagar. Es posible que eso sea lo único que sabes hacer, y me parece bien –ella sonrió, pero no fue una sonrisa agradable–. Damian se merece sacar un buen fondo para pagarse la universidad de todo esto. No es que sea interesada, es una póliza de seguro.

–Se me ocurren otras condiciones.

–Estás lleno de condiciones desagradables, ¿verdad? –ella volvió a encogerse de hombros y él empezó a pensar que ese gesto era el gesto más exasperante que había visto–. No me sorprende precisamente.

–Yo no te he insultado, Anais, y podría haberlo hecho.

–No te infravalores, Dario –replicó ella con un brillo en los ojos negros–. Tu comunicación gestual fue ensordecedora.

–Para dejarlo claro –dijo él cuando pudo hablar en un tono mesurado–, dices que no estás utilizando a tu hijo como moneda de cambio, pero sí estás dispuesta a cobrar un rescate por él, ¿lo he entendido?

–Él solo es un concepto para ti, Dare –comentó ella al cabo de un momento.

Él se preguntó si se habría dado cuenta de que había empleado ese apodo que solo había empleado ella en toda su vida, aunque no le dio muchas vueltas a por qué se había dado cuenta él. Sobre todo, cuando estaba mirándolo como si le doliera mirarlo.

–Sin embargo, para mí, Damian lo es todo –siguió Anais.

Ella sacudió la cabeza como si él le pareciera un gusano. No había ni un motivo para que le preocupara lo que esa mujer pensaba de él, la opinión que tenía de él. Ni el más mínimo motivo.

Sin embargo, él no estaba haciendo eso para dilucidar las cosas que había entre los dos. Le daba igual. Eso se trataba del hijo que ella le había ocultado. Ese era el único motivo para que no se hubiese marchado a Nueva York en cuanto tuvo los malditos pendientes. Había trazado un plan y pensaba llevarlo a cabo al pie de la letra, le daba igual lo que pensara de él, lo que le llamara o cualquier cosa parecida. Todo eso le daba igual. Entonces, ¿por qué le costaba tanto recordarlo?

Anais no pudo soportar cómo la miró y se dio la vuelta para dirigirse hacia las puertas abiertas que daban a su terraza, que tenía una vista maravillosa del mar y del sol rojo que se hundía en el horizonte. También tenía su propia playa al final de un sendero ondulante. Podía ver el resplandor de la arena blanca bañada por los últimos rayos de sol del día y las olas que rompían con suavidad en la orilla, como si lo hicieran solo para ellos dos.

Dario se quedó en silencio un buen rato, pero ella no se dio la vuelta para ver el motivo. Notó que se acercaba y apareció a su lado abotonándose una camisa hecha con el mismo lino que los pantalones. También era negra y no supo qué era peor, si que estuviese delante de ella con el pecho desnudo y tentándola, o vestido como un amante despreocupado recién salido de uno de esos sueños que fingía no tener.

–Lo siento –dijo él.

Eso le asombró tanto que Anais giró la cabeza para ver si estaba tomándole el pelo, pero su mirada azul y abatida estaba clavada en el mar, no en ella.

–No quería que la conversación bajara a ese nivel –siguió él–. No quería que vinieras aquí por eso.

–Me imagino que querías pasarme por la cara tu poderío –ella lo dijo en un tono más amargo que el que había querido, más afectado, pero no podía controlarlo como debería–. Esta villa tiene que costar cinco mil dólares la noche, por lo menos.

–¿Te preocupa cómo me gasto el dinero? Estoy sinceramente conmovido.

Ella vio una sombra implacable y despiadada en su rostro, pero desapareció enseguida. No se la había imaginado, pero tampoco sabía a qué estaba jugando y se dijo que le daba igual.

–No hace ninguna falta que nos peleemos –siguió él en voz baja y casi amable, algo que a ella le pareció alarmante–. Seis años es mucho tiempo. No veo el motivo para que no podamos hablar tranquilamente sobre lo que es mejor para Damian. Fuimos racionales una vez y seguro que podemos volver a serlo.

Eso era exactamente lo que Anais se había dicho que quería y más de lo que había soñado que fuese posible con Dario. Entonces, ¿por qué no lo creía del todo?

–Me gusta –reconoció ella y, a pesar de la sensación de que no era verdad, intentó ser la persona generosa que debía ser por su hijo–. Naturalmente, me gustaría que Damian te conociera, pero entenderás que es un niño pequeño, ¿verdad? Vino al mundo cuando quiso y sigue así desde entonces. Si te imaginas que es una criatura angelical que te mirará y te llamará papá y que será una especie de extensión de tus caprichos, me temo que Damian no es así.

–No se me había pasado por la cabeza ser padre hasta que ayer me dijiste que tenía un hijo –Dario lo dijo en un tono que a Anais le pareció un poco sombrío para su tranquilidad de espíritu–. No tengo ninguna expectativa que vaya a tener que cambiar.

Entonces, ella se dio cuenta de lo cerca que estaban y de lo descarado que sería que se apartara de un salto, como le gustaría hacer. Sabía cómo lo interpretaría él y, lo que era peor, lo interpretaría bien. No quería estar tan cerca que podía notar el calor que irradiaba, como si ese lino negro fuese un radiador incluso allí, en pleno agosto tropical. No se fiaba de sí misma, no podía fiarse cuando Dario estaba cerca.

La cruda realidad era que se había enamorado de él hacía mucho tiempo, no a primera vista, pero tampoco mucho después, y nada había cambiado desde entonces. No había cambiado cómo le había roto ese corazón solitario que solo había compartido

con él; ni cómo la había abandonado sin compasión, como si no hubiese sido digna de que mirara atrás; ni como ella había intentado odiarlo desde entonces, y no lo había conseguido en ningún momento. ¿Cómo podía odiar a ese hombre cuando veía muchas cosas de él reflejadas en la cara de su hijo? ¿Cuando veía esa risa que era la de Dario al cien por cien? Era imposible. Había creído que había llegado a aceptarlo con resignación hacía mucho tiempo, pero, naturalmente, eso fue cuando había esperado que no volvería a ver a Dario.

Seguía sin querer estar tan cerca de él, hacía que sintiera claramente su debilidad en lo referente a él.

–Fantástico –comentó ella mientras se apartaba para mirarlo mejor a los ojos como si eso fuese a bajarle los humos–. Entonces, cuando tenga un arrebato de mil demonios porque quiere llevar una camisa azul en vez de una roja, como esta mañana, estoy segura de que te lo tomarás con calma.

Dario esbozó una sonrisa que solo sirvió para recordarle lo sensible que era a él, cuánto deseaba que eso, fuera lo que fuese, fuera real. Lo deseaba con toda su alma.

–Si puedo sobrellevar a consejeros refractarios y a consejeros delegados de moral dudosa, un niño pequeño no debería ser un problema.

–Me alegra que estés tan seguro de ti mismo.

Entonces, el ambiente se tensó y vibró. Dario se metió las manos en los bolsillos de una manera que indicaba que quería hacer algo completamente distinto con ellas y Anais tuvo que hacer un esfuerzo para disimular un estremecimiento delicioso y traicionero.

–Quiero que me acompañes –replicó él–. Vamos a cenar como personas civilizadas, vamos a hablar.

La sonrisa se hizo más amplia y la verdad era que ella no era tan fuerte como para resistirlo, nunca lo había sido y en ese momento, cuando toda su mirada azul estaba clavada en ella, no encontró ni un motivo para que eso tuviera que cambiar, ¿por qué iba a querer que cambiara?

–Hagámoslo bien.

Capítulo 5

Esa noche, mucho más tarde, Anais se apartó de la mesa del reservado del restaurante al aire libre del complejo turístico e intentó advertirse, una vez más, de que tenía que ir despacio, mantener la perspectiva.

La noche había sido perfecta. Ella, aunque era de allí, se sentía como una especie de princesa rodeada de la magia hawaiana por todos lados. Los habían acomodado en aquel rincón tan romántico del restaurante donde no había nada entre el mar y ellos, salvo una franja de roca volcánica, y los demás comensales estaban entre la oscuridad que había detrás de ellos. Las antorchas brillaban en el espeso aire y la brisa hacía que los mechones que caían del moño le acariciaran las mejillas como los dedos de un amante. Sin embargo, ella solo había tenido un amante y sus dedos eran implacables y exigentes por muy delicada que fuese la caricia.

La comida había sido exquisita, la típica mezcla hawaiana de aromas y sabores inesperados, y maravillosamente presentada. Ella, sin embargo, intentó por todos los medios mantener la atención en su hijo, no en el padre de este. Intentó resistirse a la magia engañosa de toda esa elegancia y lujo natural, y al hombre que la había hecho posible. Intentó, lo mejor que pudo, mantener altas las defensas, no interpretar nada de todo eso, seguir tan gélida como debería haber sido sin importarle lo cautivador que era cada bocado que daba, sin importarle lo cautivador que era el hombre que tenía enfrente, lo cual, era mucho más preocupante.

Dario había sufrido una especie de transformación durante el paseo desde su villa al restaurante. Había desaparecido el hombre hosco e inflexible que se había encontrado el día anterior en la casa de Fuginawa y en su lugar estaba, si no exactamente el hombre con el que se había casado hacía seis años, el hombre más parecido que podía imaginarse después de esos seis años separados... y lo que su risa no consiguió hacerle a su corazón después de tanto tiempo, el vino que no dejó de servirle sí consiguió hacérselo a su cabeza.

Lo miró por encima de la mesa. Las llamas de las antorchas hacían que se pareciera a uno de los muchos sueños que había tenido durante aquellos solitarios años, al hombre que había llegado a creer que había sido fruto de su imaginación.

Habían hablado de todo un poco durante la cena. Ella había hablado de Damian, de cómo era, de lo gracioso que podía ser, de esas cosas que resaltaban al niño tan encantador que ella creía que era, casi siempre. Dario había hablado sobre el trabajo que absorbía su vida y lo había contado de tal manera que quedaba claro que hacía exactamente lo que tenía que hacer. Le había preguntado a ella sobre su trabajo de abogada. Ella le había preguntado si le gustaba haberse hecho tan famoso por méritos propios, al margen de su familia. Hablaron con la misma naturalidad de siempre, sortearon las rocas y las corrientes subterráneas que había entre ellos, se quedaron en la superficie de las cosas en vez de tropezarse con los obstáculos. Era lo bastante real, hasta... agradable. La serenaba y le producía lo que sabía que era una sensación falsa de seguridad. Lo que no sabía era qué podía hacer para que su corazón hiciese caso de las advertencias y las alarmas cuando todo lo que veía, y quería ver, era al único

hombre que había amado y que la trataba como la trató cuando llegó a creer que él también podría amarla.

–¿Por qué haces esto? –preguntó ella con delicadeza.

–¿Cenar? Intento hacerlo todas las noches. Es una manía que tengo.

–No.

Le aterraba no querer hacer eso en ese momento. Quería, con todas sus fuerzas, dejarse llevar por ese mundo de fantasía donde solo había música hawaiana en una noche cálida y donde Dario, todavía su marido, la miraba como si no la hubiese odiado nunca ni la odiaría, como si esos seis años de separación hubiesen sido un sueño.

–Ya sabes lo que quiero decir –añadió ella.

Él no dijo nada y se levantó pasándose una mano por la camisa negra. A ella se la cayó el alma a los pies. Lo había estropeado todo. ¿Tan grave habría sido que hubiese dejado que eso durara unos minutos más... o una hora aunque hubiese sido un sueño? ¿A quién le habría hecho daño?

Sin embargo, ya sabía la respuesta. No a Damian, a quien protegería hasta el último aliento, solo a ella. Aun así, había algo en ese ambiente que le hacía creer que podría sobrellevarlo, que unos momentos con Dario merecerían esa pena y ese dolor.

Dario se quedó al lado de la silla de ella, quien se preparó para que dijera algo hiriente, para que los devolviera dolorosamente al lugar donde habían estado antes. El rostro de Dario era más implacable que antes, no quedaba ni rastro de la risa que había inundado la noche con su alegría, pero hizo un esfuerzo para aguantarle la mirada por muy difícil que fuese. Movi6 su hermosa e implacable boca como si fuese a decir algo, pero se limitó a tenderle una mano. Sin embargo, ella había escarmentado. Había sido una madre soltera mientras él había estado levantando un imperio sin mirar atrás para comprobar toda la destrucción que había dejado a su paso. Podía decir de memoria los motivos por los que pasar más tiempo con él, y sobre todo pasarlo tocándose, era un error espantoso.

Allí, en ese momento, nada de todo eso parecía importar, nada menos cómo la miraba con la mano tendida, como si le gustaría ordenarle que la tomase, pero estuviese esperando a que la tomara porque sabía que ella, en el fondo, quería tomarla. Tuvo la sensación de que él sabía la batalla que estaba librándose dentro de su cabeza y, lo que era peor, le pareció que podía ver dentro de su pecho, donde su maltrecho corazón estaba roto otra vez como si todas esas cosas que él despertaba en ella fuesen nuevas. Tomó aire entrecortadamente y tomó su mano como si no pudiese evitarlo. No se quedó boquiabierta cuando sintió la descarga eléctrica, pero le pareció que él también la había sentido. La ayudó a levantarse y ella acudió a él. Por un instante, se quedaron de pie y separados solo por un susurro de ese aire veraniego y sensual. Los tacones le permitían estar casi a la altura de sus ojos y la sangre le bulló por algo que era una especie de placer musical. Sus ojos azules estaban más oscuros, sobre todo, cuando le miraron la boca y ella también notó que le hervía la sangre.

Dario retrocedió un paso, aunque no le soltó la mano. Su boca tenía un gesto triste y su mirada tenía un brillo de avidez. Entonces, empezó a andar y la llevó con él.

Anais tardó en darse cuenta de que estaban abriéndose paso entre las mesas del restaurante, donde se había olvidado que estaba. Se sentía como si estuviese andando en un sueño, o como si lo único real fuese que sus dedos agarraban con fuerza los de ella y que sus palmas se tocaban. Era como si todo lo que había sentido hacia ese

hombre se hubiese diluido por ese contacto casi inofensivo que, sin embargo, no lo era en absoluto. El grupo musical empezó a tocar una canción de Elvis en el típico estilo hawaiano y Dario se paró al llegar a las palmeras que rodeaban el restaurante. El cantante habló de personas listas y necias y, cuando Dario la agarró para que lo mirara, supo con toda certeza que ella era de las segundas.

–Yo tampoco puedo evitarlo –comentó él en voz baja mientras la tomaba entre sus brazos, pero ella tardó un momento en darse cuenta de que estaba siguiendo la canción–. Nunca he podido contenerme cuando se trata de ti, Anais.

Habría tenido que ser mucho más fría y dura de lo que era para apartarse de él. No lo intentó siquiera. Nunca había sido lo gélida que había creído que debería ser con él, ni siquiera hacía años, cuando había sabido que debería haberse resistido a él y no lo había hecho. No sabía si podía serlo, y menos cuando Dario estaba tan cerca, cuando la rodeaba con sus poderosos brazos en una noche de finales de verano. ¿Fingía que era el tipo de mujer que había cenado con él y a quien la importaba que se hubiese casado con él en otra vida? Parecía como si esos años fugaces y dolorosos le hubiesen pasado a otra persona. Nada de lo que había pasado contaba en esa oscuridad exuberante, en esa isla perdida en mitad del Océano Pacífico a tantos kilómetros de cualquier sitio. Además, había estado sola durante mucho tiempo. Profundamente sola. Había sido fuerte y valiente, demasiado fuerte y valiente porque había tenido que serlo para sobrevivir a su infancia, a su solitaria juventud, al final de su matrimonio y a su papel como madre de Damian y única fuente de sustento. Toda su vida había sido una serie de imposiciones.

Sin embargo, no era tonta. Ese hombre la había abandonado y, probablemente, lo haría otra vez antes de que amaneciera, pero no era la criatura ingenua que había sido entonces, que se había quedado destrozada y en estado de shock cuando la abandonó, y lo único bueno de todo eso era que no la sorprendería cuando la traicionara la segunda vez. No hacía falta que confiara en él para desearlo... y siempre lo había deseado. Era el único hombre que la había tocado, él único hombre que había permitido que se acercara a ella, la única persona que había dejado que entrara en ella. Daban igual todas las citas que le habían organizado sus tíos o algunos amigos bienintencionados, daban igual todos los hombres agradables que le habían dicho cosas agradables, daban igual todas las veces que se había repetido que no estaba casada aunque no se hubiese divorciado, nunca había sido capaz de permitir que otro hombre se acercara, que la conociera y, mucho menos, que la tocara. Lo había echado de menos, le había echado de menos a él.

Una vocecilla tan peligrosa y seductora como esa noche larga y perfecta le dijo que todavía era su marido, que, independientemente de lo que hubiese pasado entre ellos, lo había amado, que era posible que eso fuese lo único que importaba. Se estrechó contra él y se dijo que le daba igual lo que pasara después, fuese al día siguiente o al cabo de dos semanas, que eso era lo único que le importaba allí y en ese momento, donde nadie podía verlos y nadie lo sabría. Estaba muy cansada de estar tan sola. Quizá eso la debilitara, pero decidió que también le daba igual cuando él podía conseguir que todo se esfumara. Él podía conseguirlo. Había conseguido que ciudades enteras se esfumaran con una risa y el mundo entero con un beso. Él era mucho más mágico de lo que se merecía ser. Ella solo quería saborear otra vez un poco de ese olvido. ¿Acaso no se lo había ganado?

Rodeó el cuello de Dario con los brazos y él le acarició la espalda con un ritmo indolente. Una oleada abrasadora se adueñó de ella hasta que se derritió entre las piernas. Fue ella quien se incorporó y lo besó. Lo besó en los labios con todos esos sueños que había acumulado a lo largo de esos años interminables. Vertió todas las peroratas que había dirigido contra su propio reflejo, no contra él, todas las lágrimas, el miedo y la pérdida. Lo besó con su corazón roto y el terror de ser madre. Lo besó una y otra vez con tanta fuerza como miedo, las dos caras de la misma moneda. Por fin, después de tantos años, besó a Dario para despedirse de él, y él la dejó. Dario le tomó la nuca con una mano y correspondió al beso como si supiese lo que estaba haciendo ella. Ella estaba temblando y notó una lágrima en la mejilla, pero también le dio igual. Eso era una catarsis, un ritual de pérdida y abandono con seis años de retraso.

Entonces, se apartó. No había querido apoyar la frente en la de él mientras tomaba aliento, pero tampoco se apartó cuando se dio cuenta de que era lo que había hecho.

–¿Mejor? –le preguntó él con una voz ronca que no parecía la suya.

A ella solo se le ocurrió decir la verdad, como si esa brisa hawaiana que le acariciaba la piel la obligara a confesarse.

–No, la verdad es que no.

–Perfecto –una risa viril le recorrió la espalda e hizo que se estremeciera–. Me toca a mí.

Entonces, su boca se apoderó de la de ella y se hizo con el dominio.

Dario debería haber sentido que la victoria lo dominaba por dentro, debería haberse sentido desenfrenado por el triunfo y por la sensación de haberlo logrado. Se había propuesto seducir a su esposa descarriada y lo había conseguido. Sin embargo, solo podía concentrarse en el sabor de su boca y, lo que era mejor, en cómo se amoldaba su cuerpo contra el de él. Sus pechos, bajo la delicada seda color crema, eran una tortura para él. Tenía los brazos alrededor de su cuello y se arqueaba contra él, pero no era suficiente ni mucho menos. No podía tenerla lo bastante cerca por mucho que la besara y tampoco podía fingir que lo que estaba sintiendo se pareciera lo más mínimo a la venganza. Dejó a un lado esa verdad desesperante y se dejó arrastrar por la tormenta. Tomó su boca con una voracidad que podría haberlo preocupado si se hubiese parado a pensarlo, pero la tormenta, la descarga eléctrica que saltaba entre ellos, lo arrastraba. Solo existía esa perfección deslumbrante, el roce de su lengua, le sensación de tener a Anais entre los brazos otra vez, por fin. Le daba igual qué tenía que pasar después y por qué. Solo le importaba que la poseía completamente en ese momento. Para siempre, le susurró una parte traicionera de sí mismo; antes de que volviera a perderla.

No supo cómo pudo separar su boca de la de ella cuando era lo que menos quería hacer. No sabía casi dónde estaba y también le daba igual. Solo sabía que la necesitaba desnuda y, aunque hasta ese momento habían sido muy complacientes en el hotel, no verían con buenos ojos que la desvistiera allí mismo y la tomara contra la palmera más cercana. Eso quería decir que tenían que irse a otro sitio... inmediatamente. La tomó en brazos sin pensárselo dos veces y empezó a recorrer el sendero que llevaba a su villa. Cada segundo que pasaba sin tenerla entre los brazos como tenía que tenerla era una tortura. El peso de ella estrechada contra él no era suficiente. Sus brazos alrededor del

cuello solo eran una provocación. Su forma de inclinar la cabeza para mirarlo con esa expresión seria que no disimulaba el deseo que se reflejaba en sus ojos hacía que la voracidad que lo devoraba por dentro amenazara con ponerlo de rodillas.

Entonces, cuando entró en su villa, cuando cruzó la sala y entró en el enorme dormitorio principal, se dio cuenta de que lo que estaba haciendo no se correspondía con el plan que había ideado precipitadamente. Eso no era una seducción deliberada y pensada para dejarla destrozada y que no pudiera levantar ni un dedo para impedir lo que pasaría después. Eso era una destrucción mutua y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Sabía que debería recular, parar eso en ese instante. La dejó sobre sus estilizados zapatos rojos a los pies de la cama e hizo un esfuerzo para soltarla. Era el momento perfecto para rehacerse y pensar despacio. No tenía las riendas y eso era inaceptable, pero tampoco conseguía que le importara porque Anais estaba delante de él después de que, al cabo de todos esos años, hubiese renunciado a imaginarse que podría volver a pasar. Su perfección natural volvía a estar mancillada por las manos de él. Introdujo los dedos entre su pelo negro y tupido y le deshizo el moño hasta que las horquillas cayeron por todos lados. Sus labios eran carnosos y estaban un poco inflamados por los besos. La delicada blusa parecía arrugada sobre sus pechos. Seguía gustándole tanto como siempre. Él era el único que la había visto así...

Una voz gélida paró en seco sus pensamientos. No era el único. La furia se adueñó de él y no era nueva, aunque la mezcla con el deseo y la voracidad sí lo era. Era algo más sombrío y desenfrenado. No quería pensarlo, no quería razonarlo, solo la deseaba. Que Dios se apiadara de él, pero nunca había dejado de desearla.

Una leve sombra cruzó el precioso rostro de ella y frunció el ceño como si pudiera ver la confusión que lo atosigaba por dentro.

-Dario...

Él no quería hablar. Ya no veía la diferencia entre su furia y su voracidad, entre su sensación de traición y su deseo creciente, solo sabía que solo había una curación posible, y no quería pensar en las consecuencias. Se dijo que daba igual lo que sintiera mientras estaba sucediendo, siempre que acabara consiguiendo el resultado deseado. Nunca había creído que el fin justificaba los medios, ¿acaso no lo había aprendido cuando había desenmascarado las maniobras turbias que su ex socio en ICE había practicado antes de que entrara él?, pero, en ese momento, no había otra solución. Se negaba a lamentarlo ni por un segundo siquiera.

Se dio cuenta de que estaba taladrándola con la mirada cuando Anais tuvo un leve escalofrío, pero la verdad era que sus pezones estaban duros debajo de la delicada seda y le indicaban todo lo que tenía que saber sobre el deseo de ella, sobre su voracidad, que siempre había ido a la par que la de él. Se concentró en eso y se acercó a ella. Le pasó la punta de un dedo por encima de los pezones y sonrió ligeramente cuando ella dejó escapar un gemido. Anais inclinó la cabeza hacia atrás y otra bestia rugió dentro de él. Era el anhelo en estado puro. Dejó de intentar fingir que había algo más dentro de él, algo que pudiera importar. Introdujo una mano entre su pelo y bajó los labios a su cuello para deleitarse con la firmeza de su piel y su olor, tan exclusivo de ella como recordaba. Le levantó la camisa con la mano que le quedaba libre, hasta que tuvo que soltarle el pelo para terminar de quitársela por encima de la cabeza. Seguía teniendo los brazos levantados cuando volvió a pasarle los labios por el cuerpo y notó

que se estremecía. Sus pechos, pequeños y perfectos, eran tan exquisitos como los recordaba y le encantó comprobar que seguía sin llevar sujetador. Eso significaba que podía abrazarla con las manos en la espalda y tomarle uno de los oscuros pezones con la boca, y succionarlo.

Anais hizo un ruidito que Dario no se había dado cuenta de que lo había obsesionado durante años, el ruidito de avidez y anhelo. Además, el sabor de ella era adictivo, era un sabor a almizcle dulce con un toque salado. Pasó la boca al otro pecho para cerciorarse y le mordió ligeramente el pezón hasta que ella gimió con la cabeza echada hacia atrás y agarrándole los bíceps como si quisiera dejar grabadas las huellas dactilares.

Dario se apartó y le dio la vuelta hasta la tuvo contra los pies de la cama con el trasero en alto. Seguía siendo tan hermosa como recordaba y se dijo que lo que sentía no era una punzada de dolor o pérdida. Se concentró en su sedosa espalda y en la redondez de sus caderas. No podía soportar el obstáculo de su falda y le bajó la cremallera hasta que le cayó a los pies y se quedó solo con esos zapatos rojos y el tanga del mismo color. Creyó que iba a explotar en ese preciso instante. Sin embargo, se quitó la camisa y el pantalón, se puso detrás de ella y se deleitó con el sonido de su respiración entrecortada en la habitación silenciosa.

–¿Y los zapatos? –susurró ella cuando le acarició las caderas como si quisiera memorizarlas otra vez.

–Déjatelos puestos –murmuró él.

Se dejó arrastrar por ella. Expulsó el pasado de su cabeza y se sumergió en ella como quería hacer, en la calidez de su piel en las manos, en los delicados gemidos que iban convirtiéndose en jadeos... Volvió a darle la vuelta, la tumbó en la cama y fue detrás. La besó con más avidez y esa vez le dio igual donde estuvieran, esa vez no tenía que parar. No podía imaginarse que volvería a pasar otra noche con ella después de lo que tenía pensado hacer al día siguiente, y esa vez no era como la última noche que habían pasado juntos hacía seis años, cuando no sabía que estaba traicionándolo y que sería la última vez que la vería. No, esa vez estaba preparado. Esa vez sabía perfectamente lo que echaría de menos y lo que le dolería, por mucho que le fastidiara reconocérselo a sí mismo.

Por eso, la besó como si estuviese ahogándose y, cuando no pudo más, volvió a dedicar toda la atención a sus pechos. Ella se arqueó con los brazos por encima de la cabeza, completamente entregada, y él empezó a bajar. Le dejó un rastro ardiente en el abdomen y llegó hasta el tanga rojo. Se pasó sus largas piernas por encima de los hombros y le mantuvo los muslos separados. Le gustaba cómo temblaba, cómo se le entrecortaba la respiración y cómo se apoyaba en los codos para mirarlo. La miró un momento a los ojos. Si no estuviese escarmentado, se habría creído ese brillo de vulnerabilidad de sus ojos oscuros, ese leve temblor de emoción de su carnoso labio inferior. Si todavía fuese el necio que había sido, eso lo habría desgarrado por dentro, y sintió un vacío por dentro, como si lo hubiese desgarrado. Sin embargo, eso solo era otro espectro y no había cabida para eso. Solo era sexo, nada más.

Posó la boca en el encaje rojo que tenía entre las piernas y consiguió que ella dijera su nombre mientras se estremecía con los tacones clavados en su espalda. Cuando por fin dejó escapar ese sonido agudo que tanto le gustaba a él, apartó el tanga rojo brillante y lamió su calidez.

Dario era como una tormenta y ella no podía recuperar el aliento, no podía recomponerse, solo podía dejarse llevar por el torbellino abrasador de su diestra boca en esa parte de sí misma que lo anhelaba tanto y tan ardientemente que temía que pudiera matarla. Avivaba esa llamarada con sus labios y su lengua, y con el roce de su barbilla, que no se había afeitado todavía. Era como si él la hubiese enchufado a la corriente eléctrica. Vibraba, ardía en llamas una y otra vez. Introdujo las manos entre su pelo como si tuviera que aferrarse a algo mientras la lamía y la arrastraba al olvido. Casi se había olvidado de que la había hecho añicos, de ese dolor monstruoso que solo él podía aliviar, y del espantoso anhelo que solo él despertaba en ella y solo él podía sofocar.

Cuando volvió un poco en sí, él ya estaba moviéndose, estaba bajándole el tanga por las piernas y quitándole los zapatos. Los tiró uno por cada lado y a ella le pareció oír el golpe en el suelo, aunque quizá fuesen los latidos de su pobre corazón que le dejaban una deliciosa sensación de algo parecido a la impotencia mientras intentaba apaciguar la respiración. No podía ni moverse ni pensar ni preocuparse por no poder hacer ninguna de las dos cosas. Un estremecimiento seguía al anterior y la dejaban inerte en medio de su cama. Oyó que rasgaba un envoltorio, lo que significaba que estaba poniéndose un preservativo, y Dario se puso encima de ella apoyado en los codos. Por un momento abrasador, lo único que hizo fue mirarla fijamente. Sus ojos azules brillaban con la misma pasión que se había adueñado de ella, resplandecían como si ella no se hubiese hecho pedazos bajo su diestra boca, como si nunca la hubiese arrojado por ese precipicio antes.

Entonces, ella levantó la mano que había llevado con orgullo su anillo y la puso en su hermoso rostro. No dijo nada, no estaba segura de que pudiese hablar, no sabía qué podía decir aunque pudiera encontrar las palabras. Dario bajó una mano entre los dos, se colocó en su abertura sin apartar la intensa mirada azul de ella y entró muy lentamente, centímetro a centímetro. Por fin, pensó ella, por fin. Él siguió entrando como si tuviera todo el tiempo del mundo para que su cuerpo se adaptara al de él. Ella no pudo evitar acordarse de la primera vez, cuando había estado tan asustada, abrumada y enamorada. Él también se había tomado su tiempo, había ido avivando esa llamarada y la había arrastrado hasta la felicidad dos veces antes de que la reclamara completamente. Había ido muy despacio, como esa vez, para que su posesión hubiese resultado inevitable, para que se estremeciera debajo de él, para que anhelara sentirlo todo lo dentro de ella que pudiera.

Suponía que no era la única que recordaba aquella lejana noche, cuando los dos estaban entrelazados en su piso de Manhattan con el resplandor de toda la ciudad al otro lado del ventanal. Se había aferrado a él, lo había recibido y se había encontrado a sí misma en él, y nada había vuelto a ser igual después, como nada volvería a ser igual esa vez. Sin embargo, esa vez ya lo sabía. Ya no era aquella virgen deslumbrada, sabía muy bien lo que estaba haciendo. Si seguía repitiéndoselo, era posible que acabara siendo verdad.

Podía ver la tensión en su cuello y en sus brazos graníticos, podía ver el brillo desaforado en sus ojos, que le recordó a Manhattan al otro lado del ventanal de su antiguo piso, y podía sentirlo tan dentro que era casi imposible decir quién era cada

uno. Notó que se le humedecían los ojos como si volviera a ser la primera vez y, como entonces, contoneó las caderas para comprobar si resoplaba como entonces. Cuando lo hizo, esbozó media sonrisa.

–No es el momento para jugar, Anais –comentó él con esa voz grave que era como una caricia.

Entonces, empezó a moverse con un ritmo implacable que ella siguió. Se dejó caer para tomarle la boca otra vez y puso las manos debajo de su trasero para levantarla mientras acometía dentro de ella. Ella se aferró a sus hombros y le rodeó la cintura con las piernas porque ya conocía ese baile. Sabía perfectamente cómo se ensamblaban, cómo se movían, como si estuviesen hechos para eso y el tiempo no hubiese pasado. No pasó ni un segundo, o pasó toda una vida, antes de que volviera a caer por el mismo precipicio. Se oyó a sí misma, que elevaba plegarias sin palabras, y oyó que él se reía en voz baja, hasta que, una vez más, se hizo añicos alrededor de él. Esa vez, él también cayó por el precipicio y estuvo segura de que le había oído gritar su nombre.

Capítulo 6

Anais se despertó con la luz de sol en la cara y el sonido del mar en los oídos. Parpadeó y se sentó demasiado deprisa mientras intentaba asimilar esa habitación enorme, los estilizados muebles y la asombrosa suavidad de las sábanas en la piel. No le sorprendió encontrarse sola. Naturalmente, no le gustó especialmente, pero tampoco podía decir que le sorprendiera. Independientemente de dónde se acostaran, una vez fuera de la cama, Dario y ella parecían destinados a hacerse daño una y otra vez.

Se acercó despacio, con mucho cuidado, hasta el borde de la cama y le decepcionó ligeramente que nada clamara de dolor como hacía ella. No había nada que le recordara físicamente cómo había pasado casi toda la noche y con quién. Mejor. Los recuerdos ya eran bastante malos, podían durar años, como sabía muy bien. Podían destrozar a una mujer sin que ella se diese cuenta siquiera, se presentaban en sueños en cuanto cerraba los ojos y hacían que ni siquiera quisiera pasar página, como debería, como había hecho él hacía años.

Sin embargo, no era ni el momento ni el lugar para preocuparse por cómo la obsesionaría Dario. Además, ya había tenido seis años para encontrar la manera de sobrellevarlo y lo había conseguido. Esa vez no sería distinta y no le pasaría nada. Al final, no le pasaría nada.

Su ropa estaba en una butaca que había en el rincón más cercano a las puertas de cristal abiertas. Entraba el sonido del mar y la luz del sol de verano, pero no se veía ninguna de las realidades hawaianas menos agradables. La realidad era preferible por muy desagradable que fuese, se recordó con firmeza mientras se vestía. Ese lugar y Dario solo eran una fantasía que no tenían nada que ver con su vida real. Nunca habían tenido nada que ver, podrían ser otro sueño.

Eso hizo que se sintiera mejor, o, al menos, dispuesta a verse con él. Se pasó los dedos por el pelo y se alegró de que cayera tan deprimentemente liso como siempre sin tener que hacer nada más. Nunca se había dado cuenta de lo afortunada que era por tener ese pelo que le permitía parecer mucho más recompuesta de lo que parecería cualquier mujer con la misma ropa que el día anterior. Volvió a ponerse los zapatos, como si fuesen una coraza, se puso muy recta y salió a la sala dispuesta a presentar batalla, pero estaba vacía. Eso la desconcertó, le pareció impropio de él. Se quedó intentando oír los sonidos que indicarían que estaba cerca, su enérgica forma de teclear en el ordenador portátil o su voz dando órdenes por el teléfono, pero no oyó nada. La villa estaba en silencio. Pensó que estaba vacía, pero no podía acabar de creérselo. En la encimera de la cocina había lo que parecía un montón de documentos, pero no les hizo caso y fue a mirar dentro de todos los dormitorios. Todos estaban primorosamente decorados y vacíos. Tampoco estaba en el pequeño cuarto de estar con una televisión de pantalla plana inmensa ni en el despacho con una mesa de acero enorme. No estaba en la terraza ni en su retirada playa. Tampoco estaba en la piscina privada que había en el rincón más alejado de la villa.

Había desaparecido, casi, como si nunca hubiese estado en Maui. Tuvo que reconocerse que eso sí le sorprendía. Más aún, le parecía como una bofetada.

Efectivamente, era una bobada que le hiriera los sentimientos, pero el sentimiento que le bullía por dentro era más complicado, era una especie de decepción, como si hubiese buscado la que sería otra escena tensa y desagradable con Dario.

–No puede ser –murmuró para sí misma, y fue lo único que se oyó en la villa.

Sacudió la cabeza mientras volvía a cruzar la sala. Estaba asombrada consigo misma, con su capacidad para engañarse hasta el punto de hacerse daño a sí misma. Además, sabía que había una tormenta que la esperaba agazapada en el horizonte, una tormenta muy oscura y amenazante. Un trueno retumbó dentro de ella y el cielo era sombrío, pero ella no le hacía caso. Se negaba a recrearse con las imágenes de la noche anterior, con las caricias de él, con cómo lo había paladeado ella... ¡No! Fingía que no pasaba nada, que estaba bien. Fingía que podía sobrellevar lo que había hecho la noche anterior y que él hubiese desaparecido esa mañana, aunque se lo había esperado en parte. Estaba fingiendo por todos los medios que no podía sentir ese viento frío, ese presagio que le ponía los pelos de punta, que le indicaba con toda certeza que no podía sortear la tormenta que se dirigía hacia ella, la espantosa petición de cuentas por su temeridad. Sin embargo, era posible que pudiera demorarlo un poco, solo un poco.

Fue a la encimera de la cocina y recogió el bolso que se había olvidado de que había llevado la noche anterior y sacó las llaves del coche. No pudo evitar mirar el montón de documentos y tardó un par de segundos más de los que debería haber tardado en darse cuenta de que eran documentos legales... con su nombre. Algo le atenazó las entrañas. Se acercó los documentos y se quedó de piedra mientras ojeaba la primera página. La leyó dos veces, pero tuvo que leerla una tercera vez para entender que estaba mirando unos documentos de divorcio, los documentos del divorcio entre Dario y ella, para ser exactos.

Todo estaba redactado y preparado para que lo firmara. Exigía el divorcio por la infidelidad de ella y decía que su hermano Dante fue su amante. Justo como había dicho que haría aunque a ella solo le había parecido un comentario repulsivo al que no tenía que hacer caso.

Tardó otro buen rato en darse cuenta de que estaba temblando y de que estaba empezando a ver borrosas las palabras. Solo había una nota pegada en la última página, donde estaba la línea de puntos para que firmara junto la enérgica rúbrica de Dario. La pequeña nota amarilla solo tenía un número de teléfono con el prefijo de Nueva York. Estaba segura de que era el de Dario, pero no podía entender por qué le había dejado los documentos del divorcio y su número de teléfono, no tenía sentido.

Esa tormenta atroz fue acercándose y el trueno retumbó con más fuerza todavía. Podía notar la lluvia que la precedía... Sonó su teléfono dentro del bolso y la obligó a respirar. Apartó la mirada de los documentos y de ese maldito número de teléfono para repeler la tormenta lo mejor que podía. Intentó serenarse mientras rebuscaba en el bolso, y había conseguido tomar aire diez veces cuando sacó el teléfono y vio el número de su tía en la pantalla.

–Bonjour, *tante* –murmuró cuando contestó intentando parecer tranquila, como si no hubiese pasado nada.

–¿Estás con Damian? –le preguntó su tía en francés y sin saludar a Anais, algo que no podía ser más impropio de ella.

Anais se olvidó de las tormentas, de los documentos y de todo lo demás.

–¿Damian...? No.

–Acaban de llamarme del colegio –siguió su tía en un tono tan agudo que era casi ininteligible–. No sé cómo decírtelo, pero... ha desaparecido. Salió con los otros niños al recreo de media mañana y no volvió. Iban a llamar a la policía, pero les dije que te llamaría para comprobarlo...

Entonces lo entendió. La cruda realidad le cayó como una guillotina afilada, resplandeciente y letal. El cambio de Dario de la noche anterior, la transformación de adversario en amante; su desaparición de esa mañana, los documentos de divorcio, el maldito número de teléfono. Lo había planeado todo. Sobre todo, que ella se entregara sensualmente en la cama, no una vez ni dos, sino tres veces antes de que cayera dormida y agotada entre la luz azulada del amanecer.

–No, *tante* –consiguió decir ella aunque no entendió cómo consiguió no desmoronarse–. Diles que no llamen a la policía, que no pasa nada. Sé dónde está.

–Pero Anais...

–Lo explicaré todo cuando llegue a casa.

No era mentira del todo, aunque tampoco sabía por dónde empezaría. Cortó la llamada de su tía y volvió a pasar las páginas de los documentos hasta que llegó a las firmas y ese número de teléfono provocador. Tuvo que intentarlo dos veces para entenderlo bien porque las manos le temblaban y le parecía que los pulgares eran del doble del tamaño que antes.

Sonó una y otra vez. Anais creyó que había envejecido mil años antes de que oyerá que el teléfono volvía a sonar y la voz serena de Dario, tan efectiva como un puñetazo en la boca del estómago. Se dobló por la mitad encima de la encimera.

–Anais.

–¿Dónde está? –preguntó ella en un tono áspero y atroz–. ¿Qué has hecho?

–Está perfectamente –contestó Dario sin inmutarse–. Está viendo una película en su tableta.

–Eres un malnacido. Te dije que te dejaría verlo, ¡no hacía falta que te lo llevaras durante el recreo! ¡La directora del colegio iba a llamar a la policía hasta que se dio cuenta de que eras su padre!

–Sigue –Dario ya no parecía especialmente frío–. Mi hijo y yo llegaremos a Nueva York dentro de unas diez horas. Mi equipo de abogados está deseando ocuparse del asunto, como tú quieras plantearlo.

Ella no conseguía que su cerebro de abogada funcionara como debería. No podía pensar.

–Dario, no puedes...

–Puedo y lo he hecho –replicó él en un tono despiadado–. No deberías haberme ocultado a mi hijo, Anais. Quien siembra vientos recoge tempestades.

Entonces, él, sin más, cortó la llamada. Se le cayó el teléfono de la mano y se golpeó contra el mármol de la encimera, pero ella ya estaba rodeándola para llegar al fregadero y vaciar al contenido del estómago. Sin embargo, milagrosamente, las rodillas no cedieron y se incorporó lentamente. Se agarró al fregadero y abrió el grifo de agua fría. Se mojó la cara, se enjuagó la boca y, muy despacio, contuvo el pánico para que pudiera pensar.

Dario no le haría nada a Damian. Eso era lo más importante. Podía ser un malnacido espantoso para ella, pero no era un monstruo. La peor de las posibilidades era que su hijo estuviera asustado, que la buscara y no la encontrara, dejó escapar un

sollozo al pensarlo, pero Dario tenía montones de dinero. Las necesidades físicas y materiales de Damian no corrían peligro. Intentó tomarse un momento para alegrarse por eso, para recordarse que muchas mujeres, muchas de las de la isla que tenía como clientas por sus servicios legales, voluntarios y gratuitos, no podían confiar en lo mismo de sus exmaridos.

Sin embargo, la idea de que su pequeño tuviese miedo, por muy bien que lo tratara Dario, hizo que empezara a temblar otra vez. Dominó esa sensación vertiginosa que tenía en la cabeza y que era mucho peor que un sollozo... que podía acabar derrumbándola. Sin embargo, no lo permitió.

Se había preparado para que Dario viera a su hijo. Había querido que su hijo tuviese a su padre en su vida, por muy complicados que fuesen los sentimientos de ella hacia ese padre. Creyera él lo que creyese, no había querido ocultarle a Damian en un principio. Desde luego, no debería haberse acostado con él, pero eso era un fallo casi sin importancia si se tenía todo en cuenta. No sabía si se había perdonado por haber sucumbido tan fácilmente a esa adición, pero había conseguido sobrellevarlo. Aun así, habría hecho todo lo que hubiese podido para que las cosas salieran bien y Dario y Damian pudieran tener alguna relación. Él, en cambio, la había engañado deliberadamente y luego había secuestrado a su hijo. Lo cual, hacía que lo que tenía que hacer fuese más fácil, decidió agarrada al fregadero de una villa en un complejo turístico desmesuradamente lujoso a la orilla del Océano Pacífico. Se parecía un poco a una muerte, pero no lo era. Era una declaración. Él la había hecho, pero ella podía contestar y mucho más alto. Al parecer, Dario quería guerra y, esa vez, ella iba a dársela.

No debería haberle sorprendido que su hijo, si podía creerse todo lo que Anais le había contado en Hawái, fuese un auténtico espanto.

Al cuarto día de su sorprendente paternidad, estaba en el vestíbulo de su enorme ático en el Upper West Side con vistas a Central Park y miraba a ese demonio, que en teoría tenía su mismo ADN, dar vueltas en círculo mientras gritaba sin motivo aparente y ponía en peligro objetos de valor incalculable.

–No entiendo que no haya resuelto esto.

Dario se dirigió con frialdad a la niñera, con referencias impecables, que le había mandado la agencia más prestigiosa de Manhattan, la que presumía de tener una lista de espera de años.

–¿Por qué no ha hecho lo que tenga que hacer? Además, por lo que le pago, podría haber evitado esta locura a las seis y media de la mañana.

–Soy una niñera, señor Di Sione –replicó la mujer con un ligero acento inglés, que Dario estaba seguro de que fingía, y los brazos cruzados por encima de los amplios pechos–. No soy un mago como Albus Dumbledore.

La diminuta criatura, que para Dario solo estaba hecha de aullidos, rabieta y una energía inagotable y aterradora, se paró por iniciativa propia y gritó algo que su padre no entendió.

–¿Puede traducírmelo? –le preguntó Dario a la niñera en el mismo tono frío–. Si no, podría despedirla y buscar un zoólogo.

–Yo me ocuparé –contestó la mujer resoplando.

–Hágalo –replicó Dario entre dientes mientras se dirigía hacia la puerta.

Nada estaba saliendo según lo previsto.

Anais le había preguntado en Hawái si entendía que era un niño pequeño, que si se imaginaba que era una criatura angelical que lo miraría y le llamaría «papá» y sería una especie de extensión de sus caprichos, se temía que ese no era Damian. Desde luego, ese no era Damian.

–¡Vete al infierno! –gritó él mientras pulsaba el botón de su ascensor privado con la esperanza de que ella lo oyera estuviera donde estuviese.

Intentó convencerse de que la punzada que había sentido había sido por la emoción de haber derrotado a la mujer que lo había engañado, no por algo mucho más parecido a la vergüenza.

Se sentía algo más sereno cuando llegó al vestíbulo del edificio y salió al calor de otra mañana de finales de verano en Manhattan. Despidió con la mano a su conductor y se fue dando un paseo porque pensó que el ejercicio le aclararía la cabeza, algo que tenía que hacer si no quería explotar. El niño, su hijo, solo era una parte. La verdad era que había esperado que Anais hubiese aparecido en la puerta de su casa a las doce horas, como mucho, de que la hubiese llamado por teléfono, pero no lo había hecho y no sabía qué hacer, o, mejor dicho, una parte incorregible de sí mismo sabía muy bien qué quería hacer después de haberla probado otra vez, mientras que el resto de sí mismo estaba tan desorientado como lo había estado durante años. No estaba desorientado exactamente, se corrigió a sí mismo mientras cruzaba Central Park camino de la sede central de ICE. Comprobó vagamente que los demás paseantes se apartaban a su paso, lo que seguramente indicaba que tenía un gesto de furia. Sin embargo, se negaba a llamar desorientación a lo que lo atenazaba por dentro. Era rabia, una indignación más que justificada. No tenía nada que ver con las imágenes de la noche que habían pasado juntos que le pasaban por la cabeza y que temía que pudieran abochornarlo en las reuniones de trabajo. No tenía nada que ver con eso en absoluto. Se reducía a algo muy sencillo. Si estaba bien que ella criase a su hijo sin él, eso tenía que querer decir que también estaba bien que él hiciese lo mismo. Aunque el hijo en cuestión fuese de la piel del diablo y lo sacara de sus casillas.

El teléfono no dejaba de zumbear en el bolsillo, pero no le hizo caso. Tenía que ser alguien de su familia o de su empresa. Los pendientes que su abuelo le había pedido que encontrara eran lo menospreciado que se había llevado de Hawái y se olvidaba una y otra vez de que tenía que ir a su casa para entregárselos. Tenía que acordarse porque, si se los entregaba, las llamadas acabarían, por lo menos.

La empresa, en cambio, podía esperar hasta que llegara. Con ese humor, despediría a cualquiera que se cruzase en su camino y, además, disfrutaría mucho más de lo que era conveniente para todos los implicados. Siguió paseando despacio, cuantas más manzanas recorriera, más notaría la magia de Nueva York, el ritmo de la ciudad se le metería en la sangre como hacía siempre. Ya se sentía casi normal cuando se paró en el quiosco que había delante del edificio de sus oficinas para comprar el periódico. Se sintió bien por primera vez desde que dio la espalda a una impresionante vista tropical para encontrarse con su pasado vestido con un traje largo y negro. Hasta que vio su nombre, con todas las letras, en las portadas de la prensa sensacionalista. Se quedó inmóvil por un momento. No pudo moverse aunque el quiosquero lo mirara con el ceño fruncido y la gente que tenía detrás farfullara. Miró los titulares insultantes con una

incredulidad absoluta, como si así pudiera entenderlos, pero no pudo.

Di Sione enzarzado en una agria batalla por la custodia de su hijo con una esposa secreta.

«No quiso saber nada de mí ni de mi hijo, ¡hasta ahora!».

«Me dejó hace años para hacer fortuna, pero ahora me ha robado a mi hijo», se queja la abandonada Anais.

¿El presidente de ICE es tan frío como para secuestrar a su propio hijo?

Además, allí estaba el rostro de Anais, traicionero y lloroso, como si hubiese acampado delante de los periodistas para dar entrevistas, y, seguramente, era lo que había hecho. Eran las portadas de los tres periódicos sensacionalistas con más tirada y sus fotos, con el corazón destrozado en apariencia, salían al lado de las fotos más desagradables que había visto de sí mismo. Ni siquiera podía imaginarse de dónde habían sacado esas fotos, parecía un asesino en serie. A sus accionistas no iban a hacerle mucha gracia.

Apretó los dientes y sacó el teléfono, que seguía zumbando. Marnie, repetidamente, con una serie de mensajes pidiendo socorro. Sus abogados, cada quince minutos hasta ese instante. Números que se imaginaba que eran de los carroñeros que se llamaban periodistas para pedirle una respuesta o una reacción, como siempre. Algunos de sus hermanos, normalmente en paradero desconocido, que estarían tan asombrados de saber que tenían un sobrino desconocido como lo había estado él de enterarse que tenía un hijo. Y su abuelo, quien, a su edad, se merecía algo mejor que ver a otro de sus descendientes en todos los periódicos por otro escándalo.

No contestó ninguna de las llamadas.

Entró en el vestíbulo de su edificio y se quedó imperturbable en el ascensor mientras los demás fingían que no lo miraban, y no le sorprendió lo más mínimo que Marnie estuviese esperándolo cuando llegó a su piso.

—Lo siento —empezó a decir ella en cuanto salió del ascensor, lo cual, nunca era algo bueno—. Supongo que sabe lo que dice... la prensa —él se limitó a mirarla con el ceño fruncido—. Claro que lo sabe.

—Quiero un ejemplar de cada periódico que publica esa historia y el número directo de sus redactores jefes, antes de una hora.

—Naturalmente, pero...

Dario no esperó a oír los peros y se dirigió, con Marnie a su lado, hacia su despacho, que estaba en el rincón más alejado del espacio diáfano de madera y acero.

—Que el departamento legal se ocupe de eso. No me da miedo denunciarlos a todos por publicar esa inmundicia.

—Sí, lo haré, pero...

Él se pasó los dedos por el pelo y dejó de apretar los dientes, o lo intentó.

—¿Sabemos si las acciones se han resentido? ¿Ha llegado tan lejos?

—Señor Di Sione, lo siento, pero ella está aquí —Marnie tomó una bocanada de aire cuando él la miró con el ceño fruncido—. Su... La señora... Anais está aquí, en la sala de reuniones, esperándolo.

Capítulo 7

Dario se paró en seco. Sabía que muchos ojos estaban clavados en él y que eran de personas que deberían estar concentradas en su trabajo y no en la difusión pública de su vida personal. No lo soportaba. No lo había soportado cuando era un niño y la tempestuosa vida y trágica muerte de sus padres había llevado a la familia Di Sione a ser el centro de una atención que no deseaba nadie. Era peor todavía en ese momento.

Aun así, también sabía que lo que se había despertado dentro de él al oír su nombre no era ni rabia ni furia ni nada de lo que debería haber sido. Era su interior traicionero, esa voracidad que se había atrevido a creer que había sofocado aquella noche. Qué divertido. No se podía sofocar el deseo que sentía por Anais. Solo podía entregarse a él o recuperarse de esa entrega, pero no había nada en medio.

Intentó concentrarse en su secretaria.

–No sabía que hubiese levantado la alerta de seguridad contra ella. Debería estar en una celda, no contaminando mi sala de reuniones.

–Sí, bueno... –Marnie se apoyó en un pie y luego en el otro, pero aguantó su mirada con firmeza–. Dijo al servicio de seguridad de la puerta que, si no la dejaban subir, daría una rueda de prensa en los escalones de la entrada. Me pareció que esto era mejor.

Dario dejó escapar un sonido muy parecido a un gruñido, pero sabía que Marnie no tenía la culpa. Además, podría haber hecho mil cosas. Podría haberse dado media vuelta y marcharse del edificio. Podría haber hecho que Anais lo esperara todo el día mientras él se ocupaba del montón de trabajo que tenía pendiente. Podría haber hecho que la expulsaran a pesar de sus amenazas. No hizo ninguna de todas esas cosas y, sin saber muy bien cómo, llegó hasta la puerta de cristal de la sala de reuniones, la abrió y cada célula de su cuerpo se concentró en la esbelta mujer que estaba junto al ventanal con una despreocupación premeditada que hizo que le bullera la sangre... otras partes de su cuerpo se enderezaron y prestaron demasiada atención.

–¿La prensa sensacionalista? –preguntó él mientras entraba sin disimular la furia–. ¿No hay nada que no vayas a hacer? ¿No te importa caer tan bajo?

Anais se encogió de hombros, pero no se separó del ventanal con los rascacielos de Manhattan al fondo, como si la gran ciudad resplandeciera a sus pies por un sol casi demasiado brillante como para poder soportarlo.

–Al parecer, la prensa sensacionalista es lo único que capta tu atención. Además, hay que tener valor para hablar de caer tan bajo cuando hace poco pasaste de ser un hombre de negocios a convertirte en un secuestrador.

Él lo pasó por alto, pero sintió una punzada incómoda que le dio a entender que unos titulares no eran lo mismo que llevarse en avión a un niño, aunque, en teoría, él era el padre de ese niño.

–No te bastó mentirme en privado, tuviste que airear tus escabrosas fantasías en la prensa basura. Casi lo admiraría si no fuese tan calculado.

–Lo dice el hombre que me sedujo con el único propósito de llevarse a mi hijo –replicó ella en un tono irritantemente frío y sereno y sin dejar de mirar por el

ventanal—. Podrías enseñar el arte de calcular a uno de tus ordenadores, ¿verdad?

—¿Se trata de una competición?

Dario lo preguntó en un tono mucho menos sereno de lo que había querido y le pareció algo muy irritante.

—Me has llamado mentirosa durante años cuando te he dicho la verdad. Creí que era hora de estar a la altura de tus expectativas.

Anais se dio la vuelta y a él le pareció más perfecta e intocable que de costumbre. Que Dios se apiadara de él, pero solo podía pensar en la amplia cama de Hawái y en cómo había gemido de placer entre sus brazos una y otra vez.

—¿Dónde está mi hijo? —añadió ella.

—Mi hijo. A no ser que, por fin, estés dispuesta a confesar que te acostaste con mi hermano. Todo ese mundo al que has invitado a entrar en nuestros asuntos personales espera la verdad.

La mirada de ella se enfrió mucho más, pero, aparte de eso, no reaccionó. Al menos, de una manera que él pudiera interpretar, y no lo soportaba. No podía soportar que ella pudiera seguir siendo un misterio para él y, lo que era peor, que, después de tanto tiempo y de todo lo que le había hecho, todavía quisiera resolverlo. ¿Qué decía eso de él? Sin embargo, le daba un miedo espantoso saber la respuesta.

—Eres como un donante de esperma para Damian, nada más —replicó ella con demasiada tranquilidad—. En vez de resolver las cosas como es debido, preferiste convertirte en un desconocido atroz que se llevó a un niño inocente del recreo como parte de una trama enrevesada para sentirte mejor por un supuesto desliz. Creo que tus actos hablan por sí solos, pero no nos engañemos, también creo que los dos ya sabíamos que no eres un hombre bueno.

Dario no sabría nunca cómo consiguió mantener la serenidad, cómo mantuvo la frialdad por fuera cuando por dentro ardía con una furia al rojo vivo. Tenía que ser eso porque se negaba a permitir que fuese una de esas cosas sombrías que podría seguir sintiendo por esa mujer y que no soportaba sentir las. La pareció todo un triunfo que su voz le saliera relativamente tranquila cuando replicó.

—Cuando tú eres, en el mejor de los casos, una adúltera infiel que dice y hace cualquier cosa para eludir la responsabilidad de sus actos. Sea tener un amante cuando está casada o no informar a un hombre de que tiene un hijo. ¿Qué casa de cristal crees que se hará añicos primero, Anais? ¿La tuya o la mía?

—He venido aquí como una cortesía —ella sonrió, pero no fue una sonrisa amable—. Si quieres guerra, Dario, puedo dártela. Me da igual lo que me hagas, pero no deberías haber tocado a mi hijo. Podemos llevar esto como adultos o podemos llevarlo en los periódicos, tú eliges. Yo no tengo nada que perder en cualquier caso.

—Te crees muy graciosa.

—La opinión pública tiende a respaldar a las madres afligidas, no a los hombres ricos y atroces que las abandonan a ellas y a sus propios hijos. Es posible que debieras pensarlo antes de amenazarme.

Dario no supo cómo, pero, de repente, se encontró demasiado cerca de ella. Podía ver el color de sus mejillas y la furia que le brillaba en los ojos. Percibía cómo iba arreglada, con un vestido corto color berenjena, otros zapatos extravagantes y engañosamente delicados y todo el pelo tupido y oscuro recogido en una coleta, pero, sobre todo, la percibía a ella. Percibía cada vez que respiraba, cada cambio de

expresión por mínimo que fuera, el olor que llevaba, ligeramente seductor, o quizá solo fuese su piel...

–¿Puede saberse qué estás haciéndome? –preguntó él con un gruñido.

–Me robaste a mi hijo, malnacido. Ni siquiera he empezado todavía.

Entonces, él cayó en la cuenta de que no estaba jugando con él, de que la expresión que captaba detrás de la furia, y que no había sabido interpretar al principio, no tenía nada de misteriosa, era miedo. Miedo de él y de lo que pudiera hacer. La pareció que nunca se había sentido tan rastrero en su vida y no pudo entenderlo. ¿Acaso no era eso lo que había creído que había querido? ¿No había querido tener ese poder sobre ella, la sartén por el mango? ¿No había querido vengarse como se merecía ella?

–Damian está muy bien –dijo Dario desde ese rincón que detestaba lo que estaba haciendo, lo que hacía que ella tuviese esa expresión, al margen de los motivos de él–. En realidad, está mejor que bien. Es de la piel del diablo.

Los hombros de ella se relajaron un poco y su boca perdió algo de rigidez. Ese brillo gélido que tenía en los ojos se disipó, aunque mínimamente. Él entendió que, independientemente de lo que hubiese de verdad o de mentira en esa situación, Anais amaba a ese niño asilvestrado. ¿Lo había dudado o se había acostumbrado tanto a arrojar todos los males que podía a los pies de ella que no sabía hacer nada más cuando se trataba de ella? El problema era que no sabía cómo parar.

–No es de la piel del diablo –le corrigió Anais–. Al menos, no del todo. Tiene cinco años.

–Tenía la sensación de que las dos cosas eran lo mismo.

Ella estuvo a punto de sonreír y alargó una mano como si fuese a tocarlo, pero se lo pensó mejor en el último momento, cerró el puño y dejó caer al brazo a un costado. No había ningún motivo para que él lo lamentara o para que el antebrazo le palpitará como si le doliera donde no lo había tocado.

–Conseguiste lo que querías, Dare –ella mantuvo la mirada firme y levantó la barbilla–. Me sedujiste, me abandonaste y te llevaste a Damian delante de mis narices. Conseguiste que me sintiera tan mal como supongo que querías que me sintiera desde hace mucho tiempo.

Él no entendió por qué sintió que algo muy parecido a la lástima le atenazaba las entrañas cuando eso era completamente verdad, cuando había hecho todo eso deliberadamente, con la misma sangre fría que había previsto cuando trazó el plan aquella noche que ella no le dejó entrar en su casa.

–No irás a decirme que has venido hasta aquí para reivindicar que eres la víctima. Me partiría de risa.

Él no sabía qué hacer con la vergüenza, no la conocía y, desde luego, no tenía cabida allí, con ella precisamente. Se había construido los últimos seis años de su vida sobre la base de una verdad irrefutable, que él era la víctima de la traición de la dos únicas personas del mundo en las que había confiado, pero sus defectos no lo definían, se había elevado por encima de ellos. La vergüenza no tenía cabida en su vida, ni nada parecido.

–¿Ya hemos terminado? ¿Podemos zanjar esto? –preguntó ella sin apartar los ojos negros de los de él–. Aparte de todo lo demás, creo que no tienes ni idea de cómo se cría a un niño.

–No sabía que alguien lo supiera, creía que se aprendía sobre la marcha, como

cualquier otra cosa.

También podría haberle dicho que había contratado un batallón de niñeras para cerciorarse de que alguien supiera algo sobre el cuidado de un niño porque Anais tenía toda la razón. No sabía nada sobre los niños, menos que, cuando lo había sido él, había sido algo muy desagradable hasta que Dante y él fueron a un internado donde se divertieron de una forma que implicaba visitas diarias al despacho del director. Podría haberle dicho que nunca dejaría al azar algo como el cuidado de un niño, pero no lo hizo.

–Dime lo que quieres –dijo ella en ese tono frío tan característico de ella, y que no le agradó tanto como debería–. ¿Captar mi atención? ¿Vengarte? Creo que eso ya lo has conseguido.

–Tengo lo que quiero de ti –contestó él.

Entonces, se dio cuenta de que no había querido decir eso, que lo había dicho solo para ser hiriente porque podía, porque, en teoría, debería querer ser tan hiriente con ella como lo había sido ella con él. Debería haberle encantado ver cómo apretaba los labios, como si estuviese conteniendo un sollozo, y hacía un esfuerzo para no demostrar nada de eso porque una parte de él, mezquina, lacerante y en carne viva todavía, quería hacerle todo el daño que pudiera. Además, sabía muy bien qué sentimiento sombrío era ese que se adueñaba de él como una oleada de fango. Se detestaba a sí mismo y detestaba aquello. Detestaba hacerle daño a Anais solo por hacerle daño... ¿Cuándo se había convertido en esa persona? ¿Cuándo se había convertido en ese hombre espantoso, amargado y rabioso que hacía esas cosas con esa despreocupación aparente? Sin embargo, lo sabía, claro que lo sabía.

Aquella escena se presentó ante él como siempre, con la nauseabunda claridad de una pesadilla, como si estuviese reviviéndola y no recordándola. Aquel sábado había salido temprano para ir a una reunión con personas de ICE y Dante no había querido asistir. Él había creído que lo hacía porque era una muestra más de su negativa a realizar su parte del trabajo y se había alegrado de volver a casa después. En aquella época, Anais había sido la única persona que había entendido lo dividido que se sentía entre lo que consideraba que era lo mejor para la empresa y la lealtad que sentía hacia su hermano. Había sabido que el hecho de que hubiese confiado en ella y aceptado sus consejos en vez de los de Dante era algo que había enloquecido a su hermano, quien no había sido un admirador de Anais desde el principio.

Podía ver cómo había entrado en su piso con toda despreocupación, que había tirado las llaves en la misma mesa de siempre y que se había dirigido hacia el dormitorio para encontrarse con la encantadora esposa que era su pareja perfecta, aunque no tenía ninguna carga emocional más porque su matrimonio había sido muy analítico, frío y cauteloso a la luz del día. Hablaban de su unión como si fuese un acuerdo beneficioso para sus objetivos y sin ningún componente sentimental... y luego se devoraban en la cama cada vez que tenían ocasión, una y otra vez.

Además, ella era la primera persona que quería ver cuando tenía alguna noticia, fuese buena o mala. Ni siquiera podía recordar cómo había sustituido a Dante en ese papel, solo sabía que lo había hecho. Fue, en gran medida, porque Dante y él habían dejado de actuar y pensar como una unidad en aquellos días, no por algo que hubiese hecho Anais. En esos momentos, pensaba en la pérdida de confianza entre ellos como consecuencia del incidente con la novia que no habían sabido que tenían a la vez a los

dieciocho años.

¿Habría entendido él lo que significaba todo eso si ella no lo hubiese utilizado de aquella manera? Le había parecido asombroso que ellos dos, criados en circunstancias parecidas y distintas a la vez por unos padres espantosamente egoístas, se hubiesen encontrado como se habían encontrado. ¿Habría acabado comprendiendo lo que debería haber sido evidente desde el principio, que su matrimonio no había sido frío en ningún sentido y que solo habían fingido que lo era? Nunca lo sabría.

Todavía podía recordar el rubor de sus mejillas y sus ojos desorbitados cuando la vio en el pequeño distribuidor de su dormitorio con una mano apoyada en la pared, como si hubiese corrido para llegar allí y encontrarse con él. Eso fue lo último que pensó antes de que su vida saltase por los aires. Ella lo miró con la cara pálida y los ojos brillantes y ninguna de las dos cosas tuvo sentido para él. No se acordaba si se había acercado a ella porque, entonces, Dante había salido de su dormitorio con una de sus camisas abiertas y una expresión que él no pudo interpretar en absoluto. No recordaba la última vez que había dormido. Se había entregado en cuerpo y alma a la empresa, asistía a reuniones durante el día y las preparaba por la noche. No había visto casi a su esposa y, desde luego, tampoco había visto casi a Dante mientras se había deslomado noche tras noche. Ya se había sentido encerrado en su propia vida, como un desconocido para las dos relaciones más importantes de su vida. Ya había sido una época sombría para él y, sin embargo, le había preocupado que las dos únicas personas del mundo que le importaban parecieran odiarse. Sin embargo, entonces entendió con una claridad nauseabunda que no se odiaban, entonces había entendido lo que había significado Anais para él durante todo ese tiempo, por qué se había ido a vivir con esa mujer desde el principio, por qué le había parecido algo como predestinado, aunque nunca había empleado esa palabra. En aquel momento y en aquel lugar, en el distribuidor, había entendido a su necio corazón, cuando ya era demasiado tarde.

Allí, seis años después, en un lugar de la ciudad completamente distinto y cuando los dos eran unas personas muy distintas, dejó a un lado esos recuerdos atroces y se encontró a Anais delante de él. Seguía mirándolo inerte y con miedo. Él seguía sin saber lo que quería decir todo eso, solo sabía que estaba haciéndole daño. Fuera lo que fuese lo que ella había hecho hacía seis años, fuera lo que fuese lo que él creía que ella se merecía por sus actos, él era quien estaba haciendo daño en ese momento, y ya no podía seguir mintiéndose y diciéndose que le daba igual. Sin embargo, parecía como si tampoco pudiera parar.

—Lo único que podrías hacer por mí exigiría un viaje en el tiempo —siguió él aunque sin saber de dónde había salido eso ni por qué había sonado tan tajante—, y que fueses una persona completamente distinta de la que has resultado ser.

Se dio cuenta de que estaba moviéndose como si fuese a tocarla otra vez y retrocedió bruscamente. Eso no llevaba a nada bueno y menos en una sala de reuniones con paredes de cristal.

—Contéstame a una pregunta —ella lo dijo en voz baja y tensa, aunque lo único que él podía ver en su cara era el mismo brillo de los ojos y que tenía la barbilla levantada con obstinación—. Has tomado muchas decisiones basándote en mi traición; tu forma de marcharte entonces, las cosas que has dicho, cómo te cercioraste de que no pudiera ponerme en contacto contigo y cómo diste por terminada tu relación con tu hermano. ¿Qué pasaría si estuvieses equivocado?

–¿Sobre ti? –preguntó él riéndose.

–Sobre todo. Sobre mí, sobre tu hermano, sobre lo que viste aquel día. Piensa en todo lo que has hecho, Dare, hasta secuestraste a tu propio hijo y lo llevaste a través de un océano solo para vengarte de mí.

Cuando terminó de hablar, ella tenía los puños cerrados y temblaba muy ligeramente, como si la intensidad de sus palabras estuviese desgarrándola allí mismo, y él no podía soportarlo. No podía soportar nada de todo eso. Le daba miedo que lo que menos pudiese soportar fuese que no había vuelta atrás. No se podía fingir que ella no lo había engañado ni pasar por alto con quién lo había engañado y que había un niño de cinco años por medio. No se podía retroceder a lo que él quería, a lo que seguía queriendo a pesar de todo, y no pensaba reconocer que lo quería. Ella estaba tan perdida para él como si no la hubiese conocido nunca, más quizá, y lo que rugía dentro de él era poderoso y destructivo como un huracán.

–Eso me convertiría en un monstruo –contestó él casi sin poder oírse por el estruendo que tenía dentro–. ¿Eso es lo que quieres oír? Un hombre tan destructivo como el padre al que odiabas, según tú, antes de que trataras tu matrimonio como él trató el suyo. Sin embargo, yo no dedico el tiempo a preocuparme por esas cosas.

–¿Por qué estás seguro de que tienes razón? –su voz se abrió paso entre ese aullido incesable de pérdida–. ¿No puedes dudar una vez que has tomado una decisión? Tiene que ser maravilloso ser tan perfecto y acertado todo el rato. El resto de los pobres mortales tenemos que parecerte una tortura...

–Ya te dije que no fue la primera vez –le interrumpió Dario–. ¿Creíste que eras especial, Anais? ¿Te dijo él que lo eras? ¿Sabes qué? Te mintió. No fuiste la primera mujer con la que estuvo sin que yo lo supiera y cuando se suponía que era mía.

Él pudo notar su propia sonrisa sombría, pudo notar la mirada implacable de sus propios ojos porque también estaba desgarrándolo. Pudo ver cómo se encogía ella y no le contó el resto, que Dante no había sabido que Lucy estaba engañándolos para enfrentarlos, que los dos se habían deshecho de ella y, en teoría, habían pasado página, que él había tenido esa desconfianza corrosiva hacia su hermano desde entonces. Se dijo a sí mismo que todo eso daba igual.

–Pero sí fuiste la última.

Anais se dijo que era una guerra y que emplearía todas las armas que tuviera a su alcance por mucho que le disgustaran.

–¿Estás segura de que quieres atacar a un Di Sione de esa manera? –le había preguntado su tía en francés mientras iban de camino al aeropuerto de Maui–. Sobre todo, al que, en estos momentos, es el niño mimado del mundo tecnológico y de los medios de comunicación de todo el mundo. Hace seis años te resistías con uñas y dientes a que Damian participara en ese circo.

–Hace seis años Damian era una elucubración –había contestado ella en el mismo francés parisino de su infancia.

Era el mismo idioma que había empleado su padre para atacar a su madre y el mismo idioma que habían empleado sus dos padres para que ella supiera claramente que les había arruinado las vidas y, aun así, había resultado ser tan despreciable... Había mantenido la mirada clavada en los campos y en los molinos que había en las

lejanas laderas de las montañas mientras sabía que su corazón estaba en el avión de Dario, a treinta mil pies de altitud y con rumbo al este.

—Ahora es un niño pequeño al que se han llevado del recreo. Si lo recupero con un circo, contrataré yo misma a todos los payasos.

Lo había dicho en serio.

Después de que Dario la hubiese dejado en la sala de reuniones, cuando todavía retumbaban sus ásperas palabras, que ella suponía que eran la explicación para que no la creyese, se había puesto manos a la obra. Había concedido entrevistas; había contestado todos los mensajes y llamadas de los carroñeros que se morían por hablar con ella y tergiversar sus palabras hasta que fuesen irreconocibles; se había sentado en el centro de la imponente mesa de la sala de reuniones y había contado su historia una y otra vez mientras los empleados de Dario pasaban por delante y fingían no mirar.

Una hora después, ya había divulgado la historia del perverso y adinerado hombre ebrio de poder todo lo que había podido en un día. Sonrió con dulzura cuando Dario volvió a aparecer en la puerta. Su expresión era más implacable y desolada que antes y la tragedia de ella era que su corazón se le encogió un poco. No importaba que él se hubiese hecho eso a sí mismo, lo que importaba era que sufriera. Ni siquiera podía detestarse a sí misma por eso. Él era la primera persona a la que había amado temeraria e irrevocablemente. Él fue el único hasta que tuvo a Damian. Al parecer, eso no había llevado a ninguna parte y, en el fondo, ella siempre había entendido que no lo haría.

—¿Has terminado con esta representación, fuera la que fuese? —le preguntó él con ese tono engañosamente tranquilo que ella ya reconocía—. Algunos de nosotros trabajamos para ganarnos la vida en vez de divulgar fantasías por los periódicos. Tenemos que utilizar esta sala.

—Sí, he terminado —contestó ella levantándose y metiéndose el bolso debajo del brazo—. ¿Has venido para llevarme con Damian?

—No —contestó Dario dejando escapar una risa fugaz.

—¿Hasta cuándo piensas seguir con esto?

—Estoy pensando en cinco años, por lo menos —la miró con unos ojos inflexibles—. Es lo justo. Te llamaré cuando cumpla diez años.

Anais quiso abalanzarse sobre él solo por haber dicho algo tan atroz, pero se contuvo.

—Es un niño pequeño, Dario. No sabe lo que estás haciendo y no se lo merece.

—Es un Di Sione —replicó él—. No le pasará nada.

—¿Como a ti, quieres decir? —preguntó ella con una risotada insultante.

A él no le gustó y sus ojos soltaron un destello.

—Anais, si no te vas inmediatamente de esta oficina, haré que te echen a la calle —la amenazó él con mucha delicadeza—. Me da igual el periódico sensacionalista que elijas para que salga en primera página.

Ella no lo creyó, pero tampoco presionó. Incluyó la cabeza y pasó por delante de él para dirigirse hacia la puerta.

—Recuerda lo que has dicho —eso era una guerra independientemente de lo que ella sintiera por dentro y de lo mucho que le gustaría que no lo fuese. Incluso, había tomado un rehén—. Es posible que llegues a desear no haberlo dicho.

Capítulo 8

Dario deseó muchas cosas durante los días siguientes. Que hubiese meditado su plan; que hubiese hecho caso a Anais cuando le advirtió sobre el comportamiento de un niño pequeño fuera de su elemento y lejos de su madre, el único de sus padres que había conocido durante la primera época de su corta vida; que no hubiese creído que podía introducir en su vida, sin consecuencias, a un niño de cinco años furioso. A un niño pequeño parecía no importarle que tuvieran los mismos genes. Al fin y al cabo, tampoco le había importado a su gemelo idéntico después de haber sido uña y carne durante toda su vida. Deseaba haberlo pensado un poco mejor antes de actuar.

Naturalmente, eso no era nada nuevo. Se parecía muchísimo a cómo se había sentido cuando llegó a ICE, después de haber dejado atrás a su esposa, a su hermano y a su empresa anterior y de haber quemado todos los puentes, y había comprobado que el propietario era tan sombrío como Dante había temido que fuera y que las actividades de la empresa eran turbias e inmorales, como le había advertido Dante.

Sin embargo, dudaba mucho que un niño de cinco años apreciara cómo había manejado la situación de ICE, que hubiese reorganizado la empresa de arriba abajo a lo largo de los años, lo cual, incluía que hubiese apartado al propietario hasta convertirlo en un socio silencioso primero y hubiese acabado deshaciéndose de él más tarde. Solo había pasado unos días con Damian, pero sabía muy bien que su hijo nunca sería nada silencioso. Le resultaba fácil aceptar que ese niño era su hijo y era algo que debería preocuparle.

—¡Basta! —exclamó una mañana para interrumpir otra de sus rabietas.

La niñera se retorció las manos, pero Damian había agarrado una estatuilla de bronce que valía doscientos veinte mil dólares y se la había tirado a él a la cabeza. Que hubiese fallado el tiro no cambiaba la intención de Damian. Como tampoco la cambiaba que en ese momento tuviera un bronce clavado como un tenedor en el suelo de madera de la sala.

—Quiero a mi mamá —replicó el niño con el labio inferior temblando ligeramente y la cara muy seria, una cara que era una copia exacta de las fotos que había visto de sí mismo y de Dante a esa edad, salvo por los ojos, que solo podían ser de Anais—. Dijiste que iba a venir, pero no ha venido.

—Vendrá pronto.

Él se preguntó cuándo se había convertido en un mentiroso de ese calibre, cuándo había empezado a decir mentiras con esa facilidad. Se preguntó qué mentiras estaría diciéndose a sí mismo.

—Ne me gusta estar aquí —le comunicó Damian, más como un comentario que como una queja—. Quiero irme a casa.

—¿Y si te dijera que esta es tu nueva casa? —le preguntó Dario.

La mayoría de los habitantes de Nueva York harían cualquier cosa por tener la oportunidad de echar una ojeada al interior de ese edificio en concreto, que era famoso por los variopintos y acaudalados personajes que habían pasado por su vestíbulo en algún momento. La mayoría del mundo mataría por tener la oportunidad de pasar cinco

minutos en el codiciado ático de Dario Di Sione, y solo en parte por las vistas. Ese niño de cinco años, quien muy probablemente tenía su misma sangre, miró alrededor como si no le impresionara lo más mínimo, arrugó la nariz y se encogió de hombros.

–No está mal, pero estaría mejor si mi mamá estuviese aquí.

Dario miró a la niñera, la despidió con un gesto de la cabeza y volvió a centrar su atención en Damian.

–Tengo que decirte una cosa –se sentía como si fuese tonto, como si fuese el malo de una película, torpe y cómico, aunque sin una máscara para esconderse detrás mientras hacía eso–. Soy tu padre.

No sabía qué esperaba, quizá algo sacado de una película, algo teatral o pelicularo. Ese niño había arrojado una obra de arte hasta el extremo opuesto de la habitación porque quería desayunar otros cereales y, seguramente, la noticia de que tenía un padre debería provocar que... hiciese algo. Damian, sin embargo, parecía tan indiferente como si le hubiese dicho que hacía un día soleado, algo que los dos podían ver por las ventanas.

–Ya lo sé –comentó Damian al cabo de un rato como si esa conversación fuese aburrida y hasta ridícula–. Mi mamá me lo dijo y me deja que tenga tu foto al lado de la cama.

–¿Lo sabes?

Dario se quedó tan atónito que no pudo asimilar todo lo que le había dicho Damian.

–Me dijo que eres muy importante y que estás muy ocupado, que por eso no vas nunca a nuestra casa. ¿Va a venir pronto?

Damian estaba cansado de estar de pie y empezó a moverse. Levantó el brazo izquierdo por encima de la cabeza, por ningún motivo que Dario pudiera entender, y balanceó la pierna derecha arriba y abajo, una y otra vez.

–Pronto –contestó Dario distraídamente porque no conseguía analizar lo que había dicho el niño, y menos, lo que podía significar–. ¿Has sabido siempre que soy tu padre? ¿Incluso cuando estabas en el colegio?

–Claro –Damian dejó de moverse y lo miró como si fuese bobo–. No puedo irme con desconocidos.

Entonces, empezó a utilizar un sofá como trampolín mientras cantaba una canción con una letra incomprensible para él. Dario se sentó en ese mismo sofá con una opresión desconocida en el pecho. No sabía cómo asimilar esa revelación. ¿Anais había puesto una foto de él al lado de la cama de Damian? ¿No le había ocultado quién era su padre? Ella le había preguntado qué pasaría si estaba equivocado. La verdad era que él nunca se había planteado esa posibilidad. Anais lo había negado rotundamente, pero, claro, qué iba a hacer, ¿no? Dante había sido quien había hecho que estuviese seguro. Dante no lo había negado. Dante lo había mirado fijamente y no había dicho ni una palabra, su silencio había sido más condenatorio que cualquier cosa que hubiese dicho. Había sido una época muy sombría para él incluso antes de que entrara en su piso aquel día, pero ¿qué motivo podía tener su hermano, su gemelo idéntico, para mentirle sobre algo como acostarse con su esposa?

Aun así, todo eso no explicaba que Anais pusiese su foto al lado de la cama de su hijo. Era algo que él no habría hecho si la situación hubiese sido la contraria. Él habría fingido que ella no existía. Le había dicho que, si era el hombre que ella insinuaba que

era, eso lo convertiría en un monstruo. Si Dante había mentido, si él se hubiese hecho una idea equivocada, si más de media década hubiese pasado así, arrastrándose lentamente desde aquel día en su antiguo piso...

Sin embargo, sabía que eso era imposible. Dante había sido muchas cosas por aquel tiempo, pero nunca había sido un mentiroso. Desde luego, nunca lo había mirado a los ojos y le había mentado, ni una sola vez en sus vidas, ni siquiera por omisión. Sabía que era imposible, pero, aun así, se sentía como un monstruo.

—¿Puede saberse qué estás haciendo? —se preguntó en voz baja.

No podía entender que Anais fuese la virgen que había perseguido por la Universidad de Columbia y la mujer que se había acostado con su gemelo. Nunca había entendido ese cambio, y tampoco había querido pedir explicaciones. Había llegado a creer que lo había descifrado. Ella había anhelado atención y cariño por la infancia que había pasado, y no era de extrañar que un hombre no fuese suficiente para ella. Eso era lo que se había dicho a sí mismo, lo que había creído. Sin embargo, su foto al lado de la cama de un niño no encajaba con el personaje que se había imaginado, con quien, según se había dicho a sí mismo, había tenido relaciones sexuales con Dante desde solo Dios sabía cuánto tiempo antes de que él los descubriera.

No sabía qué hacer con todo eso y no lo soportaba. Anais estaba en el compartimento que se había hecho ella misma con su conducta engañosa. La semana anterior ya había sido bastante mala. Encontrársela inesperadamente en aquella remota casa de Maui, descubrir que tenía un hijo que, según ella, era de él... todo eso exigía un compartimento más grande, más descomunal que lo que a él le gustaría. Aun así, eso era peor. Le parecía un acto de caridad y no podía entender que eso encajara con la mujer que, insensiblemente, había enfrentado a un gemelo con el otro, quien, según lo que él sabía, podría haber estado haciéndolo durante toda su relación con él.

Se pasó los dedos por el pelo y tomó el móvil aunque sabía que llamarla era precisamente lo contrario de lo que haría normalmente en una situación así. ¿Por qué lo alteraba aunque no estuviese en la misma habitación siquiera?

Entonces, el ama de llaves entró, dejó los últimos periódicos sensacionalistas delante de él y se llevó a Damian de la mano. Él, en vez de llamar a Anais, se quedó sentado donde estaba y leyó los titulares que denunciaban su forma de ser con el lenguaje más desmesurado que se podía encontrar.

¡Vino ese hombre de ICE y se llevó a mi hijo!

Entonces, se le ocurrió algo mucho más sombrío que todo lo demás. Solo sabía que Anais había dejado una foto al lado de la cama de Damian, pero Damian no había concretado quién salía en la foto. Eso significaba que él no podía saber cuál de los gemelos Di Sione salía en la foto, ¿no?

Ese mismo día, a altas horas de la noche, la niñera abrió la puerta del despacho de su casa. Dario dio un respingo en la butaca de cuero donde estaba sentado con su ordenador portátil y un vaso de whisky. Pulsó la tecla para detener el vídeo que estaba viendo, un vídeo de Anais en un espantoso programa de televisión donde representaba el papel de ingenua, herida e impotente arrastrada a toda esa lobreguez por un lobo

empresarial como él. Tenía que reconocer que lo hacía muy bien, casi le había convencido a él mismo de que era un malnacido desalmado.

–Estaba tan protegida... –decía ella con la voz entrecortada–. No, nunca se divorció de mí. Solo reapareció mucho después de que hubiese perdido la esperanza. Creí... Esperé... Parece una ingenuidad que lo diga en voz alta, ¿verdad? Sin embargo, todo era un truco, una jugada, solo quería a nuestro hijo.

Él había escuchado esa parte al menos quince veces. Si no estuviese escarmentado, si no hubiese vivido la realidad de las cosas con Anais, habría jurado que ella no estaba actuando. Incluso, aunque sabía que eso era imposible, había reaccionado como si ella no estuviese dando un espectáculo, como si, realmente, él hubiese caído sobre ella como un Lucifer, hacía seis años y en ese momento, y le hubiese destrozado la vida las dos veces.

Dante le había gritado que ella tenía algún tipo de poder mágico. Fue hacía mucho tiempo, cuando él había querido aceptar la oferta de ICE y Dante se había opuesto con uñas y dientes a la idea. Él había cometido el error de comentar que a Anais le parecía que tenía mucho sentido para la empresa. Dante había replicado que conseguía que él creyera que lo blanco era negro, que qué sería lo siguiente, que si lo convertiría en su enemigo. Sin embargo, no había hecho falta, lo habían hecho ellos dos juntos en su propio dormitorio.

Tenía que obligarse a volver al presente, donde la niñera lo miraba con preocupación y sin saber cuánto había tardado en centrarse en ella.

–¿Qué pasa? –preguntó aunque sabía que parecía despistado.

Mejor dicho, parecía un hombre que ya no sabía si estaba loco o cuerdo y, lo que era peor, si le importaba lo más mínimo.

–Es Damian –contestó la niñera precipitadamente y en un tono que le borró toda esa historia de la cabeza–. Me temo que está enfermo.

–¿Qué quiere decir? –Dario frunció el ceño–. Después de la cena, estaba encantado de la vida en la azotea.

Sin embargo, ya estaba acompañando a la niñera a la habitación que había dispuesto para Damian. Entró y vio a Damian hecho un ovillo en la cama. Temblaba y lloraba y, evidentemente, no estaba bien. Lo tocó y estaba ardiendo, y jamás en su vida se había sentido tan impotente. Se sentó en el borde de la cama y puso una mano en la espalda de su hijo como si eso pudiera consolarlo. Tuvo el vago recuerdo de que su abuelo le había hecho lo mismo a él cuando estuvo enfermo hacía mucho tiempo.

–Quiero que venga mamá –se lamentó el niño entre sollozos.

Él nunca se había sentido tan mal. ¿De verdad había estado utilizando a ese niño de cinco años como una especie de moneda de cambio para vengarse de su madre? ¿Qué le pasaba? Le había reprochado a Anais que fuese tan mala como el padre que no había querido casarse con su madre y que la había engañado durante todo su matrimonio, pero, por otro lado, él era tan malo como su propio padre, la persona más egoísta que había pisado la tierra. Era peor todavía. Su padre, al menos, simplemente no se había preocupado lo más mínimo por ninguno de sus hijos, pero no los había utilizado para nada.

Sacó el teléfono del bolsillo y marcó su número de teléfono sin saber si podría hablar por el nudo de vergüenza de sí mismo que le atenazaba la garganta.

–Dario...

–Será mejor que vengas –dijo él sin preámbulos y sin intentar parecer que estaba tranquilo–. Damian está enfermo.

No llegó a saber cuánto tardó ella, podrían haber sido minutos u horas. Perdió el sentido del tiempo mientras estuvo en la penumbra de esa habitación con un niño enfermo en el regazo e intentaba hacer sonidos que lo serenaran. Consiguió que Damian dejara de llorar y eso le produjo una sensación de euforia mucho más intensa y profunda que nada de lo que había sentido durante el lanzamiento del último producto de ICE, algo que, hasta ese momento, le había parecido el punto álgido de su vida. No supo cómo asimilarlo, no sabía qué significaba, solo sabía que había algo en ese pequeño ser humano sudoroso y un poco pegajoso que había conseguido darle calidez a rincones de su interior que ni siquiera sabía que existían. Además, creía que ni siquiera le caía bien a Damian. En cuanto a eso, él tampoco estaba seguro de que estuviese abrazando a su sobrino y no a su hijo.

Entonces, levantó la mirada y vio a Anais. Entró como un torbellino, clavó los ojos en Damian y no los apartó de él. Se movió tan deprisa que el pelo le onduló por detrás, se arrodilló al lado de Damian y le puso las manos en las mejillas.

–Mamá... –susurró el niño como si no le sorprendiera verla allí. Él se preguntó qué se sentiría al tener la certeza de que los adultos se presentarían cuando los necesitaban–. Estoy malito.

–Lo sé, cariño –ella lo acarició mientras lo retiraba de los brazos de Dario y lo abrazaba para acunarlo–. Tienes un poco de fiebre, nada más. ¿Te duele la cabeza?

Damian gimió algo ininteligible con la boca en el hombro de ella y ella asintió con la cabeza como si lo hubiese entendido perfectamente.

–No es nada raro. Vamos a enfriarte un poco y veremos si puedes dormir.

Anais le pidió a la niñera que fuera a por un paño mojado y, mientras esperaba, le quitó el pijama empapado a Damian y le puso uno limpio y seco. Luego, lo tumbó en la cama con el paño en la frente y su naturalidad le recordó lo que ella había estado haciendo durante los últimos cinco años. Incluso, se había tumbado en la cama al lado de su hijo para abrazarlo y cantarle algo. Era lo más hermoso que él había oído en su vida y le derritió el corazón que creía que Anais había congelado. Se sentó a los pies de la cama mientras esa madre cantaba para que su hijo pequeño se durmiera y tardó un rato estremecedor en comprender que, fuera cual fuese la verdad, quería que eso fuese real, que quería que ella y ese niño tan gracioso, que era una mezcla perfecta de los dos, hubiesen vuelto con él. Jamás había querido tener una familia, no toleraba casi a la propia, pero, en ese momento, quería tener esa familia más que respirar, lo quería casi más de lo que podía soportar.

Podría haberse marchado cuando Damian se quedó dormido, pero no lo hizo. Anais dejó de cantar, pero no se movió y se quedó acurrucada al lado del niño como si fuese una leona que despedazaría a cualquiera que se atreviera a acercarse.

–¿Vino ese hombre de ICE? –preguntó Damian en medio del silencio.

–Si vuelves a intentar arrebatarme a mi hijo –contestó ella en un tono tranquilo que no disimuló el fondo implacable–, te destrozaré con algo mucho más doloroso que el titular de un periódico.

Él lo creyó. Se quedaron así un buen rato, oyendo solo los leves ronquidos de Damian.

–Él ya sabía quién era yo. Lo sabía cuando lo encontré en el colegio. Me dijo que

le pusiste una foto al lado de la cama.

Dario no había querido hablar. En realidad, había querido levantarse y marcharse para volver a su despacho a trabajar, pero no tuvo ni idea de por qué no lo había hecho.

Anais no dijo nada durante un rato largo y él dejó de pensar que fuese a decirlo, pensó que bastaba con que estuviesen allí, juntos en esa vigilia apacible con un niño enfermo. El silencio le parecía bien, mejor que bien. Le parecía muy íntimo y, por una vez, no rechazó la idea.

–Su mejor amiga es una niña que se llama Olina –comentó Anais por fin con una voz ronca y apoyada en un codo al lado de Damian–. Su padre es bombero y a todos los niños les parece impresionante y heroico. Olina le contó a Damian que, cuando ella tiene miedo, su padre le promete que siempre estará ahí para ahuyentar a los monstruos o a sus pesadillas, que basta que ella lo llame para que acuda. Él le dijo que eso era lo que hacían los padres, que para eso estaban.

Entonces, Anais se movió y sus ojos negros se clavaron en los de él a pesar de la penumbra. Él sintió que todo se le inmovilizaba por dentro.

–Damian me preguntó cómo podía llamar a su padre si no sabía dónde estaba.

Dario estaba abrumado, atenazado por algo que creía que podía hacerle polvo, pero no podía dejar de mirar a Anais, ni siquiera podía parpadear.

–Yo le contesté que tú sí sabías dónde estaba y que lo único que necesitaba él era un recordatorio de ti para ahuyentar las pesadillas y las cosas malas –ella no apartó la mirada–. Le dije que eras mágico, que todos los padres lo eran, pero que tú lo eras especialmente.

–Anais...

–Elegimos juntos una foto del álbum que conservo del día de nuestra boda y compramos un marco que le gustó a él. Él quería una protección doble por si acaso y es un marco de Batman. Pareces muy mágico, temible y resolutivo. Está al lado de su cama y algunas veces lo sorprendo hablando con la foto como si fueses de verdad. Para él, lo has sido siempre.

Dario no podía hablar. Se pasó las manos por la cara y no le sorprendió comprobar que estaba temblando. Además, ella no había terminado.

–A pesar de lo que has hecho, cruzar medio mundo con él, jugar como un papá y darte ese placer, sabía que no le harías nada, sabía que no le pasaría nada, que a él le parecería una aventura con un personaje que ya conocía. Para él, eres tan real como todo lo que ve en la televisión, eso es todo. Esto no le hará daño, es un niño resistente.

Entonces, su mirada pareció endurecerse, como si se acercara y lo partiera por la mitad cuando él sabía que no se había movido ni un centímetro.

–Lo que me preocupa, Dare, es cuando te aburras de este juego, cuando te acuerdes de que eres Dario di Sione y de que tienes que construir accesorios para ordenadores y complacer a clientes que te adoran. Me preocupa porque entonces le desgarrarás el corazón.

–No voy a desgarrarle el corazón, no voy a desgarrar nada.

Sin embargo, él no se lo creyó ni mientras lo decía.

–Has aparecido y te lo has llevado como por arte de magia. Eres misterioso como una fantasía y no lo has decepcionado todavía –replicó ella.

Ella ya no parecía implacable y eso fue lo que lo alcanzó como un puñetazo en el estómago. Parecía triste, espantosamente triste.

–Sin embargo, lo harás –siguió Anais–. Damian creerá que ha sido él, que podría haber hecho algo para que te quedaras cerca. Es lo que siempre piensan los niños –ella sacudió la cabeza y pareció más triste todavía–. Habría sido más considerado dejar que siguiera imaginándote como el héroe perfecto que ahuyenta sus pesadillas, no como el hombre de verdad que odia a su madre y no tiene tiempo para estar con él. Es una historia muy normal y aburrida. Creo que habría preferido conservarte como mágico, como suyo.

–Anais, ¿estás hablando de él o de ti? –preguntó él en un tono suave.

Ella esbozó una sonrisa que lo dejó en carne viva.

–Hace tiempo que dejé de creer en la magia –contestó ella en el mismo tono que él–. Además, nunca fuiste mío.

Él no debería haber preguntado eso, no debería haber abierto esa puerta porque no le gustaba lo que había detrás, no le gustaba lo más mínimo.

–No voy a hacer nada de eso –replicó él entre dientes y sin saber por qué estaba a la defensiva como si fuese quien había decepcionado a alguien, y no ella–. No va a pasar nada de eso.

Anais se rio levemente, pero con tanta tristeza como si eso ya hubiese sucedido, como si ya supiera el futuro tan desolador que les esperaba, independientemente de lo que dijese él.

–Vamos, Dare, no puedes evitarlo. Eres así –dijo ella sin alterarse y atravesándolo de lado a lado.

Capítulo 9

Damian se despertó a la mañana siguiente completamente repuesto, como si no hubiese tenido fiebre.

–Estaba enfermo –comentó Dario mientras desayunaba y Damian perseguía su propia sombra en la azotea que rodeaba al ático–. Yo mismo le toqué la frente.

–Los niños son un misterio –replicó Anais encogiéndose de hombros.

Como lo era todo entre ellos dos. Ella esperaba que él la expulsara, había estado esperándolo desde que se despertó esa mañana junto a su hijo en una cama doble, pero estrecha. Sin embargo, Dario se había limitado a sentarse en la mesa de la terraza, donde el ama de llaves había servido el desayuno como si él no tuviera nada pensado. Leyó delante de ella el montón de periódicos sensacionalistas que estaba esperándolo con fotos antiguas de ellos dos en la primera página, pero, aparte de mirarla de vez en cuando con sus ojos azules, no dijo nada al respecto. Ella tampoco dijo nada, pero se explicó a sí misma que no quería eludir el asunto, que era una estrategia. Bebió el excelente café y se comió las tortillas asombrosamente esponjosas que había hecho el ama de llaves, y se dijo a sí misma que, si no intentaba partirle la cabeza con los cubiertos de servir después de lo que había hecho, es no hacía que fuese más débil o transigente. Damian estaba bien y ella estaba con él otra vez, y eso era lo importante. Se dijo que por eso se mordía la lengua.

Más tarde, cuando Dario se marchaba a trabajar, le preguntó dónde se alojaba y ella se preparó para que la expulsara, pero solo hizo un gesto con la cabeza cuando ella le dijo el nombre de un hotel normal y corriente que había encontrado en el último momento.

Él ni siquiera estaba en casa una hora más tarde, cuando un servicio de mensajería llamó a la puerta con las maletas de ella ni cuando el ama de llaves, muy eficientemente, se las llevó y la acomodó en el cuarto que había justo enfrente del dormitorio principal, no en un cuarto de invitados cerca de Damian. Sabía que debería protestar por todo eso, debería haber agarrado a Damian y haber salido corriendo en cuanto Dario se marchó de la casa. Al menos, debería haber exigido que comentaran las cosas, ya que no estaban insultándose en una sala de reuniones o a través de los periódicos. Se dijo que lo haría en cuanto él volviera de trabajar, pero el ama de llaves se llevó a Damian al parque y la dejó para que trabajara. Hizo las llamadas habituales y se puso al día de todas las cosas que había dejado a un lado desde que Dario apareció en la isla. Además, cuando Dario volvió de la oficina para que tomaran la cena que el ama de llaves había preparado para ellos tres, le pareció mucho más fácil dejarse llevar... y dejarse llevar un día tras otro.

Cuanto menos hablaban de los asuntos serios que colgaban entre ellos como velos vaporosos, cuanto menos hablaban de lo que pasaba entre ellos o del sombrío pasado sobre el que nunca se habían puesto de acuerdo o de lo que los había llevado a vivir juntos en ese ático con su hijo, más fácil era dejarse llevar como si esa fuese su vida de verdad, como si fuesen esa familia unida.

Todas las noches, dependiendo del tiempo, cenaban juntos en la azotea, ellos tres

juntos, como una familia de verdad, se repetía ella una y otra vez aunque sabía lo peligroso que era. Sabía que el sueño al que había sucumbido aquella noche en Hawái no era nada en comparación con ese y que aquella noche solo había afectado a su corazón, no al de Damian también, pero no conseguía dejar de darse ese gusto. Creía que Dario también sentía esa engañosa e insistente atracción de una vida que no era la suya. Sin embargo, una vocecilla le susurraba todas las noches que podría serlo, que podría ser exactamente así... Era peligroso navegar por ese mar y cada día se hacía un poco más complicado.

Damian quiso a Dario al instante y completamente. Eso estaba claro y le dolió un poco por dentro que hubiese tenido que pasar todo ese tiempo sin su padre. Ella le había proporcionado una vida buena, pero esa vida, ese cuento de hadas hecho realidad de una existencia plena con un padre y una madre, era mucho mejor.

Había amado a Dario hacía seis años y había perdido la esperanza de que siguiera amándolo, pero le había parecido que no había sabido de verdad lo que era el amor hasta que entró como un torbellino por aquella puerta y lo había visto acunando a su hijo enfermo en el regazo, o cuando lo había observado leerle un cuento antes de que se durmiera y hacía todas las voces, o cuando dejaba que Damian le ganara en los videojuegos que el niño de cinco años adoraba y con los que el adulto disfrutaba casi lo mismo.

Ella siempre había creído que el amor eran idilios tempestuosos seguidos por años de vacío y pérdida, de lamentos y recriminaciones. Eso era lo que le habían enseñado sus padres con su matrimonio triste y colérico. Era lo que había aprendido sola. No había empezado a aprender la complejidad de las distintas formas de amar hasta que pasó esos últimos años en Hawái con Damian y el firme apoyo de sus tíos.

Sin embargo, observar que el hombre al que había amado casi desde el momento que lo conoció se ocupaba del hijo que habían tenido juntos era como observar un amanecer nuevo en un mundo nuevo. No podía arrancar a Damian de ese mundo, no sabía cómo contener la felicidad que le producía eso con lo que ni siquiera se había atrevido a soñar. Tampoco estaba muy segura de que lo hiciera, ni de que lo intentara, pero sí sabía, en el fondo de su ser, que sería otra cosa más por la que tendría que pagar antes o después.

Una noche habían hecho lo mismo que de costumbre; habían cenado como una familia despreocupada y habían charlado sin salirse de los temas superficiales y poco controvertidos, como cualquier otra noche desde que se había quedado allí. Si había una parte de ella que no lo soportaba, que quería profundizar y comprobar lo que había debajo de la superficie, entre otras cosas, había otra parte, mucho mayor, que habría hecho cualquier cosa con tal de no volcar esa barca. Por eso, había sonreído y se había reído. Lo había hecho sinceramente, como lo hacía siempre, y luego habían acostado a Damian como si hubiesen sido un equipo perfecto desde el día que nació. No pudo evitar una risita apesadumbrada al pensar eso mientras Dario cerraba la puerta del dormitorio de Damian y empezaban a bajar las escaleras. Recordaba muy bien haber dado a luz sola, había sido un equipo de ella sola durante mucho tiempo por mucho que en ese momento pareciera otra cosa.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él.

Ella debería haberlo pasado por alto. Dario tenía un aspecto desaliñado y muy atractivo, como siempre por las noches. Se había quitado la chaqueta nada más entrar

en el ático y se había remangado la camisa por encima de esos antebrazos musculosos. Se había pasado miles de veces los dedos entre el pelo, que había quedado maravillosamente despeinado, y su mandíbula tenía la sombra que tenía siempre a esas horas. Eso no debería haberle parecido tan placentero como le parecía, ni siquiera debería haberse fijado en eso después de todo lo que le había hecho. Todavía estaba esperando a acostumbrarse a Dario, a ese atractivo innegable, a su pelo negro y despeinado y a sus ojos de un azul eléctrico, a que él le pareciera una parte más del escenario y nada más, a dejar de percibirlo como lo hacía siempre, pero no lo había conseguido todavía.

En ese momento, pensó que sus ojos quizá fuesen demasiado azules.

–De nada –contestó ella.

La puerta de Damian estaba cerrada y las tres alturas del ático estaban silenciosas y tranquilas. Sin embargo, el corazón le latía como una locomotora, como si supiera cosas que ella no sabía, y sospechaba que tenía mucho que ver con cómo la miraba él, con una expresión que no podía descifrar del todo.

–Resulta que formamos un buen equipo y supongo que eso me sorprende –añadió ella.

No dijo que hacía años, antes de que se hubiesen puesto a prueba, se habían felicitado de serlo, no le preguntó si se acordaba de que habían estado seguros de que su versión fría de un matrimonio, salpimentada con aquellas noches largas y ardientes, podría afrontar cualquier cosa que se les pusiera por delante. Era algo más que colgaría entre todas las sombras que había entre ellos y que ella fingía no ver.

Creyó que él cambiaría de tema inmediatamente, que fingiría que no lo había oído y que la conversación volvería a un terreno seguro, pero se quedó parado, con la tenue luz que llegaba del pasillo iluminándole el rostro y haciendo que pareciera más que implacable mientras ella lo miraba. Le pareció el ángel vengador que había estado representando sin la más mínima tregua durante seis largos años, algo que podría haberle parecido evocador si hubiese sido un hombre distinto. Se dijo a sí misma que estaba imaginándoselo.

–No me siento bien en un equipo –reconoció Dario al cabo de un rato, casi como si le doliera decirlo en voz alta–. Estoy mucho mejor por mi cuenta.

–No me parece que estés mejor por tu cuenta, Dare –replicó ella sin pensarlo, sin fijarse en el precipicio que había aparecido de repente delante de ellos cuando ella había esperado que estuviesen en un terreno seguro–. Pareces solo.

Él se movió como si fuese a tocarla, pero se metió las manos en los bolsillos y ella captó que el brillo de sus ojos se parecía mucho a la desdicha, que reflejaba exactamente lo mismo que sentía ella en el pecho.

–Estoy solo –él sacudió la cabeza y ella no supo si quería evitar que ella discutiera o si se daba miedo a sí mismo–. Lo prefiero así.

–¿Eres una isla cuando eras tan gregario? –a ella le costó preguntarlo en un tono más despreocupado que tembloroso–. Parece una evolución insólita.

–Va con mi forma de ser –contestó él en un tono algo cortante–. Seguro que te diste cuenta hace seis años.

–Hace seis años estaba tan enamorada de ti que no veía con claridad.

Anais se arrepintió en cuanto lo dijo, sobre todo, cuando lo dijo tan espontáneamente, casi como si hablase sola. Él se movió con una expresión tan

impasible que ella no tuvo más remedio que seguir.

–Si soy sincera, creo que no me di cuenta de nada menos de eso.

Esa vez, el silencio entre ellos fue cualquier cosa menos tranquilizador. Estaba segura de que podía ver las mismas acusaciones de siempre entre ellos y esperó a que él le lanzara unos de sus certeros dardos y que le hiciera desear no haber dicho nada. En realidad, ya lo deseaba. Había pasado esos días tan inusitados intentando avivar esa inusitada paz entre ellos, aunque esperaba que se hiciera añicos en cualquier momento, y lo que más deseaba era que siguiera para siempre. Sin embargo, la mirada de él era apagada, no despiadada.

–Resulta que me gusta la soledad –comentó él en voz baja–. Es lo que hago mejor.

Esa declaración se quedó atrapada en su pecho como un sollozo, aunque no sabía por qué llorar. ¿Por cómo había acabado su matrimonio? ¿Por lo años que Dario no recuperaría con su hijo? ¿Por cómo estaba él en ese momento, solo, desgarrado e implacable, y afirmando que le gustaba estar así? No sabía cómo se sentía ni qué era ese sollozo, no sabía de qué servirían sus lágrimas si se atrevía a derramarlas. Sí sabía que, si cedía a ese sollozo que le atenazaba el corazón, si lo liberaba y los arrastraba a los dos, esa paz que habían vivido los dos acabaría como si no hubiese existido nunca. Por eso, se acercó a él, se puso de puntillas y lo besó antes de pensárselo dos veces. No fue un beso largo ni especialmente apasionado. Rozó los labios con los de él y notó que él daba un respingo, notó la descarga eléctrica y abrasadora de siempre por ese leve contacto. Llevó una mano a su barba incipiente y alargó el beso mientras notaba que él permanecía inmóvil y tenso.

Cuando se apartó, vio que los ojos azules de él estaban casi negros por el deseo.

–¿Puede saberse qué ha sido eso? –gruñó él.

–No lo sé –reconoció ella aunque tuvo que hacer un esfuerzo para no llevarse los dedos a la boca por la sensación estremecedora–. Me pareció que lo necesitabas.

–No lo necesitaba –replicó él aunque ella no lo creyó, tampoco se creía a sí misma–. No lo necesito.

Entonces, él se alejó y ella se quedó con ese sollozo oprimiéndole todavía el pecho, con el recuerdo abrasador del maldito beso en la boca y sin saber qué estaba haciendo allí... con él, jugando una partida que ninguno de los dos podía ganar.

Recibió la llamada unos días más tarde, cuando había salido a correr como todas las mañanas. Solo el móvil personal de su secretaria estaba programado para que pudiera acceder al suyo durante la vuelta que daba todos los días a Central Park, y sabía muy bien que no podía llamarlo si no tenía un motivo excepcional. Hasta la fecha, que él pudiera recordar, no lo había llamado más de tres veces. Él se tomaba muy en serio esa carrera matinal, esa paz y tranquilidad.

–Se trata de su abuelo –dijo Marnie cuando él contestó la llamada–. Ha empeorado y quiere verlo.

Cuando cortó la llamada y aceleró el paso para llegar antes a su casa, Dario no supo si había contestado algo antes de cortar la llamada o si, sencillamente, la había cortado por el estupor. Aunque tampoco sabía por qué iba a estar estupefacto, se recordó mientras el ascensor lo llevaba a su ático. Giovanni di Sione era un hombre

muy mayor, aunque no hubiese tenido la leucemia que lo había perseguido el último año y que había añadido dolor al esfuerzo por haber vivido noventa y ocho años. Lo asombroso era que siguiera vivo. Lo increíble fue que eso no hizo que se sintiera mejor, como lo había hecho antes.

Entró sudoroso y agitado en el ático y se detuvo cuando oyó a Damian hablando con apasionamiento, como hablaba siempre porque ese niño no contemplaba la posibilidad de que alguien no lo encontrara encantador. Dario recordó su propia infancia, la dependencia enfermiza que tenían sus padres el uno del otro, lo desenfrenado e impredecible que había sido todo antes de que murieran y la tristeza que lo había impregnado todo después. No había podido agarrarse a nada en el mundo, menos a su gemelo, quien acabaría traicionándolo con su esposa. Su esposa. Esa palabra no lo enfureció como lo había enfurecido durante años. En realidad, pasaba todo lo contrario, le gustaba.

Cruzó silenciosamente el recibidor y la sala hasta que llegó a la cocina y vio al niño de pie en una silla para ver a su madre, quien hacía tortitas en los fogones que él jamás había usado.

—Tenemos un... ama de llaves para que haga eso —comentó él dándose cuenta de dos cosas.

La primera, que el tono había sido el equivocado. Había sido sombrío y entrecortado y había revelado demasiadas cosas que prefería mantener ocultas. La segunda, que había hablado en plural, como si importara el hecho de que no se hubiesen divorciado o de que hubiesen estado viviendo allí como si no hubiese pasado nada entre los dos, como si eso los convirtiera en una especie de unidad que no habían sido nunca.

Aquella noche tan rara en el pasillo ella le había dicho que hacía seis años había estado tan enamorada de él que no había podido pensar con claridad. Luego, lo había besado, había sido un beso tan dulce y devastador que todavía podía sentirlo por dentro. Desde entonces, había estado intentando convencerse de que no había sido más uno de los trucos habituales de Anais, y casi había llegado a creerlo. El problema era que había visto franqueza en sus ojos y la había oído en su voz. Además, que Dios se apiadara de él, la había notado en su beso. Todavía la notaba.

La verdad era que no sabía cómo afrontar nada de eso. Entendía la vida que había vivido durante esos seis años porque todo había estado en compartimentos muy definidos, aunque dolorosos y desoladores, y las líneas no habían sido borrosas. En cierto sentido, era más fácil vivir con compartimentos, nunca había sorpresas.

No entendía que su abuelo, quien una vez le dijo que pensaba vivir eternamente y derrotar a la muerte, pudiera estar muriéndose por muy viejo que fuera y enfermo que estuviese. Le parecía imposible. Como tampoco podía entender que la mujer con la que se había casado apresuradamente, a la que había vuelto a encontrarse en Hawái cuando menos lo había esperado y con la que había vuelto a vivir esas semanas placenteras pudiera ser la misma mujer que lo había traicionado tan concienzudamente.

Entonces, pensó que el problema era que quería eso, que esa era la verdad subyacente. Quería que esa mujer estuviese en su casa haciendo tortitas porque le apetecía o porque conseguía que un niño sonriera. Además, también quería a ese niño. Por primera vez desde que Anais le habló de Damian en Maui, le daba igual que una prueba de paternidad no pudiera demostrar quién era el padre de verdad. Eso era algo

que sucedía en los dos sentidos. Nadie podía demostrar que Damian no fuese suyo.

Además, si su abuelo estaba muriéndose, si era el final del único familiar que había conocido, por muy insuficiente que hubiese sido a lo largo de los años, sabía que lo que quería de verdad era que el anciano conociera a ese niño asilvestrado con la cara de los Di Sione y los ojos de su madre, aunque solo fuera una vez.

–¿Qué pasa? –le preguntó Anais con cierta preocupación mientras dejaba la última tortita en el plato de Damian–. Parece como si hubieses visto fantasmas mientras corrías.

–No son fantasmas –contestó él en un tono que no reconoció ni él mismo.

Quizá fuese que hubiese sabido lo que había sido durante seis años. Se había regocijado con esa definición y se había convencido a sí mismo de que no solo lo era, sino de que era lo único que podía llegar a ser. En ese momento, no podía entender que hubiese sido feliz con esa idea. En ese momento, sudoroso y en la habitación de su casa que menos utilizaba, observando una escena doméstica que debería darle náuseas, entendía que nunca volvería a ser así de feliz, que ese estado intermedio en el que había vivido todos esos años no había sido felicidad.

Todo cambió aquel día en Hawái, todo era distinto.

–Todavía no –añadió Dario.

Capítulo 10

Anais recordaba vagamente la residencia de los Di Sione en los Hamptons. La había visitado muy pocas veces y hacía mucho tiempo, pero el anciano, que era el centro y patriarca de la familia, había permanecido en su memoria todo ese tiempo.

Giovanni era exactamente como lo recordaba, aunque notablemente más débil. Estaba sentado en una butaca de una de las salas de la imponente casa y estaba tapado con una manta gruesa aunque era un día cálido de septiembre. Sonrió cuando ellos entraron y sus ojos dejaron escapar el mismo destello que recordaba ella, y que hacía que tuvieran un brillo impropio de un hombre que, según decían, estaba al borde de la muerte.

–Debería haber dicho hace treinta años que estaba muriéndome–comentó Giovanni con una voz más frágil de lo que la recordaba ella y que, de repente, hizo que la posibilidad de que se muriera fuese mucho más real–. Todos acudís corriendo –su mirada perspicaz se dirigió hacia Anais primero y hacia Damian después–, y con unos regalos fantásticos.

–Es Damian –le presentó ella sonriendo al anciano.

Anais recordaba que siempre había sido afable con ella a pesar de que su relación con su nieto hubiese sido como un torbellino disparatado que había acabado mal. Luego, sonrió a su hijo y apartó la mano que tenía en su hombro.

–Damian, es tu abuelo.

Anais creyó que el corazón iba a estallarle cuando su hijo, muy circunspecto, se acercó al anciano y le tendió la mano como si fuese el hombre que ella sabía que sería algún día. Además, esa vez podía compartir con alguien ese orgullo maternal desbordante. Esa vez, miró a Dario y estuvo segura de que él veía lo mismo que ella, que, incluso, quizá lo sintiera. Ese momento inesperado de conexión le llegó tan dentro que le atenazó las entrañas.

–Me alegro de conocerte, jovencito, me alegro mucho.

Giovanni lo dijo con una solemnidad especial, como si se dirigiese al futuro hombre, no al niño, y miró a Dario con ese destello de los ojos más intenso todavía.

–Pórtate bien –le pidió Dario mientras Anais se sentaba en el sofá que había enfrente de Giovanni.

A ella le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de que había una alegría real en la voz de Dario. Hacía que pareciese una persona distinta, hacía que pareciera que estaba animado, hacía que se pareciera a aquel joven que la había perseguido en la biblioteca de la Universidad de Columbia en una tarde gris de invierno y que la había convencido para que tomara café con él cuando ella había estado segura de que estaba jugando con ella.

–Si no, no te daré los pendientes que tuve que ir a buscar al otro extremo del mundo.

–Ah... –Giovanni lo dijo como si no hubiese dudado que Dario haría cualquier cosa que él le pidiese–. Mis preciosas amantes perdidas están volviendo conmigo por fin. Dime que resplandecen como las recuerdo.

–Claro que sí, abuelo –contestó Dario en ese tono burlón tan hipnótico que la envolvía como un nudo corredizo que temía que no se soltara nunca–. Están hechos casi completamente con diamantes, hacen que las estrellas parezcan apagadas en comparación.

El anciano sonrió y empezó a toser. Tosió con tanta fuerza que le tembló todo el cuerpo y ella se dio cuenta de que aquello no era una especie de broma familiar. Giovanni estaba enfermo de verdad y nada, ni su personalidad arrolladora, podía cambiarlo.

La sonrisa de Dario vaciló un poco, pero se dominó y ella notó un nudo en la garganta cuando él metió una mano en el bolsillo y sacó el mismo estuche que le había dado ella en Hawái. Cuando Giovanni se incorporó en la butaca con la respiración más apaciguada, Dario abrió el estuche y lo dejó con cuidado en las manos pálidas de su abuelo.

–Me gustaría que Dante estuviese aquí –comentó Giovanni mirando los pendientes con una expresión distante–. Siempre ha apreciado un poco más que tú las cosas resplandecientes de la vida. Tú siempre creíste que tenías que ser el serio de los dos.

Damian eligió ese momento para susurrar que le gustaría salir a jugar, pero ella, aunque se había distraído un instante, captó que Dario se ponía rígido al oír el nombre de su gemelo, que el brillo burlón se esfumaba de sus ojos azules y que la sonrisa se convertía en una línea recta con los labios apretados como si ella se hubiese imaginado todo eso.

–¿Por qué lo has sacado a relucir? –preguntó Dario en un tono tenso–. ¿Está aquí?

Entonces, su abuelo pareció viejo, pareció tener todos y cada uno de los noventa y ocho años que tenía.

–Creo que va a pasar el día fuera –contestó Giovanni con una reticencia evidente.

–No voy a hablar de Dante. Jamás. Además, no necesitamos que hagas de intermediario, abuelo. No hace falta que sepa que he estado aquí.

Giovanni lo miró como si fuese a discutir, pero se limitó a asentir débilmente con la cabeza antes de centrar su atención en el estuche que tenía abierto encima de las piernas. Pasó un dedo por la resplandeciente superficie de unos de los pendientes y luego le preguntó a Dario por el lanzamiento del producto nuevo que había hecho ICE hacía unas semanas.

Anais se quedó helada en el sofá donde estaba sentada y el corazón se le hizo mil pedazos sobre la alfombra de valor incalculable que tenía a los pies. Podía ver por el ventanal que su hijo corría por el césped como si el sol de septiembre brillara solo para él. Sin embargo, allí dentro, un hombre estaba muriéndose después de haber pasado casi cien años sobre la faz de la tierra y el hombre al que había amado durante más tiempo del que era prudente y sano estaba tan encerrado en sí mismo que también podría estar muriéndose. Dario no iba a cambiar nunca, no quería hablar de su gemelo con nadie, ni siquiera con su abuelo, después de tanto tiempo. Jamás la creería a ella. Estaba a gusto con esos momentos en los que fingían que no pasaba nada, pero el pasado estaba pudriéndose entre ellos. ¿Cuándo saldría a la luz? Una cosa era que él descargara de vez en cuando su genio con ella, podía soportarlo por muy injusto que fuera, pero ¿qué pasaría cuando algún día dijera lo que no debería decir y Damian lo

oyera? Eso pasaría, era inevitable, y ella no podría permitir que ese hombre le rompiera el corazón a su hijo solo porque no quería confiar en ella.

Ya era hora de que fuese sincera consigo misma. Dario no había confiado nunca en ella. Si hubiese confiado, no habría malinterpretado la escena que presenció aquel día aciago. Nunca había creído lo que había dicho ella, independientemente de lo que hubiese dicho, o no hubiese dicho, Dante. Esa era la verdad que no había querido ver durante todo ese tiempo. Dario había querido creer lo peor de ella, había aprovechado la ocasión para abandonarla y había hecho todo lo que había podido para que ella no le persuadiera de que se lo pensara dos veces. Había visto la ocasión de acabar con su matrimonio y no la había desperdiciado. Había querido abandonarla y lo había hecho con una precisión milimétrica, y no tenía la intención de volver con ella jamás. Si no hubiese tenido a Damian, se imaginaba que la escena en la terraza del señor Fuginawa habría sido muy distinta. La habría insultado, ella habría contestado y él se habría desvanecido en el aire. Se dijo que había estado mintiéndose durante muchísimo tiempo y observó a Dario, que se reía con su abuelo como no le había visto reírse con nadie desde hacía años, como se había olvidado de que se hubiese reído alguna vez, incluso con ella. Las historias que había contado a la prensa sensacionalista podrían haber sido las historias que se había contado a sí misma durante todo ese tiempo; que había un malentendido monumental, que si le hubiesen dejado hacer lo que hubiese querido, al margen de su hermano, eso no habría pasado... Sí habría pasado, él quería que pasara, él hizo que pasara.

Se quedó muy quieta mientras todo daba tantas vueltas dentro de ella que temió caerse al suelo. Además, no podía hacerle ver esa verdad ni ninguna otra, no podía conseguir que la creyera, no podía demostrar que Damian era suyo, no podía demostrar que lo había amado y no podía demostrar que nunca había habido nadie más para ella. Tendría que encontrar esa fe por sus propios medios y allí, en esa casa preciosa donde había recordado al hombre del que se había enamorado, entendió que él no lo haría jamás. No iba a confiar en ella, ni en nadie, pasara lo que pasase y eso quería decir que tenía que acabar con todo eso a pesar de lo que ella sentía y había sentido siempre, a pesar de lo que todavía deseaba, a pesar de las cosas que su traicionero corazón le pedía aunque se le rompía dentro del pecho. Tenía que recoger a Damian y marcharse a casa.

Capítulo 11

Ya era tarde, esa misma noche, cuando Dario dejó de intentar dormir en la cama que le parecía demasiado vacía, aunque nunca la había compartido con nadie. Salió a la terraza que rodeaba el dormitorio principal y todo el piso superior del ático. La noche de septiembre era como una caricia cálida en la piel y se alegró de no haberse puesto nada más que unos pantalones negros y amplios. Manhattan se extendía en la oscuridad, tan exultante y resplandeciente como siempre, y sonaba dentro de él como una nota musical larga y grave que alteraba todo lo que tocaba, que derribaba esos compartimentos suyos y hacía que se preguntara cómo había vivido en ellos, cómo había conseguido sobrevivir así, limitado y reducido a la mínima expresión. Se quedó allí un buen rato, con la ciudad debajo de él, y no hizo nada más que respirar.

Notó que ella se acercaba justo antes de que apareciera a su lado, en la barandilla, con la melena lisa cayéndole sobre los hombros y los preciosos brazos descubiertos. Llevaba una camiseta y unos boxers de hombre, lo mismo que había llevado para dormir desde que la conoció. Él no podría haber dicho por qué verlo esa noche era como una canción dentro de él. Solo supo que quería cantarla tan alto que despertaría a todo el vecindario, a toda la ciudad, a todo el mundo. Sin embargo, se dio la vuelta, le pasó un dedo por uno de los brazos y notó que se le ponía la carne de gallina

–La vida es muy corta –comentó él mientras notaba que ella se estremecía ligeramente–. Demasiado corta, Anais.

Ella lo miró antes de desviar la mirada hacia Central Park.

–Lo sé. No puedo imaginarme el mundo sin él.

Él no había estado pensando en su abuelo, al menos, directamente.

–Es muy astuto. Ha derrotado a miles de enemigos y nunca es tan frágil como parece. Yo no lo despediría todavía.

Ella sonrió y no dijo lo que debería haber estado pensando en ese momento, lo que él sabía que debería estar pensando él mismo, lo que había pensado expresamente incluso cuando había llegado a Hawái y se había encontrado encallado en ese calor tropical y peligrosamente seductor; que Giovanni tenía noventa y ocho años, que las cosas tenían un curso natural, que vivir tanto tiempo tenía que llegar a parecer tanto una maldición como una bendición para un hombre que había sido tan activo y que estaba confinado en algunas habitaciones de una casa.

Ella, esa mujer tan hermosa que, asombrosamente, todavía era su esposa, solo sonrió. Su esposa. Esa era la parte importante, esa era la única parte que importaba.

–Anais... –empezó a decir él en tono serio porque eso ya llegaba con mucho retraso.

Sin embargo, ella lo sorprendió. Sacudió la cabeza para que no siguiera hablando, se acercó a él y le puso las manos en el pecho desnudo. Todo ardió en llamas dentro de él.

–No quiero hablar –el brillo de sus ojos tenía algo que él no podía interpretar–. Quiero decirte mil cosas, Dario, pero no quiero hablar.

Ella estaba muy cerca después de todo lo que había pasado y, esa vez, él no

estaba jugando ninguna partida, como intentó fingir cuando estaba en Maui. Tenía sus manos en el pecho, resplandecía con palidez a la luz de la ciudad que los rodeaba y él solo era un hombre.

–Creo que podemos encontrar una manera mejor de comunicarnos –añadió ella.

Dario no pensaba rechazarla, ni siquiera pensaba intentarlo. La abrazó y sintió todas las delicadas curvas de su cuerpo mientras se inclinaba y le tomaba la boca como había querido tomársela durante días y días, durante toda una vida, cada vez que se reía o no decía nada, cada vez que le fruncía el ceño o, sencillamente, respiraba el mismo aire que él. Deseaba eso, la deseaba a ella, deseaba todo de ella. El beso era como una llamarada de deseo deslumbrante, y no era suficiente ni mucho menos. Desencadenó el desenfreno que llevaba dentro y la reclamó, la marcó y la besó mientras la llevaba hacia las puertas de cristal que daban a su dormitorio. Solo apartó la boca para quitarle la camiseta por encima de la cabeza. Su risa mientras le levantaba los brazos era mejor que el resplandor de la ciudad y se adueñó de él como la misma canción incesante.

Cuando llegaron al lado de la amplia cama que nunca se había imaginado que compartiría con alguien, tenían la respiración entrecortada y sus ropas habían quedado detrás de ellos.

–Eres perfecta –comentó él en un tono ronco y gutural–. Condenadamente perfecta.

–Eso solo son palabras –le provocó ella pellizcándole la barbilla.

Él veneró a esa mujer de la que nunca se había olvidado, a esa mujer de la que no se había divorciado después de tantos años. Una parte de él debía de haber sabido que no habían acabado por mucho que lo pareciera. Se arrodilló delante de ella y volvió a explorar cada centímetro de su impresionante cuerpo, como hizo cuando ella le había confiado su inocencia, la memorizó desde sus maravillosas clavículas hasta el delicado arco de sus pies. La exploró y la adoró.

La hizo suya con las manos, la boca y la mirada, e hizo que llegara a lo más alto una y otra vez. La tercera vez que la llevó más allá del límite, con dos dedos dentro de ella y la boca en uno de sus perfectos pechos, ella gritó tan alto y tanto tiempo que él temió que fuese a hacer añicos las ventanas, y casi lo deseó.

–Basta –consiguió decir ella tumbada en su cama–. Vas a matarme.

–Lo dices como si te importara.

Ella esbozó una sonrisa peligrosa, se dio la vuelta y se puso de rodillas al lado de él.

–Ahora me toca a mí.

Se lo tomó con calma, lo torturó con una intensidad que podría haberlo preocupado si no estuviese haciendo que se sintiera tan bien. Lo marcó con los dientes y lo saboreó con la boca y la lengua. Se deleitó con cada músculo de su abdomen, con cada uno de sus pezones, con el cuello y la mandíbula y empezó a bajar por todo su cuerpo. Le sonrió cuando se arrodilló entre sus piernas con algo descarnado en los ojos negros, pero se inclinó hacia delante y lo tomó con la boca antes de que pudiera preguntarle qué era. Él creyó que iba a morir, habría jurado que se había muerto, se olvidó de todo menos de eso, de ella, de Anais. Tenía la boca cálida y se dejó arrastrar por la fricción de los labios y la lengua, por los sonidos que dejaba escapar, por cómo se mecía, como si esa sensación la transportara tanto como a él. Era celestial, era tan maravilloso que creyó que podría perder la cabeza completamente.

La apartó con los dientes apretados mientras intentaba recuperar el dominio de sí mismo. Se puso apresuradamente el preservativo y le dio la vuelta para tenerla debajo y entrar en ella por fin. Ella gritó por la acometida y entonces, por fin, empezó a moverse.

Esa noche no había ni destreza ni conocimientos, era intenso, desenfrenado y ardiente, elemental y bárbaro. Lo rodeó con los brazos y las piernas y le clavó las uñas en la piel. Él embistió con la furia de todo lo que había entre ellos, se dejó arrastrar por lo extraordinariamente bien que se acoplaban, como si siempre hubiesen estado hechos para eso, y, durante un rato, no hubo nada más que eso.

Sin embargo, Dario ya no pudo más, bajó la mano entre sus cuerpos y le acarició el centro de su deseo hasta que ella echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre. Entonces, se revolvió de placer y él la elevó a lo más alto del universo. La siguió inmediatamente con su nombre en los labios como si esos seis años no hubiesen existido.

Dario supo que Anais no estaba en su cama cuando se despertó a la mañana siguiente. Lo supo en cuanto parpadeó por la luz del sol, mucho antes de girar la cabeza y de ver que la cama estaba tan vacía como siempre, como si su presencia allí, como si su cuerpo acurrucado contra el suyo mientras se quedaban dormidos solo hubiese sido un sueño. Si era un sueño, había estado en él mucho tiempo, había hecho que durara. Sin embargo, sabía que no había soñado ni un segundo. Se levantó de la cama y se puso los primeros pantalones que vio. Salió del dormitorio principal y se encontró con un silencio muy raro en todo el ático. La puerta del dormitorio de Anais estaba abierta de par en par y pudo ver que estaba vacío. Subió al piso superior por la escalera de acero y tardó un momento en darse cuenta de que no podía oír a Damian. Normalmente, se oíría el alboroto del niño por toda la casa, pero ese día no se oía nada.

Pensó que la niñera se lo habría llevado a la calle y asomó la cabeza al cuarto que Anais había utilizado como despacho mientras había estado allí. También estaba vacío, ni siquiera pudo ver al ordenador portátil sobre la elegante mesita del rincón.

Volvió a bajar a la cocina, se sirvió una taza de café y la llevó a su despacho. Seguía sintiendo el silencio opresivo en el ático y cierta agitación en el pecho que no podía identificar. Rodeó la mesa, se sentó y frunció el ceño al ver una carpeta marrón que no había estado allí la noche anterior. La tomó, miró dentro... y todo pareció congelarse antes de hacerse mil pedazos. Entendió en ese instante que lo que le había agobiado no era la ausencia del ordenador portátil de Anais, sino de todo lo demás. De los montones de documentos, del portafolios que dejaba a sus pies, del batiburrillo de cables... de la maleta que había estado a los pies de su cama en el dormitorio que había enfrente del de él. Debería haberse dado cuenta de que no había desaparecido el ordenador portátil, de que había desaparecido ella. Debería haber reconocido el documento de la carpeta, eran los papeles del divorcio que le había dejado él en su habitación del hotel de Maui.

Algo atroz e implacable lo atenazaba por dentro, pero hizo un esfuerzo para ojear los papeles para comprobar si los había firmado. Naturalmente, los había firmado. Su firma era como la recordaba, tenía algo de perfección francesa, como ella, y pensó que habría preferido recibir un balazo en el pecho.

Oyó un sonido en la puerta, levantó la mirada y, curiosamente, no le sorprendió

verla allí vestida con la que supo que era su ropa de abogada fría, impresionante e impecable. Su armadura.

–¿Por qué? –preguntó él sin andarse por las ramas.

Una sombra cruzó el rostro de ella, pero fue tan fugaz que él no pudo interpretarla.

–No confías en mí –contestó ella sin alterarse–. Nunca confiarás en mí.

–Esto no puede...

–Dario.

Él no siguió. Sintió que se le quebraba algo por dentro, si acaso quedaba algo que podía quebrarse.

–No puedo vivir así –siguió Anais con esa misma mirada descarnada que le había visto la noche anterior–. Me crié en un casa repleta de rencor y desprecio, donde se arrojaban las acusaciones más espantosas como si no fueran nada. No voy a criar así a mi hijo, rodeado de recelo y rabia por todos lados.

Dario se sentía a la deriva, recordaba haber sentido eso mismo hacía seis años. La náusea en el estómago y el ruido en la cabeza. Recordaba el profundo agujero negro de la pérdida que se abría a sus pies y quería tragárselo. La vez anterior, había saltado dentro, se había quedado allí durante años y lo había llamado realismo. No podía soportar la idea de volver a hundirse allí, no podía imaginarse que no hubiera una escapatoria la segunda vez.

–¿Y anoche? ¿Puede saberse qué fue eso?

–Quería despedirme –contestó ella aunque el tono frío titubeó ligeramente.

Él captó el dolor, lo descarnado que era, pero no tuvo una sensación de triunfo, no era una victoria, solo le hacía daño.

–No quería dejarte sin mirar atrás –añadió ella.

Como había hecho él. Ella no lo dijo porque no hacía falta. Dario se levantó aunque no sabía qué quería hacer, si quería hacer algo.

–No lo hagas.

Él había querido decirlo en un tono firme y tajante, pero le había salido quebrado. Era posible que esa vez lo estuviese de verdad, o que eso fuera lo que ella quería demostrar, que lo había estado siempre.

–No lo hagas. ¿Qué tengo que hacer yo para que te quedes? Dímelo.

Sin embargo, Anais no cambió de expresión. Si acaso, pareció más triste y decidida a la vez. Él tuvo una sensación de presagio cuando ella abrió la boca.

–Habla con tu hermano –contestó ella–. Eso es lo que tienes que hacer para que me quede.

–No –replicó él con los dientes apretados y la rabia acercándolo a ese agujero negro–. ¿Por qué me pides algo así? ¿Te ha instigado mi abuelo?

Dario vio la espantosa tristeza de sus ojos, que arrugaba levemente el rostro antes de parpadear y que cerraba los puños a los costados.

–Me voy porque no lo sabes –ella agitó una mano para abarcar toda la habitación, toda la ciudad quizá y a él–. Esto solo da resultado si fingimos que el pasado no existe, si tú haces un esfuerzo para actuar como si no hubiese pasado nada.

Él no lo entendió en absoluto.

–Me parece bien si tenemos en cuenta...

–Dare –era el apodo que solo había empleado ella, pero, dicho con esa voz

implacable y dolorida, fue peor que una patada en el estómago—. No voy a vivir como rehén de una historia que has interpretado mal durante seis años. ¿Cómo vamos a avanzar si no puedes mirar atrás y ver la verdad?

—Esto no tiene nada que ver con eso.

—No hay un «esto» sin un «eso» porque eso no pasó. No necesito que me perdones y me niego a pasarme la vida intentando convencerte de que puedes confiar en mí porque nunca traicioné tu confianza. Sabes cómo eran mis padres. Las peleas, los gritos, los insultos, ese horror interminable. No voy a criar a Damian así, no quiero que crea que esa guerra es el amor.

—Nosotros no somos así, las cosas no son así.

—Ni siquiera te planteas llamar a tu hermano, a tu gemelo. No puedes planteártelo.

—¡Dante no tiene nada que ver con nosotros! —bramó él.

—Lo sé —replicó ella con tristeza—, y nunca ha tenido que ver. Sin embargo, creo que no tienes que oírlo de mí. Además, tampoco puedo desperdiciar mi vida esperando que veas la luz y repares lo que rompiste para que todos podamos avanzar, no puedo y no voy a hacerlo.

Iba a hacerlo, iba a dejarlo después de que hubiesen salido de lo que debería haber sido el lugar más oscuro. Podía verlo en su rostro, en el brillo de sus ojos empañados. Podía notarlo en esa opresión espantosa del pecho.

—Anais...

—Voy a llevarme a Damian a Maui —ella lo dijo en un tono mesurado, como si hubiese pensado lo que iba a decirle y le comunicaba la noticia con toda la tranquilidad que podía—. No voy a alejarlo de ti, podrás verlo cuando quieras. Hablaremos explícitamente sobre la custodia mientras tramitemos el divorcio, pero, entre tú y yo, me parece bien todo lo que te parezca bien a ti.

—Esos documentos son los mismos que antes —comentó él sin poder entenderlo o asimilarlo—. Los que dicen que fuiste infiel y que Dante era tu amante.

—Si eso es lo que quieres que diga ante un tribunal, lo diré.

Dario comprendió que eso que acababa de oír debería ser su victoria más inapelable, pero solo sentía una sensación de derrota demoledora, de pérdida incalculable, de un dolor que se adueñaba de él para siempre. Ella se limitó a encogerse de hombros y eso lo empeoró.

—Esto tiene que terminar por el bien de todos. No me importa mentir si así termina.

—Anais, maldita sea, esto es...

—Dario —le interrumpió ella en un tono frío y muy serio. Él supo que estaba en el agujero negro, que no había salido nunca y que no saldría—. Tienes que dejar que me marche.

Capítulo 12

Dario tardó menos de un día en decidir que no iba a cometer los mismos errores del pasado. Se negaba a arrojarse a esa oscuridad y a esperar que el trabajo pudiera rescatarlo. No lo haría otra vez. A última hora del día que ella se marchó, y se llevó a Damian, estaba completamente decidido. Estaba en la azotea, miraba el incesante bullicio de la ciudad, que no veía casi sin ella, y supo lo que quería. Además, Anais había dicho cuál era el único obstáculo que se interponía en su camino. Naturalmente, tenía que llamar a su hermano. Sin embargo, tardó un poco en hacerlo. Había estado muy furioso con su gemelo durante mucho tiempo. Le costaba olvidarse de eso.

Quizá le costase demasiado, pensó unas horas más tarde mientras esperaba en la misma azotea. Quizá debiera haber alguna ranura. No tuvo que darse la vuelta para saber que Dante había llegado. Esa intuición que les había parecido mágica a todos los que los rodeaban, y que había estado latente durante seis largos años, se despertó al instante. Supo el instante preciso en el que Dante entró en la azotea. No solo lo supo, lo notó.

No se dio la vuelta inmediatamente y se lo encontró muy cerca cuando lo hizo. Habían pasado seis años y, aun así, le pareció... bien.

–Esto es decepcionante –comentó él mirando al hombre que tenía delante.

Todavía era como si se mirara en un espejo. Dante seguía siendo como una extensión de sí mismo y volvió a pensar que estaba bien.

–Pensé que al menos tendrías el detalle de estar aterrado o cohibido de alguna manera –añadió él.

–Podría tirarme al vacío como muestra de expiación dramática –replicó Dante con su desenfado de siempre aunque Dario captó la cautela en sus ojos–. Naturalmente, lo más probable sería que me matara al instante. Eso me evitaría mucho sufrimiento, y creo que lo estropearía todo.

Dario tuvo que contenerse porque estuvo a punto de reírse. Ese era el problema, ese era su gemelo. Conocía a Dante mejor que a sí mismo, o lo había conocido. Estaba genéticamente predispuesto a llevarse bien con él. Los seis años pasados habían sido una tortura y no podía entender que se hubiese convencido de lo contrario. Se había creído sus propias mentiras. Había estado mintiéndose durante muchísimo tiempo.

–Me traicionaste –su hermano se puso rígido–. Eso fue lo único que supe hace seis años, eso fue lo único que quise saber. Me hiciste daño, precisamente tú.

Dante se limitó a mirarlo fijamente, como había hecho entonces, y no dijo nada.

–Ahora no quiero saber los detalles –siguió Dario–. Anais tiene un hijo que se parece a nosotros.

Miró con detenimiento el rostro de su hermano, su propio rostro. Eran tan idénticos que de niños y adolescentes se habían cambiado el uno por el otro durante días y nadie lo había notado nunca. Dario se obligó a hacerle la pregunta.

–¿Es tuyo?

–No.

La palabra fue como una piedra tirada desde mucha altura y cayó entre los dos

con toda la fuerza de la gravedad. A Dario le sorprendió que no hiciera un agujero en el suelo de la azotea. Dante pareció alterado e implacable a la vez.

–No –repitió Dante–. Jamás toqué a Anais, Dario. Nunca le puse un dedo encima, jamás lo habría hecho.

Dario se dio cuenta de que, en el fondo, lo había sabido. Tenía que haberlo sabido o no se habría dado la vuelta y se habría marchado. Si hubiese creído de verdad que le habían engañado, no habría cortado tan radicalmente con Anais y Dante porque ¿qué le habría importado lo que hubiesen dicho? Además, tampoco se habría olvidado de la venganza, no habría pasado por alto que ella hubiese aireado sus asuntos privados en los periódicos solo por unas cuantas cenas familiares. No lo habría hecho si hubiese creído de verdad que ella estaba intentando endosarle el hijo de su hermano. Solo había manera de que Anais pudiera estar tan segura de que Damian era suyo, solo había una explicación. En ese momento entendía que eso era lo que ella había querido decir, eso era con lo que no podía vivir. No se trataba solo de que él hubiese creído lo peor de ella, se trataba de que él tenía que haber estado buscando algo atroz de ella y que lo había creído como escapatoria. Por eso lo había aceptado inmediatamente, y había hecho tanto daño. Lo que no entendía era el motivo.

–Me diste a entender lo contrario, intencionadamente.

Dante se acercó y se quedó al lado de Dario, en la barandilla. Miró el tráfico con el ceño fruncido, pero no lo veía. Dario veía el pasado, había vivido demasiado tiempo en el pasado y quería salir de allí. Sobre todo, quería a su familia.

–Es verdad –reconoció Dante sacudiendo la cabeza–. No soportaba que hicieras más caso a Anais que a mí. No soportaba que se hubiese interpuesto entre nosotros cuando se suponía que solo era un asunto profesional, que te habías casado con ella para que consiguiera la tarjeta de residencia, no para convertirla en nuestra tercera socia.

Dario pensó que todo habían sido mentiras unas encima de otras y que todas habían sido culpa suya.

–No me casé con ella para que consiguiera la tarjeta de residencia.

–Eso quedó muy claro –replicó Dante riéndose un poco–. Tú estabas en aquella maldita reunión con ICE. Creí que ella te había convencido y aproveché la ocasión para echárselo en cara. No se amilana.

–Normalmente, no –reconoció Dario–. Como habrás comprobado en la prensa.

–Me tiró un vaso de agua –Dante se pasó una mano por el pecho–. Me empapó y eso tranquilizó las cosas. Lo paradójico es que habíamos empezado a hablarnos cuando nos encontramos.

–Cuando te encontré saliendo de mi dormitorio a medio vestir.

–Ni se me pasó por la cabeza que pudieras interpretarlo así, hasta que lo hiciste y me di cuenta de que nunca habías superado lo que pasó en la universidad.

–Me pareció lo mismo –reconoció Dario.

Aunque la verdad era que lo que nunca había superado ni olvidado era la confianza traicionada, y quizá eso hubiese sido injusto. La mentirosa había sido Lucy, no Dante. Sin embargo, no había querido pensarlo. Todo había sido un embrollo; ICE, su pasado, Anais...

–Sin embargo, Anais me importaba más, mucho más –añadió Dario.

–Nunca quise que pasara todo eso –aseguró Dante con vehemencia–. Nunca

quise romper tu matrimonio y, desde luego, nunca quise que dejaras de hablarme. Supuse que todo volvería a su cauce cuando hubieses tenido tiempo de serenarte. Supuse que, al menos, me gritarías, te pelearías conmigo. Creí que contestarías el teléfono, Dario.

Dario resopló.

–No sé por qué no lo hice. No sé por qué permití que un momento de silencio arruinara dos relaciones –miró a su hermano a los ojos y lo agarró de un hombro con una mano–. Es posible que tú no hicieras nada para que no creyera lo peor, Dante, pero fui yo quien lo creyó. No es culpa tuya, es culpa mía.

Anocheció, pero todo era distinto, mejor. Se sentaron en la azotea y se contaron lo que habían hecho durante esos seis años. Aunque ya no terminaban la frase del otro, como hacían cuando eran más pequeños, era muy fácil volver a encontrar la sintonía, sentirse conectados otra vez. Dario no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos a su hermano y de lo mucho que se había engañado a sí mismo durante ese tiempo.

–¿Cómo acabaste en Hawái? –le preguntó Dante–. ¿No declaraste una vez que no veías el sentido de las playas?

–Es posible que haya tenido un trasplante radical de personalidad y que ahora me encante tirarme en la arena y esperar a que la muerte o el aburrimiento me reclamen –contestó Dario.

–¿Es verdad? –preguntó Dante entre risas.

–Desde luego que no –Dario también se rio–. Estaba buscando unos pendientes para nuestro abuelo, que seguramente esté demente.

–A mí me mandó a que le encontrara una diadema –Dante se pasó los dedos entre el pelo–. Es posible que todo esto sea una treta del viejo. Es posible que fueran minucias que repartió.

–¿Como regalos? ¿Quién reparte joyas de valor incalculable como regalos y las llama chucherías?

–Te recuerdo que el abuelo llegó de Europa. Es de la vieja escuela –Dante se encogió de hombros con su típica sonrisa maliciosa–. Es posible que tuviera un punto de vista europeo del matrimonio y que tuviera una ristra de adineradas amantes.

Era difícil imaginarse a su abuelo haciendo lo que normalmente se haría con una amante, sobre todo, cuando la imagen que tenía Dario de él en ese momento era la que vio el otro día en su casa, frágil y enfermo. Por otro lado, su abuelo siempre había sido un hombre de pocas palabras. Además, la vida caótica y breve de su padre indicaba que haberse criado en casa de Giovanni no había sido perfecto ni mucho menos.

–Le gusta tener sus secretos –comentó Dario.

Se miraron y recuperaron inmediatamente esa comunicación sin palabras que habían llegado a dominar tanto que les había costado aprender a hablar en inglés más que al resto de sus hermanos. Sacaron sus móviles y empezaron a teclear cosas en los buscadores.

–Resulta que «diadema y pendientes» nos lleva directamente a la duquesa de Cambridge y a su fastuosa boda –murmuró Dante un momento después.

–Creo que podemos tachar a Kate Middleton de la lista de las posibles amantes de nuestro abuelo –replicó Dario–. Creo que cierta prensa británica lo habría destapado.

Sin embargo, recordó algunos retazos de conversaciones que había oído durante los meses pasados, cuando había estado concentrado en el lanzamiento de su último producto. Eran comentarios sobre asuntos familiares que no le habían interesado especialmente en ese momento. Uno de sus hermanos había encontrado un collar para Giovanni y una de sus hermanas había conseguido una pulsera. Lo juntó todo y añadió la descripción de las joyas. Eran de diamantes y esmeraldas.

–Mira esto –dijo acercándose a Dante para que también pudiera ver la pantalla.

–Todas formaban parte de un conjunto que habían encargado –comentó Dante mientras Dario bajaba la página–. Me extraña que las separaran.

–Dice que todas llevan una palabra grabada.

–¿Kate Middleton? Lo sabía.

–BALDO –contestó Dario con una mueca antes de seguir leyendo–. Nadie ha sabido decir lo que significa.

–Es lo que pasa con los secretos –añadió Dante dejándose caer sobre el respaldo del asiento–. Pueden parecer una buena idea en su momento, pero luego se convierten en palabras grabadas en joyas perdidas y que solo tienen valor para unos pocos.

Dante tuvo que marcharse al cabo de un rato, pero Dario sabía que todo había cambiado entre ellos, y para mejor. Quizá no hubiesen resuelto todos los problemas, pero habían empezado a hacerlo. Había recuperado a su hermano y volvía a ser él mismo. El futuro no iba a transcurrir dentro de pequeños compartimentos, si podía evitarlo, y eso significaba que solo tenía que hacer una cosa más, volver a Hawái y recuperar también a su familia.

Esa vez, cuando oyó que llamaban con fuerza a su puerta después de que hubiese anochecido, Anais pensó que no podía ser Dario, que le había dejado las cosas muy claras. Damian y ella habían vuelto a casa y habían vuelto a llevar la vida que habían llevado antes de que hubiese reaparecido Dario. Salvo porque Damian tenía muchas más cosas que decirle a la foto que tenía al lado de la cama y ella se encontraba acurrucada en la cama con su corazón roto y nada más. Más roto todavía porque había sido ella la que se había marchado.

Volvieron a llamar a la puerta con más fuerza.

Se levantó con calma y se tomó su tiempo en ir hasta la puerta. Además, quizá, en el fondo, hubiese estado esperando una visita imprevista porque no se había puesto la ropa que solía ponerse al volver del trabajo, no se la había puesto ni una sola noche desde que volvió de Nueva York. ¿Había estado esperando que él se presentara? ¿Se había imaginado que si se presentaba, se sentiría más segura con una falda ceñida y una blusa sin mangas?

Abrió la puerta y allí estaba él. Todo su cuerpo cobró vida, como si lo tuviese congelado y Dario fuese el único calor del mundo. Estaba impresionante, llevaba una de esas camisetas muy caras que solo los hombres muy ricos creían que parecían desenfadadas y unos vaqueros. Tenía un aspecto desaliñado, estaba despeinado como si se hubiese pasado los dedos entre el pelo más de mil veces. Sus ojos azules se clavaron en los de ella y se quedaron allí.

–Esta vez, tienes que dejarme entrar.

Él lo dijo en ese tono grave que le llegaba hasta el último rincón de su cuerpo y lo

iluminaba como si fuesen fuegos artificiales. Ella no se movió, ni se acercó a él ni se alejó. Tenía un miedo espantoso de que él pudiera oír cómo le latía el corazón, de que pudiera notar lo poco que tendría que hacer para que se arrojara en sus brazos y se olvidara del pasado... Hasta que se negó a hacerlo porque Damian se merecía algo mucho mejor, y ella también.

–No creo que sea una buena idea –replicó ella.

Fue una de las cosas que más le había costado hacer en su vida. Había creído que aquella mañana en Nueva York había sido complicada porque había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no sollozar delante de su hijo durante aquel viaje interminable de vuelta a casa, pero eso era peor porque él estaba allí, había ido tras ella y quería que eso significara mucho más de lo que sospechaba que podía significar.

–Lo que dije en Nueva York lo dije en serio –se obligó a decirle porque ella no quería decir nada parecido.

Quería dejar de agarrarse al marco de la puerta, quería abalanzarse sobre él, pero ese era el problema de siempre, ¿no? Quería cosas que no podía tener y Dario estaba el primero de la lista.

–Esto no puede salir bien –añadió ella.

Esperó que sus ojos dejaran escapar un destello oscuro antes de discutir, antes de que la amenazara con palabras hirientes. Él, en cambio, sonrió con esa sonrisa maravillosa que tenía, que era como un amanecer perfecto, que se parecía demasiado a la alegría y que ella no podía entender.

–No voy a marcharme a ninguna parte, Anais. No voy a darme la vuelta otra vez. Me quedaré en los escalones el tiempo que haga falta.

–No vas a quedarte en los escalones, no seas ridículo.

–Es posible que no lo haga literalmente –replicó él con una sonrisa más amplia todavía.

Ella comprendió que no tenía alternativa, que su corazón no sabía juzgar a las personas o nada de eso habría sucedido. Se obligó a retroceder un paso.

–Adiós, Dare.

La sonrisa de él no se esfumó y a ella le dolió físicamente cerrar la puerta. Hizo un esfuerzo para volver dentro y seguir con su vida, si podía. No lo hizo muy bien. Se sentó en el sofá, miró la estantería, donde guardaba el álbum de fotos del tiempo que habían pasado juntos, y se ordenó una y otra vez que no podía llorar, hasta que se quedó dormida en el sofá y se quedó allí hasta la mañana siguiente.

Cuando se despertó, entumecida y dolorida, se dijo que era un día nuevo. A Dario le había dado algo muy raro para ir hasta allí y hacer declaraciones, pero se imaginaba que era como una quemadura solar del trópico, que era dolorosa, pero que acabaría desapareciendo.

Sin embargo, él volvió esa noche y la noche siguiente, y todas las noches de la semana. Siempre cuando había anochecido, cuando Damian ya estaba acostado y no podían usar los sentimientos de su hijo como moneda de cambio, y siempre se marchaba con la misma sonrisa en los labios, como si pudiese hacer eso toda la vida.

–Creo que te pasa algo –le dijo ella cuando siguió la segunda semana–. No debería haber ido a tomar café contigo aquella vez hace tantos años. Sentó un precedente espantoso. Crees que puedes acabar doblegándome con la insistencia y una sonrisa.

Lo aterrador del asunto era que los dos sabían que podía. Ella esperó que él se riera, pero no lo hizo. La miró fijamente con unos ojos azules serios y la espesa oscuridad rodeándolo.

–No quiero doblegarte, Anais. Ya sabes que puedo largarme cuando las cosas no me gustan. Ahora sabes que puedo quedarme cuando las cosas no salen como yo quiero.

–¿Y qué pasa si yo quiero que te largues?

Ella lo dijo con la voz ronca y suave, podría haber llegado a creer que lo había dicho en voz baja, pero comprobó que lo había dicho en voz muy alta cuando él se quedó muy quieto.

–Entonces, solo tienes que decirlo. Solo tienes que decirme que no hay esperanza y que esto no va a cambiar nunca. Mientras haya esperanza, puedo hacer esto toda la vida. Dime que ha desaparecido y no volveré a molestarte.

Ella se quedó un segundo temblando, y otro. Notó la brisa en la cara y encogió los dedos de los pies descalzos sobre el cemento frío del escalón. Aparte, solo veía el azul de sus ojos, su expresión inflexible, cómo se contenía, como si estuviese preparándose para lo peor. Debería abrir la boca y decirle en ese instante que no había esperanza, era lo sensato y acertado para todos.

–Buenas noches, Dare –dijo en cambio antes retroceder un paso y cerrar la puerta.

Podía notarlo al otro lado. Se dejó caer sobre la puerta y cerró los ojos con todas sus fuerzas. Podía notarlo allí, con la única separación del fino trozo de madera y la determinación de ella.

No supo cuánto tiempo se quedaron así, hasta que le oyó darse la vuelta y alejarse. Tampoco supo cuánto tiempo se quedó donde estaba, hasta que consiguió que sus músculos entumecidos y reticentes la llevaran a una ducha caliente con la esperanza de vencer al insomnio, pero no sirvió de nada.

Dos noches después, dejó que entrara.

Capítulo 13

No sabía qué había esperado que hiciera Dario, pero no era lo que hizo. Entró como si no hubiese dudado ni por un segundo que acabaría dejándole entrar y miró alrededor como si buscara algo.

–¿Tienes una chimenea? –preguntó él.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Era deprimente darse cuenta de que había esperado una declaración vehemente, o una discusión al menos, cuando, al parecer, él quería algo completamente distinto, fuera lo que fuese.

–Tenemos un pequeño fogón en el patio de atrás. A Damian le gusta tostar malvavisco de vez en cuando.

Él pasó de largo y ella se encontró siguiéndolo, hasta que lo miró, con una mezcla de asombro y fascinación, mientras encendía un fuego en el hueco de una mesa que ocupaba el centro de su pequeño patio. Esa extravagante mesa con un fogón en el centro había sido un capricho, pero allí había pasado algunos de sus momentos favoritos con Damian. No entendía por qué se sentía como si tuviese que disculparse al ver a Dario allí.

–No te muevas –dijo él cuando el fuego estuvo encendido.

Lo más disparatado fue que ella hizo lo que le había pedido y esperó. Intento convencerse de que solo estaba esperando a ver qué pasaba después, pero no era algo tan... pasivo. Estaba aterrada. Estaba entusiasmada. Quizá estuviese paralizada. Estaba demasiadas cosas a la vez y no sabía cómo iba a sobrevivir a eso, fuera lo que fuese. Ya había perdido muchas veces a Dario. ¿Cuánto más le quedaba de sí misma? ¿Podía jugárselo otra vez?

Sin embargo, mientras miraba las llamas en la oscuridad, sabía que eso no tenía nada que ver con Damian. Personas de todo el mundo compartían la custodia de sus hijos y la inmensa mayoría de esos hijos estaban bien. Eso se trataba de ella, de ellos dos. Eso se trataba de hacía seis años y de Nueva York y ella no sabía si tenía fuerza para sobrevivir a ello.

Dario volvió a salir con unos de papeles, rodeó la mesa, se quedó enfrente de ella y la miró a los ojos por encima de las llamas.

–Mi padre era un hombre destrozado.

Levantó los papeles para que ella los viera y Anais contuvo la respiración. Eran los documentos del divorcio. Dario tomó la primera página y la tiró a las llamas.

–Era adicto a todo, eso ya lo sabes. Mi padre y mi madre eran tan alborotadores y desenfrenados como los tuyos eran rabiosos y cerrados en sí mismos. Que yo sepa, nunca amaron nada, ni a ellos ni a nosotros –él la miró mientras tiraba otra página al fuego–. Después de que ellos murieran, nuestro abuelo se hizo cargo de nosotros, pero no era un hombre cariñoso precisamente. A medida que iba haciéndose mayor, las historias que contaba eran más afectivas e interesantes, pero nunca sobre nosotros. Eran historias de otros sitios, de amigos perdidos, de joyas desaparecidas. Siempre estaba en otro sitio, aunque estuviese en la misma habitación.

–No hace falta que me cuentes eso –susurró ella rodeándose con los brazos–.

Conozco la historia de tu familia.

–Yo solo tenía a Dante –siguió Dario como si no la hubiese oído–. Era mi gemelo, mi hermano y mi mejor amigo. Sinceramente, la primera persona que amé. Habría hecho cualquier cosa por él, y la hice. Hubo cosas entre nosotros antes de que llegaras tú, una mujer interfirió en nuestra relación, pero no se trataba de nadie a quien amara.

Ella se dio cuenta de nunca había dicho que la amaba. Ella había aceptado que entonces lo había amado, pero nunca se había atrevido a decírselo. No era lo acordado, eso habría infringido las reglas. Algo aleteó por dentro de ella al oír esa palabra en ese momento, como si pudiera echarse a volar si no tenía mucho cuidado.

–Entonces, llegaste tú –siguió Dario en voz baja–. Levanté la mirada, te vi y nada volvió a ser igual desde entonces.

Ella se abrazó con más fuerza con toda su atención, con todo su ser concentrado en él, quien estaba quemando esos espantosos papeles mientras hablaba.

–El otro día estuve un rato con Dante.

Ya no pudo dominar ese aleteo y algo echó a volar dentro de ella.

–Entonces, lo sabes –Anais notó las lágrimas en la mejilla, pero no hizo nada para contenerlas. No podía moverse ni apartar la mirada de él–. Sabes que no te traicioné, ni él tampoco.

–No –reconoció él con una mirada y una voz atormentadas–. Yo te traicioné. Estaba dispuesto a creerme lo peor, estaba tan perdido, tan tenso y abrumado, que quizá quería una pelea monumental para controlar algo de todo lo que estaba pasándome. Me alejé de las dos únicas personas a las que he amado en mi vida. Me dije que romper con vosotros dos era una victoria, una demostración de fuerza por lo que me habías hecho, pero ahora entiendo que fue la peor demostración de cobardía posible.

–Dario... –susurró ella.

–Dante y yo éramos hermanos gemelos, éramos los dos contra el mundo. Teníamos nuestro propio lenguaje y nuestro propio universo. Nunca aprendí a afrontar las cosas, nunca tuve que hacerlo. Me crié con un hombre que desdeñaba el presente, que prefería volver al pasado. Además, mis padres afrontaban los problemas buscando el olvido por cualquier medio, esnifando por la nariz o tragando por la boca, como fuera.

Él tiró más papeles al fuego y la brisa arrastró el humo a la cara de ella. Era acre y punzante, pero no se apartó.

–Mis padres no eran mejores –intervino Anais–. Me enseñaron que me merecía la crueldad, que no valía nada.

–Lo sé y nunca me perdonaré haberte transmitido ese mensaje porque era tan cobarde que no me atrevía a decirte la verdad. No me casé contigo porque fuera un buen acuerdo. No lo hice porque tuviese un buen corazón, porque necesitaras la residencia o porque creyera que tener una abogada en casa fuese una buena idea. Me casé contigo porque me enamoré de ti en cuanto te vi, y eso me asustó muchísimo.

Anais dejó de ver. Las lágrimas se mezclaban con el humo y la espesa noche hawaiana, formaban una especie de masa que le rodeaba el corazón roto y hacía que pareciera que estaba entero otra vez, hacía que tuviera esperanza.

–Supe que Damian era mío en cuanto vi aquella foto– siguió Dario con la voz más ronca y sin dejar de tirar papeles–. Sin embargo, y sobre todo, te conocía a ti, sabía

que nunca me lo habrías echado en cara así si hubiese la más mínima duda. No quise saber todo eso, fingí que no lo sabía, pero sí lo sabía.

Dario tomó la última página, la que tenía las firmas de los dos al pie, y esperó a que ella se secara los ojos y lo mirara otra vez.

–Anais, te amo. Nunca he amado a otra mujer y nunca la amaré. Ya no quiero seguir fingiendo.

Entonces, acercó la página al fuego hasta que se prendió, la sujetó un instante y luego la soltó. Ya solo quedó el humo, las llamas y el amor. Su amor desatado, retorcido y obstinado que nada había conseguido destruir. Ni la traición ni la distancia, ni el buen juicio de ella ni la inmensa riqueza de él y su capacidad para fingir que ella no existía. Nada. Seguían allí después de tantos años. Independientemente de quién se marchara, el otro siempre acababa abriendo la puerta.

–Escúchame –le pidió él con vehemencia.

Dario volvió a rodear la mesa y la agarró de los hombros como si ella pensara rechazarlo otra vez cuando la verdad era que no sabía lo que pensaba hacer. ¿No lo sabía?, le preguntó una vocecilla por dentro.

–Sé que todo se trata de confianza –siguió él con las manos tan cálidas que despertaban una llamarada dentro de ella–. También sé que no tienes ningún motivo para confiar en mí. No puedo hacer que confíes en mí ni prometer que no te decepcionaré en el futuro, solo puedo decirte que no soy el mismo hombre que era hace seis años, ni hace un mes. Tú me has cambiado –la agarró de los brazos y la acercó–. Si me das la ocasión, pasaré el resto de mi vida intentando demostrarte que soy digno de ti, haré lo que haga falta.

Ella no podía hablar, solo podía mirarlo como si no se creyera lo que estaba pasando.

–Te amo –siguió él y lo repitió dos veces como si quisiera cerciorarse de que quedaba claro–. Amo a Damian y quiero que tengamos la familia que nos merecemos y quiero darle a él la familia que tú y yo no hemos tenido. Quiero todo el lote, Anais, si tú me lo concedes, si quieres intentarlo.

La vida se reducía a actos de fe, a saltar al vacío con la esperanza de que algo detuviera la caída antes de que llegara al suelo. Unas veces ocurría y otras, no, pero esa era una lección distinta. Independientemente de las veces que se hubiera estrellado contra el suelo, sobre todo con Dario, había algo que hacía que ella quisiera saltar otra vez porque la caída merecía la pena. Tenía que creerlo y había un motivo para que no hubiera pasado página, para que se hubiera creado un vida segura allí, donde podía fingir que estaba sobrellevando las cosas cuando, en realidad, lo único que había estado haciendo era esperar. Había un motivo para que nunca hubiese sido realmente gélida. Se había ocupado de que Damian quisiera a su padre incluso antes de que lo conociera. Había estado allanando el camino de vuelta a Dario desde que se marchó de Nueva York. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta?

–No hay garantías –siguió él agarrándola con más fuerza–, pero puedo prometerte que siempre volveré contigo, que tú serás siempre mi hogar. Espero no darte motivos para que vuelvas a dudar.

Ella se estrechó contra él, le tomó la cara entre las manos y se deleitó con la aspereza de su barba incipiente. Miró los ojos del único hombre al que había amado. Estaban a unos metros de donde el niño perfecto que habían creado juntos dormía

plácidamente. Quizá hubiese cosas más perfectas que esa, pero no para ella.

–Te amo –susurró ella–. Siempre te he amado –se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos–. Lo intentaremos juntos, Dario, una y otra vez hasta que salga bien.

Entonces, puso rumbo al futuro con un beso perfecto bajo el oscuro cielo hawaiano, con nada más que el amor entre ellos, por fin.

El amor era la parte fácil, pensó Dario un año más tarde en la terraza de la misma villa del lujoso complejo turístico de Wailea mientras miraba a la hermosa mujer que no solo era su esposa, sino que era la luz verdadera de todo su mundo.

La confianza exigía tiempo.

No había compartimentos en esa vida que habían creado juntos día a día. Había muchas más risas, había noches perfectas y momentos para estar solos que encontraban siempre que podían. Habían aprendido a dividir el tiempo entre Nueva York y Hawái, habían aprendido a hablar más y a alejarse menos. Se habían enseñado el uno al otro a intentarlo. Algunas veces salía mal, pero, la mayoría, llegaban. Llegaban juntos allá donde fueran.

Ese día, Damian estaba entre ellos. Los tres estaban, con los pies descalzos, en la playa privada y habían hecho algunos votos, aunque su hijo había dicho que era raro.

–Se llama renovar los votos –le explicó Dario.

–¿Lo hacen todas las personas casadas? –preguntó Damian.

–Solo las afortunadas –contestó Anais mirando con cariño a Dario.

Damian, un niño mayor de seis años, pareció aceptarlo, o quizá estuviese pensando en otras cosas.

–Creía que habíais dicho que habría un regalo –él esbozó una sonrisa angelical y sus padres lo miraron con el ceño fruncido–. Me gustan los regalos.

–Es de la piel del diablo –le dijo Dario a Anais solo con los labios.

Ella sonrió y acarició la cabeza de Damian.

–¿Qué es lo que has dicho siempre que era lo que más te gustaría tener? –le preguntó ella.

–Un hermano –contestó él sin dudarlo.

Cuando ella sonrió, él dio un grito y empezó a dar vueltas como un loco por toda la playa.

–Espero que estés preparado para tener otro –murmuró Anais con un brazo alrededor de la cintura de Dario.

–Jamás había estado tan preparado –aseguró él con la voz ronca–. Confía en mí.

Esa vez, cuando dio a luz seis meses más tarde, él estaba a su lado y fue lo primero que Didier vio en su vida.

Todo fue más ruidoso y embarullado, y la verdad era que a Dario le encantaba. No había tenido ni idea de que pudiera amar tanto y a tantos. Su hermano estaba otra vez en su vida, donde tenía que estar, y era mejor todavía porque apreciaba lo que tenían, el lazo de gemelos, como nunca lo había apreciado antes. No había tenido ni idea de cuánto había anhelado esos lazos familiares y esa intimidad con la que había llegado a creer que no quería tener nada que ver.

–Tengo que decirte una cosa –comentó Anais un par de años después.

Habían ido a Maui a pasar las vacaciones escolares de Damian y estaban sentados en la terraza de la casa donde se habían reencontrado después de haberse separado seis años, la casa que Dario había comprado a los herederos de Fuginawa después de que este falleciera. Las montañas resplandecían a la luz de la luna y él seguía creyendo que podía oír el mar a lo lejos.

–Toda conversación que merece la pena empieza igual –había murmurado Dario antes de cerrar al ordenador portátil.

Miró a Anais y, como no le gustó su forma de imitar la misma posición que habían adoptado hacía tantos años, la sentó en sus rodillas y le besó el cuello. La misma llamada brotó entre ellos, como había brotado siempre y seguiría brotando. Se le puso la carne de gallina y se estremeció entre sus brazos. Él no le quitó el vestido que llevaba solo porque sus hijos estaban en algún sitio de la casa.

–¿Te acuerdas de que te dije que no me encontraba bien? –le preguntó ella ladeando la cabeza para que la viera mejor.

–Sí –él le apartó el pelo y le pasó un dedo por el cuello–. Me acuerdo de que te conté mi teoría y de que tú me aseguraste que era imposible que estuvieses embarazada.

Ella no dijo nada y ese miedo ancestral lo atenazó por dentro. Temió haberlo estropeado otra vez, que ella siguiera sin confiar en que él estaría a su lado y no confiara nunca.

–No se me ocurre nada mejor que tener otro hijo contigo –siguió él con la voz ronca–. Otro miembro de nuestra familia. Sería un regalo.

Entonces, Anais se rio, inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos y él lo supo. No le daba miedo darle la noticia, no le preocupaba su porvenir, estaba tomándole el pelo y confiaba en él. Confiaba en él y no se le ocurría un regalo mejor que ese.

–Son gemelos –dijo ella con un brillo burlón en los ojos negros–. Además, prepárate, Dare, son niñas.

No se le ocurría un regalo mejor, excepto ese, se corrigió a sí mismo mientras besaba a Anais en la boca entre risas y con el mismo amor y voracidad que siempre.

Excepto ese.

* * *

Podrás conocer la historia de Dante di Sione en el quinto libro de *El legado* del próximo mes titulado:

Engaño y deseo

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

